LUIS FABBRI

Cartas a una mujer sobre la anarquía

Precio:

$ 0.50



Buenos Aires
1923

Cartas a una mujer sobre la anarquía

LUIS FABBRI

Cartas a una mujer sobre la anarquía



Buenos Aires 1923

PREFACIO A LA EDICCION EN ESPAÑOL

Bolonia, 8 de noviembre de 1922.

Queridos compañeros de "La Protesta":

Vosotros me pedís consentimiento para traducir y publicar en español, en esa capital argentina donde nuestra idea tiene militantes numerosos y valerosos, uno de mis primeros trabajitos: aquellas Cartas a una mujer *que nuestro óptimo y viejo compañero Camilo Di Sciullo quiso reunir e imprimir en Chieti hace más de quince años.*

Vosotros sois demasiado buenos, amigos queridísimos, sea porque quizá dáis más valor del que merece a este trabajo de mi juventud, sea por pedirme un consentimiento del que entre nosotros no hay necesidad, puesto que las cosas de la propaganda una vez publicadas pertenecen a todos, y quien las quiere reimprimir las reimprime.. Y cuantas más cosas nuestras se publican mejor es — siempre, se entiende, que se trate de cosas no nocivas o no del todo inútiles. Vosotros habéis juzgado que tales son mis "Cartas"; y a mí no me queda más que agradeceros el juicio lisonjero. Haced, pues...

Y hasta debo excusarme con vosotros si, sabido vuestro deseo, os dejo publicar el libro así como está, sin aportarle las modificaciones y correcciones, sin hacerle los cortes y los agregados que ciertamente serían necesarios. Releyendo el librito, ahora, lo encuentro literariamente demasiado humilde y defectuoso. Acá y acullá hay afirmacions demasiado axiomáticas, que sería necesario hacer seguir de demostraciones; algunas otras afirmaciones. o por lo menos ciertas expresiones, las quitaría completamente, etc.

Y luego, en estos últimos veinte años otros problemas se han presentado en el terreno de la discusión, y que hoy sería necesario discutirlos. Esto constituye una laguna en mis "Cartas"... Pero si debiera quitar al librito los defectos que ahora le veo, hacerle las correcciones necesarias, agregarle lo que le falta,

tendría que rehacerlo desde el comienzo al fin. Más bien debería hacer un trabajo nuevo. Por lo demás creo que esto sucede con cualquier trabajo intelectual que su autor revise después de un largo período de tiempo. Dejad, pues, estas modestas "Cartas" tal como están y tomadlas por lo poco que valen.

Pueden quedar cual son, como trabajo de propaganda, por una razón muy simple: porque las ideas expresadas no han dejado de ser ideas verdaderas y justas; porque por lo menos aquellas ideas son siempre las mías, de ellas estoy cada vez más convencido, a ellas soy más que nunca afecto y devoto, porque estoy firmemente persuadido de que corresponden más a ese ideal de verdad y de justicia que es el resorte principal del progreso humano. Y es grato también a mi corazón que estas cartas queden como me han salido la primera vez de la pluma modesta pero entusiasta, porque fueron escritas en un período simpático de nuestro movimiento y están ligadas a los mejores recuerdos, íntimos y políticos a la vez, de mi juventud.

Estas cartas fueron comenzadas a escribir a principios de 1902*; y eran en su orígen, realmente, cartas privadas escritas a una muchacha que más tarde fué y es todavía la compañera fiel de mi vida. Con estas cartas yo quería que ella aprendiese a amar conmigo, en mi persona, lo que para mí constituía entonces y constituirá hasta la muerte la parte mejor de mi alma: este ideal de la Anarquía, razón y sentimiento al mismo tiempo, en que se armoniza todo lo mejor que el pensamiento humano ha sabido concebir como aspiración de porvenir.*

Era aquel un período floreciente de nuestro movimiento y de nuestra propaganda en Italia. El inolvidable Pedro Gori acababa de volver de la República Argentina y con su cálida palabra despertaba en el proletariado italiano las más radiosas esperanzas, encendía en nosotros, sus compañeros de fe, los mejores ardores del apostolado y de la lucha. Y esto mientras aún duraba y se continuaba en nosotros la influencia de otro apostolado, interrumpido por las persecuciones de 1898*: el poderoso, tan denso de buen sentido, de razón y de pensamiento, de Errico Malatesta, que tanto había contribuido a volver el movimiento anárquico al sólido terreno, por breve período abandonado, de los principios y de la táctica de la primera Internacional federalista y revolucionaria que fué llamada, más o menos impropiamente, bakuninista.*

Aquellas "Cartas" a la mujer amada, al principio personalísimas, fueron publicadas en L'Agitazione *de Roma por consejo justamente de Pedro Gori, a quien mi novia le había mostrado*

algunas. Solo que, por un sentimiento natural de reserva, en el periódico aparecieron ligeramente modificadas como cartas de una mujer a otra mujer. En esa ocasión se les suprimió todo lo que tenían de personal y, se comprende, fueron algo completadas para las necesidades de la propaganda.

Fué en aquel período de tiempo, en las frecuentes visitas que Gori nos hacía en Roma, cuando nuestro amigo escribió en un album de la mujer a la que estaban dirigidas mis "Cartas sobre la anarquía", dos estrofas dulcísimas que no puedo menos de reproducir aquí:

Buona fanciulla que mi domandate
un ricordo per l'albo, il quale acoglie
per vostra giovinezza strofe alate,
fiori augurali e verdeggianti foglie,
vo'dirvi dun rispetto a la cadenza
la vera de la vita sapienza.

Allacciatevi a lui, che amate. Avvinti
anime e bracia, passerete quali
iridi serenanti in mezzo ai vinti
de la tempesta, e verso gl'ideali
ascenderete, ei baldo e voi felice,
ei combatente e voi consolatrice.

Las "Cartas a una mujer" fueron continuadas en L'Agitazione *por un año o dos — no recuerdo bien — y yo las había olvidado ya cuando a Di Sciullo se le metió en la cabeza publicarlas en volúmen, en* 1905. *Entonces volvieron a ser, como en su origen, las cartas de un hombre a una mujer, y así quedaron y como tales han tenido en Italia, especialmente entre los compañeros, cierto éxito. ¡Pero ha pasado tanto tiempo desde entonces!... Y yo pienso en aquel tiempo lejano con un sentimiento de infinita nostalgia, ya que la guerra, con todas sus consecuencias, nos separa de él como si hubiesen pasado siglos! ¡Y qué contraste entre la benignidad, aunque anhelante de pugnas más enérgicas, de aquellos tiempos de calmo apostolado, y la tempestad que ruge hoy sobre nuestras cabezas con el fragor de cien amenazas!*

Quizá es por este contraste entre los recuerdos de entonces y la realidad actual, que yo miro hoy estas pobres "Cartas so-

bre la anarquía" tal vez con mayor indulgencia y complacencia de la que merecerían y no me desagrada que retornen a la luz más allá del océano — a distancia en el tiempo y en el espacio — en el armonioso idioma del antiguo hidalgo errante y del moderno gaucho rebelde.

Vuestro siempre y por la causa de la libertad humana

Luigi Fabbri

6



ANARQUISTAS Y ANARQUIA

....9 de Enero

Mi buena amiga:

Perdona si publicamente respondo a cuanto me dices en la afectuosa carta recibida ayer; pero, lo que debo decirte puede ser útil, además que a tí, a tantas otras mujeres, que he pensado mejor hablarte por medio de la prensa, la cual puede comunicar mi pensamiento a muchas que, de otra manera, no sabría ni podría hablarles.

Sientes y te admiras por haber leído en un diario que, aquí, los anarquistas me han elegido para hablar en su nombre en un mítin público. Es inútil que hoy te diga — si la ocasión se presenta otra vez te hablaré de ello —, cómo yo me he hecho anarquista; ahora solo quiero rebatir las pocas objeciones que tú me hacías en tu carta a mis ideas y acciones.

En presencia del hecho, y más que del hecho (dedúzcolo de tus expresiones), en presencia de la palabra *anarquía* tú te has pasmado como si te hubiesen hecho saber que había cometido una mala acción; como si te hubiesen informado de que yo me había enrolado en una gavilla de malhechores.

Bien sé que no me dices francamente todo eso y más bien buscas disimular por todos los medios tu pensamiento; pero ese pensamiento yo lo leo entre líneas en tu carta, y no es tal por cierto que pueda lisonjearme mucho. Pero no por eso me ofenderé de tu manera de tratarme.

Después de todo comprendo muy bien lo que puede haber pasado en tu ánimo. En los diarios que comunmente habrán

caído bajo tus ojos, has leído, cada vez que se nombraba a los anarquistas, las cosas más extravagantes sobre nosotros, las más feroces calumnias que nada podía ayudarte a reconocer como tales. En nuestra desventaja militaba hasta ayer no sólo el testimonio de hombres sinceros, que se han lanzado contra nosotros porque ellos también habían sido engañados sobre lo que a nosotros se refiere, y porque los hábitos mentales y el ambiente se oponían a la formación de una idea exacta del anarquismo y de los anarquistas, sino también, lo que es peor, una cierta apariencia de verdad, debida a las peores calumnias por dolorosos hechos de represalia a que en la lucha entre anarquistas y gobiernos los primeros han sido arrastrados por los segundos: hechos dolorosos, te repito, de los cuales, si lo quieres volveré a hablarte, pero que, desde ahora puedo decírtelo, no tienen ninguna correlación *teórica* con las ideas anarquistas y pueden ser juzgados — bien o mal — independientemente de las ideas y solo desde el punto de vista de las necsidades momentáneas y dolorosas de la lucha, sin la cual es imposible el triunfo de cualquier idea, aún de la más santa.

Volveré a hablarte de eso — pero es necesario que tengas la paciencia de escucharme antes de condenar tan desconsideradamente como muchos hacen, y como ciertamente tú también habrás hecho en tu corazón, a todo un partido, a toda una doctrina, a todo un conjunto de ideas y de hechos que solamente conoces por lo que sus enemigos han podido decir.

En lo que me escribes hay una cosa que me entristece porque me hace entrever una esfumadura de egoísmo que quisiera alejada de tu alma y de tu lenguaje: "Además — me dices — de cualquier manera que se piense con el cerebro, ¿por qué exhibirse y hablar en nombre de un partido tan mal mirado y tan triste como el anarquista?" Yo te diré que si las ideas son justas no hay razón para que quien las reconoce como tales, se rehuse a propagarlas; más bien creo que obraría mal el que, creyéndose en posesión de una parte de la verdad, no procurase comunicarla a otros.

Que el partido anarquista esté mal mirado, es cosa que no me importa y que además es cada día menos verdadera, ya que las más elevadas inteligencias de la sociedad moderna consideran a la anarquía como coeficiente importantísimo de la civilización, y sobre todo desde que las masas obreras han comenzado a libertarse del nefasto prejuicio del odio a lo nuevo y de la tradicional sumisión a todas las autoridades.

Si no fuese por esto, para enamorar de la idea de la anarquía

a una persona inteligente cual eres tú bastaría el lado genial de esta idea; tanto es verdad que élla, surgida hace relativamente poco tiempo, ya ha conquistado los más bellos ingenios, y el arte ha hallado en ella tesoros de inspiración para creaciones excelsas.

"Esa palabra *anarquía* contiene en sí algo de triste", me dices.

Hasta cierto punto debo darte razón. Efectivamente, somos nosotros tan perseguidos, la calumnia más odiosa se complace tanto en querer denigrar nuestros nombres, las víctimas son tantas en nuestras filas, que no se puede evitar, yo creo, cuando de los anarquistas se oye hablar, el pensar con tristeza en los sufrimientos inauditos que con ese nombre inseparablemente se relacionan. Pero, si tú los conocieras, querida, a esos anarquistas de que tan mal se habla, si tú los vieras obrar, si los siguieras paso a paso, como yo hice, en la vida íntima y en la vida pública, especialmente los obreros — pues poco caso hay que hacer, menos excepciones laudables, de los anarquistas del momento, que son tales por la moda o por *sport*, que de vez en cuando salen de entre los doctorzuelos incipientes de las universidades para desaparecer casi instantáneamente, apenas se han formado una *posición* o al primer soplar del cierzo — verdaderamente sentirías oprimírsete el corazón por una tristeza todavía más intensa, viendo almas tan nobles y tantos corazones delicados e indómitos incomprendidos, torturados y olvidados por una sociedad vil que no merece ser, como es, el contínuo objeto de sus pensamientos y de sus sacrificios!

Yo, que hasta ahora he hecho tan poco por la idea, que no he padecido casi nada, cuán pequeño me siento frente a mis compañeros que, todos o casi todos, pueden vanagloriarse de haber sufrido años y años de cárcel sin haber cometido ningún delito, cuya salud está profundamente sacudida y amenazada en sus más vitales fuentes, cuyas familias, que podrían vivir discretamente, viven una vida precaria y agitada; siempre con la policía pisando sus talones, que son expulsados del trabajo apenas el patrón sabe que son anarquistas, que ven cerrado el camino del bienestar y de la felicidad. Y todo lo sufren por amor a las ideas, por amor a la humanidad, sin compensaciones ni ambición, pues todos son soldados obscuros que no presentan, como hacen muchos de otros partidos, la cuenta de sus padecimientos y no piden sillones parlamentarios ni siquiera un mísero escaño de consejero comunal, enemigos como son de la acción legislativa y de toda legislación de poder.

Si fuese un sueño esta anarquía nuestra, este ideal de la vida asegurada a todos, de la solidaridad y del amor entre todos los hombres libres e iguales gozando en común el fruto del trabajo común, me parece que la gentileza de semejante sueño tendría que hacértelos simpáticos, por lo menos, sino impulsarte a aceptar sus esperanzas radiantes.

Y por lo contrario... ¡Ah! es triste, verdaderamente triste que tanta energía de altruísmo y de sacrificio pase inobservada así en este mundo *d'oche e di serpenti* como lo llama nuestra poetisa Ada Negri. Más es también bello, créelo, soberanamente bello combatir con ellos, tanto más cuando se sabe que la causa tan noblemente propugnada no es un sueño, mas una causa justa, una causa de verdad. Si tú quieres, en otra ocasión volveré a hablarte de las ideas y te explicaré qué es esta anarquía tan mal comprendida, tan calumniada y perseguida.

Hoy quisiera que te convencieras de una cosa, por lo menos, de la necesidad de tu parte, de tí, tan buena e inteligente, de interesarte en la cuestión un poquito y de buscar la esencia de la idealidad anárquica. Tú estás en una gran ciudad y, con tal que lo quieras, también en las bibliotecas podrías hallar los doctos volúmenes de Bakunin, Kropotkin, Reclús, Malato, Grave y de otros en que investigar nuestro pensamiento; yo también puedo prestarte algún libro, si quieres.

Pero, en nombre de nuestro amor, no estrelles sobre mí, como has hecho en la pasada carta, la desaprobación tan desconsiderada, solo porque he dado mi solidaridad de hombre consciente a mis compañeros de lucha, y no juzgues tan mal a mis amigos. Nuestro ideal es como todos los otros, mejor que los otros, y como tal debe ser respetado.

Tú no debes juzgarnos por lo que nuestros enemigos dicen, sirviéndose de armas hipócritas.

Ni debes creer sin discutirlas mis refutaciones o mis afirmaciones. Juzga por tí misma, con tu alma y tu mente. Razona antes de creer o de negar.

Estudia, y después... después verás que me darás razón, si de repente no has dejado de ser la buena, querida e inteligente doncella de siempre, si conservas un solo pensamiento bueno en el cerebro y un sentimiento gentil en el corazón.

Adios.

II

LOS ANARQUISTAS Y LA VIOLENCIA

...17 de Enero

Mi buena amiga:

¡Ya imaginaba que para combatir mis ideas habrías adelantado esta objeción de la violencia anárquica! Intentaré, sin embargo, repetir lo que tantas veces he dicho a muchos amigos míos para vencer su repulsión por el anarquismo, explicable, si se piensa en la avalancha de prejuicios y de calumnias que todavía están, cual formidable muralla divisoria, entre nosotros y la mayoría del público.

Es cierto que, desde que la idea anarquista ha brotado, hubo no sé si veinte o veinticinco hechos de violencia aislada cometidos por anarquistas. Tú te impresionas por las víctimas que diligentemente enumeras y protestas en nombre de la inviolabilidad de la vida humana contra los autores de aquellos actos.

Admiro y alabo tu buen corazón; pero, por favor, permíteme preguntarte por qué, si tanto te enterneces por las lágrimas y la sangre de ilustres víctimas, tan pocas que fácilmente puédense registrar en pocos renglones, no te acuerdas de tantas lágrimas aún más quemantes vertidas por la gente nuestra, en medio del pueblo, de la sangre — sin exajeración — derramada a torrentes por el proletariado militante para su emancipación. ¿Queremos sacar la cuenta, amiga mía? No es para los que tú lloras que se necesitaría adicionar muchas cifras; de ese lado la suma pronto se hace. Pero de la otra parte la enumeración sería tan larga que, si se quisiese hacerla exacta y detallada, no sería suficiente un libro; más vale renunciar.

Piensa solo en los que desde hace treinta años, y aún menos, han sucumbido en todas las naciones, asesinados por los gobiernos en nombre de la justicia, por haberse rebelado contra su opresión; y te concedo la exclusión de los que murieron por ideas ya vividas y pasadas. ¿Cuántos son? Pregúntalo a la his-

toria y ella te contestará con elocuencia terrible. También sobre ellos fué ejercida una violencia, también ellos tenían una madre o una mujer que ha llorado lágrimas de sangre por su muerte;... ¡sin embargo, tú no te enterneces por ellos!

Las persecuciones al pensamiento, en el 1878, 1889, 1891, 1894 y 1898, han poblado las cárceles y las islas del *bel paese* (por brevedad hablo de Italia solamente) de una muchedumbre de hombres a cuya existencia estaba ligada la existencia de familias enteras. Muchos de ellos han muerto durante o después de la odisea tormentosa, otros han sido precipitados en la más negra miseria, otros se volvieron enfermizos, inhábiles para el trabajo; todos han padecido, por todos han sido derramadas lágrimas de madres y esposas, de viejos padres, de niños inocentes; ... ¡pero tú no te enterneces por ellos!

Luego, cuando se ha hecho una guerra, y no raramente, en los campos de batalla ha sido truncada la vida, en la flor de los años, y otros lutos innúmeros han desolado sus casas, han vestido de negro otras mujeres... ¿Pero esto nó te pasó por la memoria ni te humedeció las mejillas con una sola lágrima?

Después está la tremenda guerra cotidiana, de las feroces victorias, de las dolorosas derrotas; la lucha por la vida que se libra alrededor del mendrugo de pan, peleando unos con otros en la afanosa ansia de conquistarlo; y esta lucha hace más víctimas que todas las guerras, las revoluciones y las represiones juntas; y las más numerosas y lastimosas víctimas están entre los débiles y los inocentes: mujeres, niños, viejos, enfermos, inhábiles, sin contar los que indirectamente sucumben por las mismas causas que hacen sucumbir a los otros directamente. Así cada día, proporcionalmente, la ciudad, el pueblo, la aldea, el tugurio, pagan su fúnebre tributo a la miseria..

Pero de esta tragedia que, sin embargo, se desarrolla cerca de tí, en tu ciudad, en tu casa, en el mismo rellano de tu escalera, del otro lado de la pared en que se apoya el lecho en que duermes los sueños más tranquilos; de este dolor humano, inmenso, universal y contínuo no te apercibes... y encuentras tiempo para enternecerte si de vez en cuando una astilla se desprende de este multiforme engranaje de opresión y miseria, yendo a herir a algún raro privilegiado entre los que, por una espantosa injusticia, se reparten las alegrías y riquezas que ese engranaje produce.

Sé la respuesta a todo esto: la violencia de los unos, por

más grande que sea, no justifica la violencia de los otros, sino que aumenta su suma.

Ahora, yo no justifico nada, yo explico; y te pregunto si, en una sociedad organizada sobre las bases de la violencia y la prepotencia, en la cual se está siempre en el dilema de comer o ser comidos, es posible escapar a la terrible sugestión del ambiente y, si es posible, viéndose atacados, rehusar defenderse.

Te hago notar también que las rebeliones aisladas contra los poderosos son un fenómeno de todos los tiempos: siempre, donde hubo opresión, alguien se rebeló, precediendo la acción colectiva, y cada uno pertenecía al partido más revolucionario de su tiempo, y su rebelión estaba determinada por las pasiones políticas y por las necesidades populares de entonces. A esta fatalidad histórica no han escapado ni los clericales, ni los patriotas, ni los republicanos, ni los socialistas; no pueden, por consiguiente, escapar los anarquistas, que son hombres como todos los otros — acuérdate de eso — a los cuales la violencia es sugerida, no por el ideal que han abrazado, sino por la insinuación incansable y funesta de la opresión y la miseria. De cualquier manera que se juzguen estos hechos, ellos son de tal naturaleza que ni la simpatía ni la contrariedad pueden bastar a previcarlos o a impedirlos; pues jamás la propaganda de una idea, por cuanto hecha violentamente, puede llegar a consecuencias tan extraordinarias, sino la presión violenta de toda una organización corrupta y provocadora.

Y además es natural e inevitable que esos súbitos estallidos de indignación prorrumpan de entre los prosélitos de aquellas ideas, que, queriendo el más completo cambio de la sociedad, atráense, por esto, a todos aquellos que al presente están descontentos del estado social de cosas.

Los mismos acontecimientos se producirían si no existieran anarquistas; cambiaría su nombre político, he ahí todo.

De una sola manera pueden evitarse algunos hechos: eliminando las causas que los determinan. Y nosotros los anarquistas somos los más lógicos en combatir la violencia, porque somos partidarios de un orden social en que el amor y la solidaridad sean norma de vida para los hombres, en lugar de la coacción; y porque educamos la conciencia en el respeto recíproco de la libertad y de la existencia. Si hoy la libertad y la vida humana no se respetan, porque una falsa organización social impulsa a la gente a devorarse, si entre los que se

defienden y se rebelan contra la violencia hay también anarquistas, ¿qué culpa tienen las ideas y los que las sustentan?

Pero, tú me dirás, si no hiciéseis relampaguear vuestra imposible utopía ante los ojos de los que creen, muchos de éstos no se rebelarían.

Dejemos ahora la *utopía* de la cual en otra ocasión te diré la posibilidad; pero, si se siguiese tu razonamiento, en el mundo no habría ni civilización ni progreso. Tú, por ejemplo, no enseñarías a la gente a lavarse con jabón por miedo a que alguien, no teniendo dinero para comprarlo, lo robase.

Ciertamente que el contraste entre las bellezas del ideal anárquico y las fealdades de la realidad presente, es una causa determinante de rebelión; pero ¿debemos, por eso, abstenernos de propagar la anarquía?

Los anarquistas no son violentos; te lo confirma la luminosa idea de paz y de justicia que los guía. Si se hiciese una estadística se vería que el buen orden y el respeto a la vida agena — de que tan tierna te muestras — son mayores en los ambientes en que el elemento anárquico es más fuerte. También un procurador del rey dijo una vez en un proceso que, desde que en su ciudad se había hecho más intensa la propaganda anárquica, habían disminuído sensiblemente los delitos contra las propiedades y las personas.

¿Qué cuentan, frente a esta obra de educación moral, los pocos actos de rebelión violenta que tú no apruebas, y que, justos o injustos, son efectos inevitables del triste ambiente en que se desarrollan y que nosotros queremos transformar?

Solamente que el nuevo ambiente que nosotros queremos estará puro de cualquier mancha de dolor y de sangre; y, antes de acusar a los anarquistas de responsabilidades que no les pertenecen, júntate a ellos, con corazón bueno y gentil, para acelerar el día en que verdaderamente no sean más posibles en el mundo esas violencias que aborreces.

III

ANARQUIA Y REVOLUCION

25 de enero

Mi buena amiga:

Todavía no estás convencida y eso me aflige. Por más que disimulas un poco tu pensamiento, en tí subsiste todavía la impresión, dejada por la lectura de todas las calumnias y los sofismas de los diarios burgueses contra los anarquistas, que nosotros somos violentos bebedores de sangre humana. "Seréis buenos muchachos, —me dices con tono algo burlón, — y tus explicaciones teóricas serán justas; pero, ¿es verdad o no que sois y os jactáis de ser revolucionarios, y no de los que bromean ni de aquellos que a la palabra revolución dan una significación científica?"

Hay, en verdad, revolucionarios que bromean y que, con el pretexto de confiar solamente en la revolución futura se rehusan a obrar, absolutamente, en la sociedad actual, haciendo así de manera que la revolución no llegue nunca. Y hay también los llamados revolucionarios científicos (por ejemplo, el socialista Enrique Ferri), cuyo concepto torcido nada tiene que ver con la revolución ni con la ciencia, y que se reduce a un juego de palabras que oculta el más tímido e innocuo legalitarismo. Casi casi en tus palabras se transparenta una cierta preferencia por el revolucionarismo verbal de éstos, frente a la idea verdaderamente revolucionaria de los anarquistas que se dirige al espíritu de sacrificio, es decir a algo que cuesta un poco más de unas cuantas palabras pomposas enhebradas una después de otra. ¿No te parece?

Siempre hay en tí la misma trepidación, el mismo temor del choque súbito y de hechos que puedan herir demasiado la sensibilidad nerviosa de la llamada gente tranquila, que con indiferencia extraña oye el relato de las matanzas que efectúan el zar de Rusia y el sultán de Turquía, y se conmueve toda si, cerca de ella, un pobre desgraciado da un bastonazo y rompe la

cabeza de algún prepotente; gente que no se apercibe que alrededor de ella la miseria hace extrago de vidas humanas, y después cierra los ojos atemorizada y llora si un solo hombre cae herido por la mano de un exasperado por largos sufrimientos.

Así pasa con la revolución. Consulta las estadísticas de la mortalidad causada directa o indirectamente por el desequilibrio económico de la sociedad y verás que las víctimas de éste son muchas más de las que la sangrienta revolución ha hecho; pero tú tienes miedo de la revolución, que sin embargo promete a la humanidad una disminución de malestar y de dolor, como del peor desastre imaginable, — y te asemejas al enfermo que instintivamente se rebela al cirujano que quiere cortarle un tumor que mina su existencia, y casi prefiere que la enfermedad siga su curso.

"Pero, ¿no se podría obrar pacificamente — me preguntas — esperando, buscando persuadir a las clases dominantes? ¿Por qué buscáis resolver la cuestión bruscamente, cuando otros han hallado métodos más cómodos y menos dolorosos?" Esta pregunta presupone en tí otra mala opinión sobre nosotros, de que somos revolucionarios por gusto de serlo, casi por un sentimiento de odio y de venganza hacia las clases dominantes; y a mí me interesa quitarte esta mala opinión.

Nadie más que nosotros desearía resolver la cuestión pacificamente, aún esperando un poco, si no se tratara más que de nosotros, y si la cosa fuese posible. Pero la emancipación social no debe ser provechosa solamente a unos millares de anarquistas existentes, sino a millones y millones de criaturas desamparadas, para las cuales cada día que pasa es un cúmulo infinito de dolores, de privaciones y de cadáveres que aumentan, y para quienes el consejo de esperar es una sangrienta ironía. ¡Y si no se tratara más que de esperar y de persuadir!... se podría, en tal caso, concederte un poco de razón. Pero la historia nos advierte de la imposibilidad de llevar a y el consejo no es nuevo!

Cristo, hace diez y nueve siglos, habló de redención, de fracabo el consejo que tú indicas. El experimento ya ha sido hecho, ternidad, de igualdad a las plebes que sufrían dolores indecibles, pero aconsejó esperar; y él y sus prosélitos intentaron convertir y persuadir a los poderosos y a los privilegiados a los sentimientos de humanidad y de justicia hacia los desamparados. Estos han esperado diez y nueve siglos, y los poderosos más bien de persuadirse y convertirse han corrompido y compra-

do a los sacerdotes del cristianismo, y a ellos se aliaron para oprimir y para servirse de la fe nueva como del mejor medio de opresión.

Después de tan dura y larga experiencia sería estulticia no reconocer la verdad. Y la verdad es que los privilegiados jamás cedieron voluntariamente ningún privilegio, que siempre defendieron hasta el último instante con todas sus fuerzas, con todas las astucias y con todas las violencias. Si el pueblo ha podido conquistar alguna ventaja sobre sus opresores, ha sido con sacrificios y con luchas que no eran hechas precisamente con palabras, como hoy aconsejan algunas escuelas socialistas, con cédulas electorales. Eso enseña la historia y los anarquistas son revolucionarios obsecuentes a sus enseñanzas.

Por otra parte tú misma comprenderás que el concepto de un cambio tan radical de la vida de los pueblos, como la anarquía quiere, es una revolución tan grande en el campo del pensamiento humano, que para llevarla a cabo es indispensable otra revolución social y política tan profunda y completa en el campo de los hechos. Pero esta revolución tú no debes considerarla como una venganza nuestra, ni como explosión de odio por nosotros cultivado contra clases o personas adversarias.

A más de insultarla, sería empequeñecer la idea revolucionaria!

En primer lugar, esta revolución no llegará porque nosotros queremos, sino porque hacia ella nos conduce todo el movimiento social tan complejo e inmenso. La evolución de las ideas y de las conciencias ha desarrollado en las plebes nuevas necesidades que piden ser satisfechas; el día en que esas ideas, esas conciencias y esas necesidades hayan llegado a la intensidad necesaria, las ligaduras burguesas cederán a su empuje, dando lugar a nuevas formas de vida social: será la revolución. ¿Quién provocará el choque? ¿Cuál será la ocasión? No lo sabemos... Los responsables serán los que no se adapten a los tiempos, los privilegiados que locamente querrán poner dique a la evolución; — no seguramente nosotros, que prevemos su locura y los ponemos sobre aviso.

Somos revolucionarios porque estamos convencidos de eso, y porque indirectamente contribuímos a que eso suceda, propagando las ideas, formando conciencias, despertando en el pueblo el sentimiento de las propias necesidades, educándolo en la gimnasia del pensamiento y de la acción, trabajando, en fin, alrededor de la evolución hacia el progreso. ¿Es culpa nuestra si la obstinación reaccionaria de las clases directoras, que-

riendo obstaculizar el paso de la civilización e impedir la evolución, provocara la revolución? ¿Y porque prevemos el insensato obstáculo, solamente para evitar los daños de un choque, deberíamos renunciar al progreso y preferir la continuación indefinida de los presentes males? ¡No, por cierto!

Después de esto debes persuadirte que la aversión, el llamado odio de clases, el espíritu de venganza nada tiene de común con la revolución de la cuál las ideas anarquistas aprovecharán para triunfar. Estas, al contrario, darán una contribución, más apreciable de lo que ahora imaginas tú, de bondad y de amor, debido al contenido moral de la anarquía hecho de solidaridad y de justicia, y contrario a la violencia. Por eso nunca más bien que para los anarquistas Proudhon podría repetir que el mejor medio para combatir los males de una revolución es tomar parte en ella.

Yo me auguro en efecto, que la revolución social y sus mayores conflictos encuentren un ambiente rico de conciencias anarquistas, — por más que sea probable que sucederán independientemente de nuestro impulso — y me auguro eso por un profundo sentimiento de humanidad, convencido como estoy de que allá donde la idea anarquista templa los corazones, la violencia se hace cada vez menos necesaria, menos irrazonable y menos dolorosa.

Esto es lógico, porque la anarquía es ideal de libertad, y como tal no necesita violencia para imponerse, tendiendo solamente a persuadir.

Y tú, ¿estás persuadida? ¿Por lo menos, ahora, tu mente me concede, con mis amigos, la atenuante de la buena intención, es decir, de la ausencia del deseo de causar mal a alguien? Lo espero.

IV

LOS ANARQUISTAS Y LOS OTROS PARTIDOS

...2 de febrero

Mi carísima:

Me alegro que haya en tí ese deseo de saber la verdad en lo que a nosotros se refiere; solamente quisiera que desapareciese de tu mente esa especie de prevención que te hace buscar de descartar a toda costa la hipótesis de la anarquía.

"Está muy bien, — me dices — pero antes de discutir las ideas anarquistas y de aventurarte en un terreno de tanto riesgo, ¿por qué no miras que más cerca a la realidad, más posibles, hay otros partidos cuyos componentes no desean menos que vosotros el bienestar y la libertad para todos los hombres?"

Evidentemente tú quieres aludir a los socialistas democráticos y también quizá a los republicanos; así me ha parecido comprenderlo en el resto de tu carta, ya que, hoy por hoy, me parece que nadie puede esperar nada bueno del partido clerical que se conforma con predicar la resignación prometiendo a los que sufren el premio del paraíso... después que hayan muerto, ni del partido monárquico y conservador que es el partido de los privilegiados de hoy, cuyos poco deliciosos frutos tienes bajo tu mirada. Además éstos no pueden ni siquiera llamarse partidos sino consorcios de intereses que se basan sobre la explotación de la ignorancia y del espíritu carneril de la mayor parte de los hombres; ellos son los dominadores del pasado y del presente, en parte causa y efecto de los males sociales que tú misma lamentas, y de los cuales ellos de todas maneras se aprovechan, estando su privilegio formado precisamente por la miseria y opresión de los demás. Ellos son por necesidad enemigos del que seriamente desea un mejoramiento cualquiera para la humanidad. Pero *non ci curiam di lor*...

Los que realmente valen algo en la vida pública son los partidos de porvenir, que luchan por un cambio más o menos ra-

dical de la sociedad y que traban combate con las instituciones del presente y del pasado. Tú seguramente aludías a éstos, y quieres saber por qué no prefiero ser republicano o socialista en vez de anarquista.

¡Pero!... Sobre todo porque las ideas anarquistas me han parecido mejores que las de los republicanos y socialistas.

¿Y son también más prácticas y razonables? — me preguntas. Te concedo que, a mi parecer, la república y el socialismo democrático son dos sistemas políticos y sociales que quizá será más fácil instaurar, y a los que puede llegarse muy pronto, relativamente. Substituir la república a una monarquía y resolver la cuestión social con cuatro decretos del Estado republicano, parece a mucha gente cosa más razonable y práctica que esperar el cambio de la fuerza directa que emana de la educación revolucionaria de las masas, que destruir todo el mal para organizar el bien, de abajo a arriba, sin la intervención de la autoridad, con su completa exclusión, por la energía popular; lo cual no sólo derribará el odioso edificio antiguo, sino que construirá el nuevo con la fuerza de la solidaridad y de la educación en la libertad.

Pero esta facilidad — relativa de cualquier manera — oculta una celada y una equivocación. La república así como la entienden los mejores republicanos y el socialismo democrático deja una gran parte, la mayor parte de la misión de actuar su programa de reformas al Estado, que socialistas y republicanos esperan conquistar un día u otro con medios diversos, prometiendo a la clase trabajadora una cantidad de reformas y mejoramientos.

La equivocación consiste en el hecho de que, aunque instaurados el socialismo y la república, sus partidarios se verán traicionados en sus deseos, y se darán cuenta de haber pugnado por un sistema que no puede garantir absolutamente al pueblo ese bienestar y esa libertad que ellos, como nosotros, hoy desean ardientemente. No basta desear el bien, es necesario también usar medios oportunos para obtenerlo y los socialistas y los republicanos usan un medio no correspondiente al fin que se proponen, y por eso llegarán a una meta opuesta a la que se habían prefijado. Porque si fuese directamente, por más buena que fuera la idea anarquista no tardaríamos en descartarla, pudiendo llegar al bienestar y a la libertad con otros ideales más prontamente realizables. Pero, ¿qué importa llegar antes si se llega mal?

La razón por la cual socialistas y republicanos pueden lle

gar antes es porque, de un lado, no se preocupan de combatir uno de los principales obstáculos del progreso, el principio de autoridad, con que, por el contrario, ellos mismos están imbuídos; y creyendo un remedio la propia subida al poder no se preocupan por otra parte, de educar a las masas en la rebelión consciente contra toda dominación, y matan en ellas el poco espíritu de iniciativa que poseen, cultivando en su lugar el prejuicio autoritario. De esta manera quizá llegarán, pero llegarán a medio camino; llegarán a cambiar la forma y no la substancia, los músicos y no la música, porque habrán sido demasiado simplistas, combatiendo con ardor los efectos y dejando subsistir más de una causa del mal.

Una de las más importantes de estas causas es el autoritarismo, es decir, el hecho de que algunos hombres puedan mandar y hacer leyes para otros hombres, imponiéndoles su observación — el prejuicio de que siempre se necesita un pastor para la grey humana, y que basta cambiarlo para estar mejor. Pero la función del pastor es esquilar a las ovejas, sin lo cual no tendría razón de existir, y, por lo tanto, para ser libres, es preciso que no haya más pastores. Los gazmoños del sufragio universal y del principio de representación nos dicen, es verdad, que en la república y en el socialismo el gobierno será elegido por el pueblo, y el pueblo dictará las leyes que deberá hacer cumplir. Pero la cosa no cambia en mucho; es como si las ovejas eligiesen por sí mismas un pastor y le pusieran en las manos las tijeras; no por eso el pastor las esquilará y explotará menos!

En suma, los otros partidos, quien más quien menos, dejan subsistir muchas causas del malestar social, mientras los ananarquistas las atacan a todas y completamente. Haz un atento exámen del programa de aquellos partidos y te persuadirás: hasta cuando atacan alguno de los resortes de la sociedad actual, lo hacen de manera imperfecta y dejando subsistir siempre algunas partes, lo que los conducirá a desilusiones desastrosas para ellos y más desastrosas para el pueblo, si los anarquistas no llegásemos a impedir que las energías de este último sean totalmente desviadas.

¿Y no se puede hacer poco a poco? preguntas todavía en tu carta. Primero la república, después el socialismo, después, si es posible, la anarquía... Lo que quiere decir que nosotros ahora tendríamos que ser republicanos, para transformarnos en socialistas después que se haya llegado a la república, y

en anarquistas cuando el socialismo esté en el gobierno. ¡Eso es empirismo, y del peor, transportado a la política!

Cualesquiera sean los estados intermedios por los que pasaremos, eso es seguro, sabemos que la idea anarquista es la mejor, mientras que las otras ideas políticas repugnan a nuestra razón. ¿Qué mejor cosa que propagar siempre, desde ahora, el ideal que creemos más bueno, formar conciencias en nuestro sentido y determinar acontecimientos cada vez más anarquistas y revolucionarios? Los otros partidos tienen en sus programas algunos puntos justos comunes con nosotros, como tienen también algunas eficaces armas de combate que nosotros no vacilamos en usar. En efecto, donde podemos hacer juntos un poco de trabajo, lo hacemos ayudándonos sinceramente. Pero, ¿por qué deberíamos extender nuestra cooperación y nuestra solidaridad con ellos también en lo que creemos malo y perjudicial?

Si tenemos que pasar por un estadio intermedio de república o de socialismo autoritario, pasaremos; no podríamos nosotros oponernos a los acontecimientos. Y donde republicanos y socialistas tengan que abatir algún obstáculo a la libertad y al bienestar, no seremos nosotros los que huyamos de la lucha, ni por celo sectario impediremos que la humanidad experimente estas nuevas formas de vida social. Pero continuaremos diciendo nuestra opinión, haciendo nuestra propaganda, dando razonadamente nuestra adhesión, es decir, negándola a todo lo que nos parezca malsano. Y espero que tú no sostendrás que en el mundo hay razones que persuadan a sostener el error, el cual es siempre perjudicial a todas las causas buenas.

Tanto más que si con el pretexto de que antes de llegar a la anarquía es necesario pasar por otros sistemas de vida social, nadie pensara en hacer la propaganda anarquista y en luchar por la anarquía, ni aún dentro de mil siglos se llegaría a ella.

Adios. Perdona si te he aburrido.

V

LOS ANARQUISTAS Y LA LEGALIDAD

... 23 de febrero

Mi querida amiga:

...volvemos a nuestra discusión dejada en suspenso.

Es siempre contra tu devoción por la legalidad que debo luchar; y en efecto me dices que si me has indicado otros partidos, como el socialista y el republicano, que prefieres al partido anarquista, no es porque su fin te parece más justo del que este último propone; por el contrario, demuestras por un momento admitir que el fin de los anarquistas sea mejor. "Lo que me hace preferir cualquier otro partido al vuestro (dices tú) admitiendo que debiera elegir, no es el fin sino el medio. Acaso con los otros se obtenga algo menos, pero se llegará con menos dolores".

También en este punto te engañas. No hay método más erróneo en una discusión, que el que concede, aún transitoriamente, al adversario alguna cosa que no sea rigurosamente justa. Antes o después el adversario se aprovechará de la oportunidad. En la carta pasada yo admitía por un momento que los socialistas y los republicanos puedan llegar antes. Yo lo decía en otro sentido, respecto a las ideas y no a los métodos; pero, de cualquier manera, mal he hecho en hacerte esta concesión, sin explicarla. Los medios más remisivos sugeridos por los legalitarios no solamente no nos harán llegar antes, como tú crees, sino que nunca nos harán llegar a un bienestar real de la humanidad. Permíteme que, para persuadirte, vuelva a hacerte el parangón entre esa revolución social que en nuestros tiempos se va madurando y la revolución cristiana que desde hace mil novecientos años ha venido desarrollándose en el mundo.

No ha habido revolucionarios más legalitarios (permíteme la contradicción) que los prosélitos de Cristo. También ellos soñaron llegar a la fraternidad humana *por las buenas;* y no se puede poner en duda la buena fe de los primeros cristianos en esta idea. Sin embargo ha sido ese mismo deseo de hacerlo todo sin violencia lo que ha degenerado al cristianismo, transformándolo también en una forma muy terrible de esclavitud.

Habiendo la legalidad llegado a ser la preocupación máxima de los innovadores de entonces, eso los condujo, una vez conquistada una considerable influencia y apenas sus perseguidores comenzaron por interés a mostrarse menos feroces, a pactar y a ponerse de acuerdo con ellos. Así el cristianismo compró el triunfo de ser reconocido por los poderosos con ponerse de su parte, con aceptar muchas formas religiosas del paganismo, con abandonar, poco a poco, la causa de los pobres y de los humildes, conservando siempre sobre ellos el predominio y el prestigio del fanatismo.

Lo que parece triunfo del cristianismo fué, por el contrario, derrota; pues de la nueva religión venció y quedó todo lo que tenía de supersticioso y de malo, y quedó destruído, sino del todo, la mayor parte de lo que tenía de humano, de bueno y de rebelde. Pero la masa de los primeros cristianos se ilusionó; porque quedó el nombre y la bandera del cristianismo, creyó que en él hubiese permanecido también la idea redentora, la substancia; ni advirtió que no fué Constantino quien se dobló en presencia de Cristo, sino que los cristianos se hicieron cortesanos de aquel — al principio algo intrépidos e independientes y luego cada vez más humildes. La igualdad de los hombres muy pronto se volvió un sueño realizable solamente... después de la muerte; de la misma manera que muchos socialistas de hoy, queriendo excusarse de haber pactado mucho con los burgueses, dicen que el socialismo será posible... de aquí a mil años.

En efecto, hoy está pasando el mismo fenómeno. Mucha gente quiere una renovación social e invoca, otra vez, la libertad, la justicia y la fraternidad. Pero la instintiva ociosidad y la repulsión por el sacrificio inmediato la impele a escuchar a los consejeros de los medios pacíficos y legales, los cuales por el triunfo de las apariencias y de las vanas formas van traicionando la esencia de las ideas de emancipación social. En ellos el afán de resolver con presteza y sin esfuerzo el problema del pan y de la libertad, hace de manera que comiencen pronto

a renunciar a mucho de este pan y de esta libertad.

Conformémonos con poco, por ahora — dicen — y no advierten que así no obtienen ni poco ni mucho. Y porque el enemigo les sonríe para animarlos en la vía de las renuncias, ellos se ensoberbecen y creen eso un signo de victoria; y ceden todavía y ceden siempre un poco de su programa, reduciendo sus pretensiones a términos mínimos.

A medida que ellos irán cediendo, el enemigo simulará ser cada vez más amigo, y su sonrisa será siempre más seductora. Este aceptará con siempre menor repugnancia las palabras y las apariencias exteriores de aquellos, con tal que pierdan siempre más la substancia revolucionaria. Así, por ejemplo, el día en que los socialistas no tengan de tales más que el nombre, toda la burguesía se dirá socialista; y el socialismo habrá vencido... nominalmente, como venció el cristianismo el día en que Constantino, para cautivar a los cristianos, fingió haber visto volar una cruz entre las nubes.

Si tú verdaderamente deseas una transformación substancial, y quieres evitar el peligro de la perpetuación del privilegio y de la opresión, y piensas que no basta cambiar el nombre sino que es necesario mudar las cosas, entonces ya es otra cuestión.

Sea cualquiera el cambio reputado necesario, si ha de ser un cambio verdadero, aunque no se trate de combatir a la anarquía, siempre reclamará una suma no indiferente de sacrificio y de dolor.

Toda transformación efectiva, toda destrucción de privilegios, toda conquista de bienestar y de libertad, aunque no fuesen el bienestar y la libertad que los anarquistas preconizan completos, exige una batalla que desgraciadamente no dejará de costar víctimas. La historia nos lo enseña; y si no fuese la historia, nos lo enseñaría la tenacidad con que los modernos poderosos y privilegiados defienden su posición.

Creer, por tanto, como al parecer tú crees, que para evitar sacrificios basta prefijarse un fin menos radical, es un error. Y si momentáneamente se evitan víctimas, la cantidad es tan insignificante, que bien conviene hacer un sacrificio un poco mayor con tal de no verse constreñidos a repetirlo muchas veces con mucho dolor, antes de llegar a la emancipación completa. Eso sin contar que cuanto mayor sea el sacrificio y más enérgico el esfuerzo, tanta mayor suma de bienestar y de libertad será conquistada.

Pensar de otro modo sería lo mismo que dar la razón a aquel individuo que, queriendo cortar la cola a un perro y no tenien-

do el coraje de efectuar la operación completa en una sola vez, temiendo causarle demasiado dolor, cada día iba cortando un pedacito ¡imagina tú con cuánto dolor del pobre animal!

Como ves, por un motivo o por otro, más vale luchar directamente desde hoy, con los anarquistas, por la anarquía.

Pero espero que te convencerás y que pronto vendrás a combatir a mi lado.

VI

LOS ANARQUISTAS NO SON UTOPISTAS

... 2 de marzo

Queridísima:

¡Finalmente! Sabía que un día u otro saldrías con la cantilena de que la anarquía es una cosa bella pero... imposible. Cuando se nos ha dicho que somos utopistas créese habernos puesto directamente fuera de discusión, tanto más cuanto que ésta es la más cómoda respuesta que se pueda hacer a la demostración de la superioridad absoluta de las ideas anarquistas sobre todas las otras. Comprendía muy bien que habrías llegado a este argumento, y que todas las concesiones que me hacías en las cartas pasadas se esfumarían así en esta suprema negación, en apariencia cortés, pero substancialmente traicionera.

"¡Soberbia concepción es la vuestra! — me dices — y en verdad no hay sueños más nobles que el sueño anarquista; su único defecto es el de ser un sueño!" Y sin quererlo, ofendes así a mi idea, más que los que la agreden brutalmente; ya que estimándola una innocua fantasía de soñadores, niegas a los anarquistas la ventaja, que no obstante les corresponde, de estudiosos diligentes de la vida social, para creerlos ignorantes y ciegos.

Y sin embargo, la teoría anarquista se basa sobre todos los modernos conocimientos de los cuales también ha surgido; y una prueba de su practicabilidad la encuentras precisamente en que es una teoría experimental hecha del estudio de las condiciones físicas, económicas y morales de los hombres, entre los cuales la anarquía debe hacer hoy sus prosélitos y encontrar mañana su actuación.

El razonamiento que los anarquistas hacen es de lo más positivo y práctico que pueda haber. Ellos dicen: ¿Está demostrado que la prepotencia, la explotación del hombre por el hombre es

la causa de muchos males en la sociedad? combatamos la prepotencia y anulemos la explotación. ¿La miseria existe porque existe el capitalismo y la propiedad privada? suprimamos el capitalismo y pongamos en común la propiedad. ¿Es imposible suprimir el capitalismo porque el gobierno lo defiende, mientras que nos hemos dado cuenta de que la autoridad de éste es nociva al desarrollo moral y a nuestra libertad? combatamos también para que desaparezca todo gobierno. Se trata, en suma, para destruir efectos malos, de combatir las causas; la ciencia y la experiencia nos han enseñado cuáles son estas causas, y nosotros las atacamos a todas sin contemplaciones. Por eso somos anarquistas.

Si estás enferma porque en una parte de tu cuerpo hay un centro de infección, el médico te aconsejará destruir esta causa de tu mal. ¿Le dirás tú que es un utopista o un soñador porque te promete la curación a cuenta de que tú le consientas atacar la enfermedad en su orígen? Si tú lo hicieses, él tendría todo el derecho de ofenderse y de dejarte víctima de tí misma.

Pero tú traes al tapete la común objeción de que la anarquía sería solo posible en una sociedad de ángeles. Ante todo te respondo que en una sociedad de ángeles, es decir, de gente absolutamente incapaz de hacer mal, no habría necesidad de la anarquía; todos los regímenes serían buenos para estar optimamente. En cambio, precisamente porque cada uno de nosotros tiene sus pasiones y su naturaleza especial, se necesita que haya la más completa libertad para que el uno no sea obstáculo al otro.

Tú crees que debe haber gente que mande y gente que obedezca, porque tienes un falso concepto de esta nuestra naturaleza humana, En tu pesimismo exagerado crees que los hombres nacen malos, según la idea estólida y católica del pecado original, y por ello piensas que es preciso que haya un poder extraordinario para frenar esta malignidad de todos. Aunque fuese cierto, yo te preguntaría: ¿Quién tendría el derecho de estar en el poder? No por cierto los hombres mismos, desde que nacen malos, y que, aún cuando hubiese alguno bueno, nadie vendría a decirnos quien era él. ¿Quién, entonces?

Pero no es cierto que los hombres nazcan malos; ellos no nacen buenos ni malos. Al crecer se vuelven lo que el ambiente, las condiciones y la educación los hacen. Y aún cuando, excepcionalmente, como por enfermedad, algún ser humano nace con los gérmenes de la degeneración en la sangre, que le fueron inoculados a través de los genitores por un ambiente mal-

vado, si crece en un ambiente sano, en condiciones buenas y educado sabiamente, el germen del mal no se despertará en él y hasta será muerto; del mismo modo que en un tísico hereditario la enfermedad no se manifiesta si el individuo crece en condiciones desfavorables al desarrollo de la tuberculosis.

Entonces, para hacer mejores a los hombres, es necesario cambiar sus condiciones de malas en buenas; es necesario por tanto destruir la miseria y la opresión que son la causa de tantos males nuestros.

Asegurado a todos el pan, no habrá ya quien tenga necesidad de robarlo, y tampoco quien se ocupe en arrestar al ladrón.

En el mundo hay con que satisfacer abundantemente las necesidades de los hombres; todo consiste en encontrar una organización de la producción y del consumo que haga posible el bienestar para todos, que, en suma, no deje faltar a ninguno lo necesario. Poniendo la propiedad en común, como quiere el socialismo, este objetivo está alcanzado y así está alcanzada la posibilidad de la anarquía, que es el corolario político y el complemento del socialismo. El socialismo como base económica de la sociedad anarquista es la garantía de su practicidad. pues que destruyendo la miseria destruye también la causa de los delitos y anula el pretexto con que nuestros opresores justifican hoy su propio predominio político. Precisamente por eso nosotros nos llamamos más propiamente, como con frecuencia habrás oído decir, socialistas-anarquistas.

Cierto, en el breve espacio de una carta yo no puedo darte la demostración matemática de cuan practicable es la anarquía; me bastará decirte que ya en la sociedad actual hay todos los elementos necesarios a una organización de los hombres sin patrones y sin gobiernos. No falta más que reunir estos elementos, destruyendo aquellos que tienden a perpetuar entre nosotros el desorden moral, económico y político. Y para hacer esto es preciso convencer a la gente de la bondad de nuestras ideas, para que de una buena vez se decida a cambiar las bases de la propia existencia social.

Yo no te niego que también en la anarquía habrá defectos y hasta defectos grandes; te lo digo enseguida para que no vayas a creer que en verdad nosotros pensamos establecer un Eldorado de perfección sobre la tierra. Si así fuese, tendrías razón de llamarnos utopistas.

Pero no es una utopía pensar, como piensan los anarquistas, en hacer cesar todos aquellos males de que se ha descubierto las causas, por medio de la destrucción de éstas; como no es

una utopía confiar para la nueva organización de la sociedad, en la ciencia, la educación y el sentimiento de solidaridad humana, además de la comprensión más exacta del interés propio.

Ciertamente, si todos dijesen, como dices tú, que la anarquía es una utopía, y por tanto nadie se esforzase en ayudar a la evolución con su actividad modificadora, el día de nuestra victoria estaría aún muy lejano. Pero, afortunadamente, esto no sucede con una gran cantidad de estudiosos y de trabajadores; y yo espero que, como ellos, tú también, abandonando tus preconceptos pesimistas, estudiarás mejor las ideas anarquistas y te convencerás de su bondad.

VII

LOS ANARQUISTAS SON SOCIALISTAS

... 10 de marzo

Mi buena amiga:

Verdaderamente no esperaba oirte expresar esta tu nueva extrañeza, después de todas las cartas que te he escrito en las cuales, aunque indirectamente, creo haber explicado bastante mis ideas para que hayas visto su fisonomía socialista.

Tu objeción de esta vez es la objeción de muchos que de la anarquía saben bastante menos de lo que yo te he escrito. "¿Cómo conciliar — dices — el sentido de independencia y de libertad absoluta con el deber de solidaridad? ¿Cómo impedir que la libertad de los unos lesione la libertad de los otros? ¿Quién, en la anarquía, impedirá que alguien sea prepotente con los demás y viva a sus expensas?

En una palabra te lo explico todo: con el *socialismo*, es decir, con la organización socialista en las relaciones económicas de la sociedad futura.

Somos anarquistas, ¿pero acaso esto mismo no significa que somos enemigos de todos los abusos, de todas las autoridades impuestas por unos hombres a otros? Esto te dice enseguida que nosotros miramos como una esclavitud que es necesario abolir, el salariado, esta supervivencia de la servidumbre medioeval, es decir, el odioso privilegio de algunos que poseen, en mayor o menor antidad, todo el patrimonio social (tierra, máquinas, casas, talleres, instrumentos de trabajo, etc.), y con ello todos los medios de producir lo necesario para vivir. Estos, que no trabajan, hacen trabajar a la gran mayoría de los hombres, compensándoles con un mísero mendrugo para que no mueran de hambre y guardando para sí lo demás: lo que les permite vivir en medio de todos los placeres y satisfacciones de la vida, en las orgías y disipaciones más extraordinarias y extra-

vagantes. Así el propietario de tierras, que hace trabajar a muchos centenares de campesinos pagándoles salarios irrisorios y recoge la renta de los campos para llevar él y su familia una vida ociosa y de lujo, comete una injusticia que es preciso hacer cesar.

El industrial que en un taller hace trabajar a miles de obreros pagándoles tres liras por día — ¡y digo mucho! — y saca del trabajo de éstos una renta diez veces superior a la suma de los salarios de todos sus obreros, comete una injusticia que es necesario abolir. Y lo mismo sucede en todos los ramos de la explotación humana.

¿De dónde se origina esta explotación? Del privilegio que tiene la ínfima minoría de propietarios y explotadores, que posee exclusivamente el capital, es decir, todos los medios e instrumentos indispensables para la producción de lo necesario para vivir. Este privilegio se llama el monopolio capitalista, que pone a millones de obreros en contínuo peligro de sufrir y hasta de morir de hambre, pues aún con la mayor voluntad de trabajar y arrancar a la tierra el sustento necesario, no pueden hacerlo porque no poseen nada del capital que sirve para el trabajo y para la vida — tierras, máquinas, habitaciones — teniendo que pagar el uso más limitado de esto con un contínuo trabajo diario, sin el cuál ese capital sería infructífero y estéril en manos de los privilegiados poseedores.

Esta explotación, esta injusticia que es la más mortífera manifestación de la autoridad y de la prepotencia, el salariado, es preciso que termine — te decía más arriba; es necesario, pues, que sea abolido el monopolio de la propiedad por unos pocos, substituyéndolo por el disfrute común del patrimonio social restituído a todos, para que todos puedan obtener de él la satisfacción de sus necesidades.

De este modo, el capital, que es propiedad de pocos, se convierte en propiedad común, es socializado: y he aquí cómo los anarquistas, que queremos todo esto, somos socialistas, pues socialistas son todos los que combaten para llegar a la socialización de la propiedad.

Yo creo que tú, que eres inteligente, comprenderás pronto cuán necesario es determinar en la sociedad este cambio de la organización económica. El actual sitema de distribución y producción de la riqueza es tan evidentemente malvado e injustificable, que es imposible no darse cuenta de ello, tanto más cuanto que todos vemos sus consecuencias funestas en la miseria, en la delincuencia, en la degeneración y la perversión moral

que amenazan hacer de la vida un infierno insoportable no solo para los pobres sino también para los privilegiados, sobre quienes se refleja y repercute en mil formas el dolor universal, causado por el desequilibrio permanente y angustiosó de la actual sociedad.

El movimiento socialista refleja esta tendencia de la humanidad a cambiar de posición, y los anarquistas somos una manifestación de tal movimiento y la más radical, porque atacamos sin misericordia la mala planta del privilegio y de la prepotencia de todas las partes, no sólo en las más visibles ramificaciones económicas, sino también en todas las otras, políticas, religiosas, morales, etc., hasta sus raíces más hundidas en el duro terreno del prejuicio.

¡Atacar la base! es nuestra palabra de orden, porque estamos convencidos que la injusticia social contemporánea es como ciertas plantas maléficas que es necesario arrancar y destruir completamente, para evitar la reproducción, siempre posible cuando se deja una rama, una hoja o una raíz en el seno de la tierra fértil.

¿Volverás a preguntarme si los anarquistas somos socialistas, o convendrás más bien que si hay gente que tiene derecho antes que todos a llamarse socialista, somos nosotros? ¿Y te convencerás que sino los únicos por lo menos los mejores y verdaderos socialistas son los anarquistas?

En cuanto a la preocupación que me muestras, de que en la anarquía la libertad pueda dañar al orden socialista que presupone la solidaridad entre todos los hombres, ella es generada por el hecho de que a tí no te parece (pero espero que lo comprenderás después de toda esta cháchara) posible un orden anarquista si se basa solamente en el principio de asociación entre los seres humanos, unidos por el espíritu de la solidaridad, es decir, de recíproca ayuda y apoyo. Es otro lado del concepto socialista que tú no suponías, y en el que no pensabas mientras hacías la crítica del anarquismo.

La libertad no es en modo alguno opuesta a la solidaridad; antes al contrario, una completa a la otra y ambas son necesarias para hacer posible la organización social anarquista. Si no hubiese libertad, la asociación no sería volnntaria sino impuesta y, por eso, insolidaria; si no hubiese solidaridad, la asociación se disgregaría, y entonces el hombre no podría obtener más en la ayuda de sus semejantes el medio de satisfacer todas sus necesidades, o permanecería en pié por la fuerza vio-

lenta de una autoridad — y en ambos casos la libertad desaparecería. ¿No te parece?

Así, será interés de cada uno no estorbar e invadir la libertad de su semejante sino más bien de asociarse mejor a él para hacer más completa la propia. El primero que hiciese prepotencia a un coasociado se haría inmediatamente daño a sí mismo y anularía su libertad, que podrá ser completa e inviolada sólo cuando sea completa e inviolada la de los otros. Parecen cuestiones un poco abstrusas éstas de que te hablo, pero piensa y verás que se te convierten en las más claras razones del mundo. Y no olvides nunca que el socialismo es el que garantiza este respeto recíproco de la libertad en la anarquía, quitando a cada uno el interés y el incentivo de violar la libertad agena, interés e incentivo sólo posibles hoy, en una sociedad que, con la miseria y depravación que de ella derivan, impulsa al hombre a los más negros delitos.

Del mismo modo es hoy el alma socialista, formada en nosotros bajo el impulso de las necesidades y del estudio, la que nos lleva a hermanarnos entre los obreros del pensamiento y de la acción, para la resistencia y para la lucha, en el camino hacia la libertad anarquista contra todas las violencias, prontos a todos los sacrificios.

La solidaridad que nos une es algo tan sólido que todos nosotros parecemos eslabones de una misma cadena, de tal modo la suerte de unos interesa a los otros, las alegrías y los dolores de la lucha son tan comunes a todos que, desde uno a otro extremo del mundo, hombres y mujeres, nos llamamos con el dulce nombre de *compañeros*.

¿Me creerás presuntuoso, amiga mía, si por el afecto que a mí te liga expreso una vez más el deseo de que tú seas también un nuevo eslabón de la inmensa cadena de los libres, que tú seas pronto para mí y para mis amigos una *compañera*?

VIII

EL SOCIALISMO ANARQUISTA

... 14 de mayo

Amiga queridísima:

No me disgusta tu ruego para que vuelva a hablarte de esta cuestión de la propiedad individual. Los que lean estas ideas mías dirán que son cosas viejas, que todos las sabían; pero desde que tú no las sabes, pienso que como tú habrá otros, y para éstos no serán superfluas algunas explicaciones más. Para los otros, los que *lo saben* — como ellos dicen — tampoco será inútil repetirlas; sin contar que, si no quieren oír, pueden también no leer.

Tú me haces, una tras otra, una cantidad de preguntas que a primera vista parecen muy embarazosas.

Me dices entre otras cosas: "Quitar la propiedad a los que la han acumulado a fuerza de robo y de malas acciones podrá estar bien... Pero la propiedad provinіente de la economía, del trabajo contínuo, del ingenio, ¿con qué derecho la quitaréis a su legítimo poseedor?"

Empecemos con esta pregunta: ¿Cómo puedes tú saber si ésta o aquélla propiedad ha sido acumulada con acciones buenas o con acciones malas? Admitido que sea posible enriquecerse con buenas acciones, con el trabajo, con la economía, etc., queda siempre el hecho de que no está descartada la posibilidad de enriquecerse haciendo mal y de conservar el mal acumulado; y para suprimir esta posibilidad de enriquecerse con el mal es necesario suprimir también la de enriquecerse con el bien, dado, repito, que esto sea posible.

Y luego, fijarse en los orígenes de la propiedad individual para saber si se debe quitarla o dejarla al que la posee, es una simpleza. Aunque todos los propietarios se hubiesen enriquecido con las acciones más honestas de este mundo, basta el hecho de que este privilegio suyo se ha vuelto hoy dañoso a todos los que están privados de él, para que los desheredados tengan el

derecho de quitarles el privilegio, que quizá habrá sido adquirido sin hacer mal a nadie, pero que se ha vuelto deshonesto desde el momento que empezó a perjudicar a los demás.

Pero, ¿si te quitase también este último escrúpulo, si te demostrase, en pocas palabras, la absurdidad de la hipótesis de la riqueza adquirida con el trabajo? ¡Fíjate bien! Buscándola con linterna, apenas encontrarías alguna que otra persona de desahogada posición económica llegada a tal situación por mérito propio exclusivo. Verdaderamente rica no encontrarías ninguna. Créeme, nadie se hace rico con su trabajo. Fíjate en cualquiera de las familias más ricas de tu pueblo; haz la cuenta de lo que poseen y verás que su riqueza es tanta que no bastaría el trabajo de diez personas durante cincuenta años para acumularla. Y hablo de las riquezas menos fabulosas, dejando a parte a los Rotschild, los Vanderbilt, los Mackay y todos los millonarios y los multimillonarios, de quienes sólo un inconsciente o mal intencionado podría negar que son verdaderos bandidos. Puesto que hay individuos honestos, sobrios, que se privan de todo lo que no sea el pedazo de pan que los sostiene en pié, y que estos individuos trabajan ininterrumpidamente, de la mañaaa a la noche, durante toda su existencia, y, sin embargo, cuando mueren tienen o no acumulados unos pocos escudos, y ni aún los mejor pagados consiguen salir de la condición de asalariados, — si alguno se enriquece quiere decir que el modo de hacerlo no es tan honesto como parece a primera vista, no es tan natural respecto al derecho de los otros a la vida, como la moral corriente quisiera hacer creer.

Tú habrás notado que cuando se habla de un pobre que se ha enriquecido, se dice: "¡Se ha dado maña!" ¿Sabes lo que quiere decir esta frase? Lo explica muy bien un célebre escritor anarquista en un libro famoso (1), con este ejemplo:

Un zapatero asalariado, a fuerza de buena voluntad logra reunir, con inmensos sacrificios, algunas liras con las que compra una banquilla, trinchetas y todas las herramientas y útiles del

---

(1) *La conquista del pan*, de Pedro Kropotkin. — Capítulo: *La expropiación.*

oficio, y va a ver a un negociante para que le dé trabajo. Al mismo tiempo toma dos muchachos, hijos de algún otro desdichado, como aprendices y, naturalmente, no les paga. Les enseña algo, les hace coser lo más fácil, les hace hacer cosas de poca monta que le harían perder a él un tiempo precioso; y he aquí que gana algo más que cuando estaba con otro amo. Cuando los muchachos son más grandes y han aprendido algo, les da algunos centavos a fin de semana: nunca ¡fíjate bien! lo que ellos merecerían en proporción a la duración y a la cantidad del trabajo hecho y a la ganancia que le han procurado. Si continúa siendo sobrio como antes, podrá entonces aumentar el trabajo, tomar otros aprendices y ganar más todavía, hasta que llegue a poder comprar la suela, trabajar y hacer trabajar por su cuenta; a poner negocio, pequeño al principio, pero cada vez más grande, en fin, a meterse las manos en los bolsillos y ganar solamente con el trabajo de los obreros que habrá tomado cada vez en mayor número. ¡Su fortuna está hecha! y la gente que pasa por delante de su tienda lo mira con admiración. "¡Es hijo de sus obras!", se dice, y, si acaso es un gran elector de algún diputado, puede que lo hagan también *caballero del trabajo*.

¡Hijo de sus obras! ¿Por qué no decir mejor hijo de las obras de sus aprendices y de sus obreros, cada vez más numerosos, y sólo en una parte mínima de las propias? En el fondo, su fortuna ha dependido de una verdadera explotación del trabajo ageno, y si bien no tan escandalosa como la tremenda explotación que se opera en las fábricas más grandes y en los establecimientos industriales, esto puede servir para hacernos horrorizar aún más del sistema industrial y del salariado, pero no por eso deja de ser una explotación, una verdadera injusticia.

Este ejemplo te explica todo el mecanismo en que se basa hoy el sistema capitalista de la propiedad individual: hacer trabajar a los otros por cuenta propia. Pagar dos y vender por cuatro. Extiende este sistema, empléalo en vasta escala con grandes medios, ayúdalo con juegos de astucia más deshonestos aún, con robos y verdaderos delitos, protégelo con la complicidad de los gobiernos, y he aquí explicada la riqueza de unos pocos y la miseria de la enorme mayoría.

Es cierto que donde la industria moderna está menos desarrollada y no existe el latifundio, existe aún la pequeña propiedad: el artesano que tiene una pequeña tienda, el campesino que tiene un campito que él mismo cultiva; pero si ese es el ejem-

plo de la propiedad clásica, de buen género, que, según tú, sería injusto destruir ¡estaríamos frecos! Interroga a uno de ellos y te responderá que no puede más, que la concurrencia con los artículos que vienen de fuera se ha vuelto imposible, que está imposibilitado para agrandar su pequeña industria, para cultivar su parcela con medios más racionales, porque no tiene con qué comprar máquinas; que los impuestos le devoran la mitad de los productos, que está lleno de deudas... Esta es una propiedad privada cuya abolición más que perjudicar beneficiaría al propietario; y por lo demás el curso del movimiento económico actual es de tal naturaleza que la abolirá, absorbiéndola la gran propiedad, territorial o industrial, antes que los anarquistas alcancen a tocarla.

Otra forma del parasitismo es el comercio: el intermediario entre el productor y el consumidor; el que compra por diez y vende por once, por quince, por veinte o por cincuenta... Y es el régimen capitalista el que hace posible este parasitismo y opone dificultades enormes al establecimiento de relaciones directas entre el consumidor y el productor. Es cierto que hay cooperativas. Pero, sin contar que con frecuencia estas cooperativas son un medio como cualquier otro de explotación, y todo lo más un medio para hacer llegar a la condición de privilegiados a cierto número de obreros (lo que no cambia el sistema), para los obreros es la cosa más difícil de este mundo fundar, con los míseros medios de que disponen, buenas cooperativas *útiles a todos*, que puedan hacer competencia a los grandes comerciantes, a los *trusts*, como hoy se llaman, los cuales tienen con ellos los millones y pueden acaparar y monopolizar todos los bienes de la tierra. La verdadera barrera entre el consumidor y el productor es la propiedad individual, es el capitalista ocioso que hace de tercero entre los dos litigantes, comiendo él más que todos; y hasta que no sea abolida la propiedad individual y no haya más capitalistas, — habrá miseria, habrá explotación y parasitismo.

Creo haberte explicado, de manera de darte por lo menos una idea, por qué los anarquistas somos socialistas, es decir, por qué queremos el socialismo, "una sociedad en la que los medios de producción, la tierra, las máquinas, las casas, etc., no sean propiedad individual o monopolio de uno o de algunos, sino propiedad *social*, de todos, de modo que todos puedan disponer de ella".

Según nosotros, todos los hombres, puesto que trabajarán

y darán a la sociedad lo que sus fuerzas les permiten, tendrán el derecho de disponer de todo lo que necesiten. Esto, naturalmente, en línea general, sin detenernos a precisar en qué y cómo habrá excepciones — que muy bien podrá haberlas —; ya que, como todas las cosas, también los sistemas son relativos y jamás rígidamente aplicables tal como salen de la cabeza de los pensadores o como están escritos en los programas de los partidos. Esta norma general según la cual la propiedad deberá ser socializada se llama *comunismo*, y es la que ha adoptado la mayoría de los anarquistas del mundo, y a la que más favorable soy entre las otras escuelas del socialismo moderno.

Aquí, querida mía, de la crítica positiva, matemática, hemos pasado al campo de las hipótesis, que son, ciertamente, razonables y razonadas, hechas con un método rigurosamente científico. Pero se trata de hipótesis y por eso no puedo hablarte de ellas más que en sus líneas generales.

Lo importante es que te convenzas de que las instituciones criticadas son malas y, por consiguiente, es preciso destruirlas y sobre sus ruinas instaurar un sistema de vida social basado en los puntos fundamentales del socialismo y la anarquía: socialización de la propiedad y de la libertad, es decir, libertad y bienestar para todos.

En línea general se puede afirmar que el socialismo, según los comunistas anarquistas, será como una federación de grandes asociaciones de trabajadores, una vasta cooperativa compuesta de muchas cooperativas, de las que cada una abrazará, según los casos y los gustos, una ciudad, un oficio, un servicio público, etc. Y estas asociaciones se regirán y comunicarán entre ellas por el cambio de los productos y de toda suerte de ayuda, según pactos libres que ellas mismas, o, mejor, los individuos que las compongan, establecerán y mantendrán mientras les resulten ventajosos — administradas económicamente de lo bajo a lo alto, sin órganos centrales y sobre todo sin órganos coactivos y sin leyes obligatorias para nadie, estando unidos unos a otros sólo por la necesidad de sociabilidad, que se traduce en la necesidad de la ayuda recíproca y del sentimiento de solidaridad algo más desarrollado que hoy.

¿Te parece?... Pero por hoy basta, que ya me he extendido demasiado.

IX

EL CONSUMO Y EL TRABAJO EN LA ANARQUIA

...19 de marzo

Queridísima amiga:

Tú me preguntas ahora "cómo puede ser regulado un sistema en que todos trabajan a su modo y cuando quieren, sin que exista el estímulo de la posesión, de poder decir: esto es mío". Y me preguntas también si *todas las cosas* serán comunes, hasta las casas donde habitamos, los vestidos que llevamos, etc.

Esta última objeción es un poco necia, permíteme que te lo diga, e indica en tí, más que la persuasión de una cosa justa, el deseo de hacer bromas, ya que no ironía. Tú comprendes que cuando se supone estar en anarquía, se supone también que habrá casas y vestidos para todos, de manera que ninguno tenga necesidad de ir a dormir a tu habitación o a vestirse con tus vestidos.

Por lo demás, si hubiese escasez, no comprendo qué mal habría en que se hiciese eso; ¿no se da hoy el caso de acoger en nuestra casa a algún amigo o pariente que viene de fuera y no tiene casa suya, y de ejercer la hospitalidad con verdadera satisfacción? Y tú ¿tendrías corazón para ver a una compañera tuya de trabajo poco o mal vestida y no darle parte de tus vestidos, siempre que pudieses y aunque sólo tuviéses uno de más? Y tú comprendes que lo que hoy mismo no es extraño ni imposible, tanto más posible y fácil será mañana, en mejores condiciones de educación y cuando las razones de ser egoístas estarán muy disminuídas.

Cuando haces objeciones, para que éstas sean razonables, debes transportarte con el pensamiento a la sociedad comunista. Así, por ejemplo, es una tontería decir que *cuando todos puedan tomar según sus necesidades, cada uno querrá tomar de todo.* Dime: si el carnicero donde te sirves te dijese mañana: "Señorita, usted puede, desde hoy, tomar en mi negocio la carne

que necesita para su consumo", ¿lo desvalijarías acaso y te lo llevarías todo? No, por cierto. Tal vez los primeros días tomaras un poco de más, por reacción a lo que antes llevabas de menos, pero cuando supieses regular la cantidad que necesitas, cogerías ésta y nada más. En efecto, ¿qué harías con el sobrante? Hoy, tal vez tomarías para conservarla, por temor de que el generoso carnicero cambiase de idea, o para darla a otro; pero en la sociedad comunista, donde los almacenes sociales estarán abiertos a todos, cada uno tomará solamente lo que necesite, teniendo cuidado de no derrochar para estar seguro de volver a hallar al día siguiente.

Pero tú insistes: ¿Y los artículos de que habrá escasez? ¡Diablo! para esos se encontrará el modo de ponerse de acuerdo. Hoy esto es imposible, porque el derecho de propiedad, "sacro e inviolable", no lo permite; no obstante, hoy, aunque en pequeña parte, se puede ver que el principio de justicia no es inaplicable. Durante las guerras y las carestías, por ejemplo, ¿quién se lamenta de que las mejores cosas sean reservadas para los enfermos? Y en una familia, que hoy es a veces un tipo reducido de sociedad comunista, ¿los bocados más delicados no son siempre reservados a los enfermos, a los niños, a los ancianos, en suma, a los que más los necesitan? Así en el comunismo, los artículos de que hubiera escasez se verá de repartirlos entre los que más necesiten, y esto provocará menos celos y menos iras que el sistema actual en el que precisamente los que menos las necesitan son los que poseen todas las cosas, aún las más escasas en el mercado.

En tu carta me hablas también de la *avidez popular.*

¡Por Bacc! La avidez popular existe hoy porque el pueblo no tiene nada; y ciertamente, si pudiese, pondría su mano sobre todas las cosas, por un impulso natural de la necesidad largo tiempo insatisfecha, en cuanto tuviese la posibilidad de hacerlo, en una revolución, por ejemplo. Pero vuelto el equilibrio, las cosas se acomodarán. Los supervivientes de la Comuna de París (que fué la primera revolución hecha en interés de los pobres) narran que el pueblo, durante el breve período que duró aquel movimiento revolucionario, competía en sacrificios para dar las cosas mejores a los que iban a combatir, y se privaba de todo para que los hospitales no carecieran de lo necesario. Ya ves, pues, que calumnias al pueblo, o por lo menos exageras al tacharlo de avidez y de grosería.

Y además, me parece que ya te lo he dicho otras veces, los anarquistas contamos para hacer la anarquía, sobre la posibili-

dad de ponernos de acuerdo, y no esperamos que el acuerdo nos llueva del cielo de un hipotético perfeccionamiento de las personas. La gente, en el comunismo anárquico, será razonable, no porque se haya vuelto perfecta, sino porque habrá comprendido que sería peor para ella si fuese brutal, y que el bienestar mayor de cada uno consiste ante todo en estar y mantenerse de acuerdo a toda costa.

Lo que se ha dicho del consumo, vale también para el trabajo. El miedo a los ociosos es infundado, y de ello te persuades rapidamente si piensas que el trabajo es una necesidad fisiológica para el individuo además de una necesidad social. Todos o casi todos trabajan hoy; solo que muchos hacen trabajos inútiles, superfluos y con frecuencia nocivos, mientras mañana, cuando el comunismo hará de manera que la acción individual tenga una influencia directa sobre el bienestar y el malestar de cada uno, todos tratarán de uniformar su acción según la conveniencia de la sociedad a que pertenecen, lo que se resuelve directamente en conveniencia propia.

Por lo demás, cuando hubiese ociosos que estorbasen la vida y la concordia de los otros, éstos hallarán fácilmente el modo de defenderse y separarse de ellos. Se les dirá: "Aquí tenéis con qué trabajar, he aquí los instrumentos y la tierra que podéis necesitar, y ahora... arregláos entre vosotros!" Y puedes creer que preferirán trabajar con los otros, antes que estar peor y verse, en último análisis, constreñidos a trabajar lo mismo en peores condiciones. Los ociosos, me dirás, y los prepotentes podrán unirse y querer apoderarse por la violencia del producto del trabajo de los otros coasociados. Puede suceder, pero entonces se les hará la guerra, del mismo modo que ahora nosotros queremos hacer la guerra a los ociosos y a los parásitos de hoy.

Convengo, querida mía, que habrá feos inconvenientes. Pero los anarquistas jemás han dicho que en la anarquia la vida será un paraíso. Y luego, tú no debes ver este peligro de los ociosos en el régimen comunista a través de los cristales ahumados de las dificultades propias de la sociedad burguesa. En el comunismo el trabajo será ante todo mucho menos largo y mucho más agradable que hoy, por esta triple razón: que cada uno gozará el fruto entero e integral, que será realizado por todos y por ello estará más dividido, y porque se tendrá la ayuda de las innumerables máquinas que la ciencia pone a nuestra disposición y que hoy no se emplean porque el sistema capitalista lo impide, o si se emplean es en exclusivo beneficio de los patrones y en perjuicio de los obreros.

Algunos hoy tienen horror al trabajo, porque actualmente es sinónimo de esclavitud, de fatiga, de extenuación y de hambre, y, por consiguiente, también de envilecimiento. Pero cuando el trabajo fuese ennoblecido, cuando ya no fuese una obsesión, como ahora, sino al contrario, en una sociedad más armónica hubiese la persuasión general de que es la fuente de todo bien para todos, sin exceptuar a ninguno, — créeme, nadie se negaría a trabajar a menos de ser un loco o un enfermo, como nadie hoy se niega a muchos deberes sociales y familiares que ninguna ley obliga a cumplir, pero que se reconoce justos y de necesaria observancia.

Yo, y esto ya te lo he dicho también, no tengo ninguna tendencia ni ningún placer en hacer de profeta.

¿Cómo sucederá esto? ¿Cómo se hará tal cosa? ¿Cómo se combatirá tal inconveniente? Preguntas todas a las que debe responder el porvenir; yo y mis amigos podemos decirte cómo *se podrá hacer*, pero jamás cómo *se hará efectivamente*. Nuestras respuestas son dictadas por el estudio continuo de las cuestiones, por inducciones científicas que algunas veces se aproximan a la seguridad, pero de ninguna manera podemos dar la verdadera seguridad.

Nos basta convencer a la gente de una cosa: que las instituciones que criticamos son realmente malas, que es necesario desembarazarse de ellas y substituirlas por otras, basadas en un principio opuesto. Las instituciones actuales están basadas en el principio: "cada uno para sí y... dios para todos"; y en razón de este principio, los prepotentes han hallado el modo de atrapar todo lo que hay en el mundo, y por consiguiente explotar y oprimir a los otros en su interés propio y exclusivo, dejando a dios el cuidado de proveer a todos... después de la muerte.

A ese principio antihumano y egoísta nosotros preferimos este otro: todos para uno y uno para todos; el principio de la solidaridad, según el cual es necesario que los hombres se pongan de acuerdo para vivir lo mejor posible. A nosotros nos parece que el mejor modo para estar de acuerdo es el de ser iguales, es decir, que a ninguno le falte nada de lo que necesita, que ninguno tenga más de lo necesario, que ninguno sea patrón de otro, que ninguno esté obligado a obedecer contra su voluntad a un semejante suyo. ¿Qué es lo que pone en guerra a los hombres sino el hecho de que algunos mueren de hambre y otros de indigestión, que, como expresa el dicho popular,

el que trabaja tenga una camisa y el que no trabaja tenga dos; que haya hombres que manden y otros que obedezcan?

El socialismo anarquista es precisamente una derivación del principio de solidaridad, un sistema en que los hombres trabajan según sus fuerzas, de manera de producir lo más posible (y la mejor manera será trabajar en común, porque el trabajo en común es el que rinde más), y luego se repartirán los productos de manera que nadie carezca de lo necesario, organizando el consumo sobre las bases de la necesidad y del producto, y la producción sobre las bases del consumo, por medio de cambios, con la ayuda de la experiencia y de la ciencia, con las indicaciones de las estadísticas, etc., etc.

Me había prometido al principio responder un poco mejor a tu objeción dándote una idea de lo que podría ser la organización en la anarquía, en suma, cómo podría ser organizada una sociedad comunista anarquista, pero los asuntos que he tratado me han hecho divagar demasiado; y por eso me interrumpo, prometiéndote hacer en otra carta lo que no he podido en ésta.

X

LA ORGANIZACION DEL TRABAJO EN LA ANARQUIA

25 de marzo

Querida mía:

...continúo, pues, haciendo de profeta, aunque esta no sea precisamente la tarea que más me agrada. Pero, después de todo, tienes razón. Desde el momento que queremos destruir, se comprende perfectamente que estamos también obligados a decir, aunque más no sea a modo de hipótesis, lo que haríamos nosotros el día siguiente de una revolución que hubiese derribado los sistemas presentes.

Tú ya debes haberme comprendido. Lo que queremos es la reorganización de la vida económica de la sociedad sobre la base de la igualdad, garantizada por el hecho de que los medios de producción y la producción misma estén a disposición de todos, en común, y que esta organización de la propiedad común sea hecha de abajo a arriba, por medio e intermedio de la organización federalista de los trabajadores, fuera de toda centralización, con la máxima garantía de la libertad para todos: garantía que solo puede dar la ausencia absoluta de órganos de violencia y de gobierno de los unos sobre los otros. Esta es la parte positiva de nuestro programa, de cuya bondad dan fe los estudios sociológicos de los mejores intelectos, la experiencia histórica y el mismo multiforme movimiento social contemporáneo.

Tú quieres saber también *cómo* procederá esta nueva organización: en una palabra, sus modalidades. Aquí entramos en el campo de las hipótesis, y yo no me niego a hacértelas, pero advirtiéndote que podría también suceder que ellas no se verificasen absolutamente.

Tú comprendes... Modos de reorganización social se pueden pensar tantos, aún guiándose por una sola teoría, que sería

mejor no pensarlos, ya sea porque al fin nos encontramos imposibilitados de responder a las preguntas y a las críticas infinitas de los curiosos, que quisieran saber también si en la anarquía se comerá preferentemente con la cuchara o con el tenedor, ya porque es poco científico prever lo que acontecerá cuando un nuevo ambiente haya desarrollado en el hombre una naturaleza quizá muy diferente, con necesidades nuevas, nuevas virtudes y nuevos defectos.

Hecho este preámbulo justificativo, repetiré lo que otra vez te decía: que la sociedad anarquista se asemejará mucho a una cooperativa de trabajo y de consumo, del género de las que hay hoy. Imagina una de estas cooperativas compuesta de tantas secciones como oficios útiles hay: zapateros, carpinteros, sastres, albañiles, agricultores, panaderos, etc.

Cada una de estas secciones tendrá un secretario encargado de anotar la entrada de la materia prima y la salida de las manufacturas de los almacenes sociales, y podrá advertir a sus compañeros si hubiese exhuberancia o escasez de productos, y ser advertido por ellos cuando falten utensilios e instrumentos de trabajo, máquinas, etc., que él deberá pedir a las asociaciones de obreros fabricantes de máquinas y útiles de trabajo.

Muy probablemente, cuando no se trate de talleres en que son necesarias especiales habilidades técnicas, esta función de transmisión podrá ser ejercida por turno. Cada sección de la cooperativa, siendo autónoma, decide ella misma en las discusiones entre los socios, sobre las varias modalidades de su organización interna y sobre el modo de relacionarse con las otras secciones.

Una vez en marcha, esta gran cooperativa funcionará perfectamente. Los zapateros harán zapatos según los pedidos y el número de habitantes a quienes provea su organización; y cada uno de ellos tendrá derecho a proveerse, en los almacenes de las otras organizaciones, de vestidos, de pan, de libros, del mismo modo que los sastres, los panaderos y los tipógrafos tendrán derecho a proveerse, en el almacén de su sección, de zapatos.

Los albañiles harán todas las casas que necesite la población; los agricultores trabajarán la tierra, cuidando que el trigo y los demás géneros alimenticios no falten, procurando hacerlos llegar de afuera cuando hubiese falta, y expidiéndolos a donde se necesitasen cuando tuviesen exhuberancia para el consumo local.

El trabajo y la producción serán, en suma, organizados sobre la base del consumo; y por eso será muy interesante cono-

cer la estadística aproximativa del consumo. La cosa no es difícil y para hacer esto no hay necesidad de órganos centrales y gubernativos. Podrían suplir a la demanda y la oferta hecha por medio del comercio, los periódicos que serín publicadós por cada corporación y por medio de los cuales sería posible saber dónde hay exhuberancia y dóndo falta de determinados productos, y suplirla y remediarla con el cambio de otros géeneros de los que, en aquella localidad hubiese falta o exhuberancia. Y esto no según una ley fiscal establecida, sino libremente: hoy soy yo quien tiene necesidad de una cosa y te la pido, y tú me la dás si te sobra; mañana serás tú la que me pidas a mí, y yo a mi vez te la daré si la tengo.

Digo esto, para que tú no vayas a suponer algo semejante a lo que ocurre en la sociedad actual, donde todo se hace por interés, nada se da sin recibir algo, siendo precisamente por esto que está en vigor el medio de cambio que es la moneda. Mañana, en el socialismo-anarquista, la moneda no existirá, y por eso será muy impedida y hecha casi imposible la acumulación de los capitales. Pero tampoco será *obligatorio* que quien tenga necesidad de una cosa dé otra para obtenerla.

Si existe el buen acuerdo y la solidaridad deseada por los anarquistas, la organización del cambio de los productos estará basada en las necesidades de los individuos, en las relaciones entre individuos; en las necesidades de los grupos, de las asociaciones, de las comunas (es decir, del conjunto de sus componentes), en las relaciones entre grupos, asociaciones e individuos.

La cosa más difícil será entrar y seguir en relaciones; pero si se piensa de qué manera los sistemas de transporte han acortado las distancias y cuánto más fácil es hoy saber las necesidades de una u otra colectividad, aún la más lejana, (a las que hoy no se puede proveer porque el monopolio lo impide y no porque falte la posibilidad) se comprende que esta dificultad será pronto resuelta, más por la práctica y la experiencia que por inútiles teorías. Más arriba me he referido a la función del periodismo, y efectivamente no comprendo por qué un medio tan poderoso de divulgación no debería servir para informar a las sociedades civiles de lo que más les interesa, del movimiento de la producción y del consumo, especialmente cuando, disminuídas, las riñas políticas no apestasen tanto a la humanidad con su prosa interminable y aburridora.

Hoy se dice que el aliciente del trabajo son los intereses y el lucro; mañana, en cambio, será la necesidad. Si una deter-

minada organización de oficio, un grupo, una comuna, etc., quieren vivir y hacer vivir a sus consocios, bajo el impulso de las necesidades particulares se pondrán directamente en relación con los otros agrupamientos sociales y se entenderán para todo lo que les sea preciso, debiendo el primer pacto libremente concluído basarse en lo siguiente: *ayúdame, que yo te ayudo.*

Las organizaciones de los ferrocarrileros, para citar alguna, deberán federase entre ellas y combinar en el seno de cada asociación el modo de ejecutar su trabajo hasta en las más pequeñas modalidades, sujetándose voluntariamente a una dada disciplina que ninguno dejará de cumplir. ¿Quién queréis que por simple gusto de rebelarse, o por procurarse una ventaja individual, provoque, entre los ferroviarios, un desastre? Ciertamente, ellos harán y concluirán pactos en el seno de sus organizaciones, a los que se mantendrán fieles, precisamente porque sentirán la necesidad de tutelar los intereses y la vida de toda la colectividad, si quieren que los otros componentes de la colectividad vengan en su ayuda en todas las otras necesidades y no les quiten, negándoles esa ayuda, la posibilidad de vivir.

La autonomía de las asociaciones, y de los individuos en el seno de ellas, facilitará enormemente la resolución de las dificultades, justamente porque cada agrupación podrá adaptar sus particulares aptitudes a las necesidades de la producción, combinando los esfuerzos, alternando las iniciativas, — cosa imposible en un sistema jerárquico centralizado, donde una cantidad de energías es derrochada, neutralizada e inutilizada por la imposibilidad en los jefes de conocer y, por tanto, de adaptar a las circunstancias, para sacar mayor provecho, las aptitudes de todos: imposibilidad que también se vuelve absoluta y dañosísima, por el hecho de que es preciso suplirla con la violencia y la prepotencia de las grandes organizaciones jerárquicas y autoritarias que son los Estados actuales.

Sobre todo, el trabajo será mucho más productivo porque será subdividido con sistemas más razonables que los actuales, con un mayor equilibrio y armonía entre los grupos y los individuos y también entre las diversas facultades de un solo individuo. Hoy, por ejemplo, hay esta grande e injustificada división entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. ¿Por qué? ¿Por qué un campesino debe concentrar toda su energía en los músculos y con el ejercicio acumular enormemente su fuerza, mientras el ocio intelectual le es impuesto de modo de atrofiarle el cerebro y hacerlo un cretino? ¿Por qué un estu-

diante debe volverse tísico sobre los libros (por suerte son pocos los que lo hacen, pero no es ciertamente porque no lo desee quien los hace estudiar) y no tener fuerza muscular para romper una nuez? En la anarquía trabajo manual y trabajo intelectual se alternarán en el mismo individuo, y esto hará que uno y otro trabajo sean más proficuos, más geniales y más agradables.

La base principal de la economía social es la economía individual; es decir, si los individuos funcionan bien y de modo normal, se habrá dado un gran paso hacia el buen funcionamiento de la sociedad y el bienestar del uno repercutirá sobre el otro, como cada ola del mar determina la subsiguiente. Lo que, por otro lado, viene a explicarte por qué somos anarquistas en nuestro ideal de construcción más que en el de demolición, en filosofía más que en política. Estamos persuadidos de que la sociedad será y estará mejor sólo cuando los individuos que la componen estén bien y nadie pueda constreñirlos a estar mal.

Pero ahora me doy cuenta que en estas últimas cartas me voy engolfando en cuestiones cada vez menos simples, lo que no era mi intención cuando empecé a hacerte propaganda. ¡Pero qué hemos de hacerle! Mientras se habla del presente es fácil entenderse y hacerse entender; pero debiendo hablar del porvenir guiándonos por hipótesis, cambia el aspecto, ya que es preciso que las hipótesis se funden sobre hilaciones y teorías abstractas, de las cuales, te lo confieso, más bien soy enemigo.

He aquí por qué me disgusta, cuando discuto de anarquía, meterme a profetizar. A pesar de esto, he querido satisfacerte, diciéndote, a mi modo de ver, cómo *podría* ser organizado el trabajo en la anarquía, no excluyendo que de estos *cómo* se pueden imaginar muchos, unos más verosímiles que otros — como también inverosímiles — sin contar que no he hecho más que referirme de paso a algunos aspectos de la cuestión. Para tratar bien y completamente de todo, precisaría escribir un libro sobre este asunto, lo que no impidiría que ese libro fuese, en último análisis... una novela.

Querida mía, hay un solo modo de escribir ese libro: apresurar el advenimiento de la anarquía, combatiendo todo lo que se le pone por delante, preparando los elementos libres para su instauración con la acción y con la propaganda. No es cosa fácil. ¿Por qué no vienes tú también a darnos una mano?

XI

ANARQUIA: AUSENCIA DE GOBIERNO

... 7 de abril

Querida amiga mía:

Tú no te das cuenta, pero en el fondo eres un poco socialista, y tal te demuestras al afanarte precisamente en buscar argumentos contra el ideal anarquista. Es un socialismo de mala liga, es cierto, pero que ha tenido suerte y que de todos modos es un progreso sobre las ideas conservadoras de que te sabía imbuída.

Mis razones son tan fuertes, que para combatirlas tienes necesidad de pedir armas a aquellos de nuestros adversarios que se hallan más próximos a nosotros. Estas armas, estos argumentos no son nuevos, y muchos razonan como tú, inclusive profesorazos con senda barba. Todo tu razonamiento gira, en efecto, sobre la necesidad, a parte de una organización social fundada sobre el trabajo, de tener un Estado fuerte y rico en organismos de él dependientes, para regular la marcha de la vida colectiva de los hombres.

Tú haces así como muchos socialistas que detienen y circunscriben su fin al lado económico de la cuestión, porque no tienen el valor de echar cuentas y llegar a las lógicas conclusiones de la anarquía. Ellos — y, naturalmente, tú con ellos — ponen en manos de los conservadores un arma que, así, resulta muy difícil embotar. En efecto, los enemigos del socialismo, que en la práctica son los más feroces enemigos de la libertad de acción y de pensamiento, cuando están frente a un socialista que habla como tú, es decir, que pone toda su confianza en la obra de los futuros gobiernos elegidos por el proletariado, estos conservadores se convierten inmediatamente en defensores de la libertad, y se rebelan protestando que cuando el Estado tenga en sus manos no sólo la administración política sino

también toda la gestión económica de la sociedad, este Estado se volverá una tiranía potentísima y excesivamente opresiva.

Nosotros podremos reirnos en la cara de los conservadores que nos hablen así, del mismo modo que reiríamos ante un ladrón que después de habernos robado nos aconsejase desconfiar de otro menos ladrón que él. Pero no por eso es menos lógico el argumento y su previsión menos probable.

Esta crítica al socialismo — que no es crítica a *todo* el socialismo sino a una sola escuela suya — lógica y coherentemente podemos hacerla sólo nosotros, los anarquistas, que somos partidarios de la máxima libertad, no sólo para nosotros, sino para todos. En esta crítica está toda la respuesta a las objeciones que me haces en tu última carta; y respondiendo a ésta no hago más que señalar la cuestión que se debate desde hace cincuenta años en el seno del movimiento socialista, es decir, si el socialismo deberá combatir y podrá vencer con la autoridad o con la libertad.

Una de dos: o tú eres socialista, y entonces te convencerás de que para ser socialista de verdad es necesario ser anarquista, o no eres socialista, y comprenderás que los argumentos de los conservadores contra el socialismo valen sólo porque critican al socialismo no anarquista, es decir, autoritario. Del mismo modo te demostraba otra vez que el anarquismo puede ser demolido sólo cuando no haya presupuesto al socialismo para su base económica.

No sé si me hé explicado: en una palabra, socialismo y anarquía son dos términos de un mismo binomio; el uno sin el otro puede ser fácilmente demostrado absurdo por el primer razonamiento lógico que se presente.

Ahora tú vienes justamente a preguntarme cómo, sin un gobierno munido de todos los medios necesarios para hacer valer el buen derecho, se podría vivir en una sociedad compuesta unicamente de trabajadores. ¿Quién organizará la producción? ¿Quién regulará el consumo? ¿Quién impedirá el delito? ¿Quién obligará a la gente a trabajar? ¿Quién mantendrá el orden? Y no sabiendo responder por tí misma a estas preguntas, prevees, sin más, el caos y la confusión de la torre de Babel.

Viene después la pregunta ingenua: ¿Por qué abolir los gobiernos cuando bastaría con substituir los malos con los buenos? ¿Y por qué no servirse del mismo gobierno para llegar a la igualdad y al bienestar?

Empiezo respondiendo a las últimas interrogaciones. Mientras exista la propiedad privada, el capitalismo y el salariado, la

potencia estará en manos de los propietarios y de los capitalistas; éstos serán los más fuertes y los asalariados serán siempre los más débiles. El gobierno en una sociedad es siempre emanación de los más fuertes, y por eso es claro que mientras el proletariado, con la organización, con la resistencia, y, en fin, con la revolución, no se vuelva el más fuerte, es decir, no llegue a apoderarse del capital, el gobierno le será siempre contrario disimuladamente o con toda franqueza, y hará siempre el interés de los capitalistas. ¿Cómo podrían servirse de él los socialistas, si es el instrumento mayor y el aliado de los enemigos del socialismo? Tan cierto que esto es imposible, que algunos que han querido probarlo han acabado no siendo socialistas más que en el lenguaje.

Hay socialistas que dicen ser revolucionarios y que en esto están de acuerdo con los anarquistas; pero éstos, aún admitiendo que los gobiernos antes de la revolución no son utilizables, los creen necesarios después, porque estarán en manos de los socialistas. En resúmen, quieren substituir el gobierno *malo* con otro *bueno.*

Ellos piensan así porque no reflexionan que los gobiernos no son malos solo porque no existe aún el socialismo y no mandan los socialistas, sino porque los gobiernos son malos por sí mismos — *porque son gobiernos.* En efecto, los anarquistas combatimos toda forma de mando, porque hoy la autoridad es un sostén del injusto privilegio económico, un puntal del capitalismo; pero la combatimos también porque la autoridad es un privilegio y una injusticia aún fuera de cualquier otra consideración.

Pensamos que así como habrá que poner en común la propiedad, es decir, dar a todos el bienestar material, es preciso que todos tengan, al par que la igualdad económica, la igualdad en el goce de la libertad. Tal igualdad no será posible, *por la contradicción que no lo consiente,* admitido un gobierno, es decir, un grupo de personas, cualquiera sea su composición, que mande, y una mayoría que obedezca. Pero, se dice, éste será un gobierno socialista, un gobierno bueno, y por eso no quitará la libertad a nadie. Ante todo, un gobierno está siempre para limitar la libertad — que él llama licencia — o sea para decir a la gente: "debéis hacer esto", "no debéis hacer aquéllo", etc., etc. Y luego, un gobierno, desde el momento que *puede* y tiene los medios (si no los tuviera no sería gobierno) de imponer, "hacer respetar sus leyes", no podrá menos de ejercitar esta potencia suya, por el indiscutible principio de que todo órgano, para

conservarse, tiene necesidad de ejercitar todos sus miembros y llenar su función. Tal potencia hará de los gobiernos una casta de privilegiados, quienes, como todos los privilegiados, tenderán a acrecentar su privilegio y a abusar de él.

Pon un cuchillo en el cinto del mejor muchacho de este mundo; ocho veces sobre diez, si no lo arroja lejos de sí a tiempo, se volverá un acuchillador. Dale a unos hombres, tan socialistas y amantes de la libertad cuanto tú quieras, el poder sobre otros hombres, y poco a poco se irán haciendo prepotentes. Y entonces, ¡adios igualdad, adios socialismo!

Por eso, para ser verdaderos socialistas, es necesario ser también anarquistas, es decir, confiar en la libertad, fuera de toda coerción y de todo privilegio autoritario. Tú te llevas las manos a la cabeza, te figuras la torre de Babel, y te preguntas: ¡¿cómo se hará para mantener el orden?!

En eso te pareces a aquel joven, imaginado por Malatesta, que teniendo desde pequeño los pies y las manos atadas y un preceptor que le ha dado a entender que sin esas ligaduras no podría vivir, se espanta ante la idea que alguien le sugiere —un anarquista en nuestro caso — de cortar sin ninguna vacilación las ligaduras y apalear al preceptor. Y sin embargo, si el pobrecito siguiese el buen consejo, una vez suelto caminaría bamboleándose al principio, pero después, libre y expedito, comprendería que aquellas ligaduras, que creía una necesidad para su vida, eran un tormento.

Así la mayoría de los hombres, y tú con ella, habituada por largos siglos de servidumbre y engañada por falsos preceptores, cree que los gobiernos sirven para mantener el orden, cuando no son más que el mayor coeficiente de desorden. Hagamos la prueba de quitarlos, y un mayor equilibrio se establecerá en la vida social. Libertemos de las ligaduras autoritarias a la humanidad, que ya no es una niña, y dejémosla crecer libre; que de otro modo quedará deforme, raquítica y degenerada, y el bienestar para ella será una utopía!

Me parece oírte decir: Admitamos que el Estado sea un mal, pero es un mal necesario.

¿Necesario para qué? Si hoy es él quien se hace cómplice del capitalismo, si es él quien cercena la libertad, ¿cuáles son sus beneficios? Apenas si alguna vez logra disminuir alguno de los mil daños que hace... Suprimámoslo de una vez, y veremos que se puede estar sin él.

¿Qué cosa quieres que haga que no pueda ser hecha mejor por los interesados? Organizar la producción... regular el consumo...; pero, me parece haberte dado ya una idea, para hacer

esto pueden bastar, y lo harán mejor, las organizaciones de los productores y consumidores, por medio de expresas publicaciones de estadísticas desde lejos, y por medio de la entente más directa desde cerca, cambiando los productos según las respectivas necesidades y la superproducción de cada una. ¿Son necesarios los carabineros para esto?

¡Ah! comprendo... El delito... la holgazanería... también hay que suprimirlos, dices tú. Pasemos por alto que la experiencia nos enseña que el delito y la holgazanería son causados sobre todo por el orden social de hoy y por ese sistema de coerción que quisieras fuese mantenido. Pero, ¿te parece buen medio para impedir el delito cometer uno más grande y duradero, como el de hacer vivir un organismo que no tiene más función que la de poner un límite a la libertad (límite que puede llegar hasta suprimir la vida de un hombre)? ¿Y no te parece absurdo que, para impedir un ocio hipotético, se deba crear un ejército burocrático y policial de ociosos (de los que se compone todo gobierno), mil veces más numerosos que los que podrían surgir eventualmente?

Ni valdría objetar que los gobiernos futuros serán mejores que los de hoy, por haber sido creados de distinto modo, es decir, con mayor concurso del pueblo. ¿Qué importa como hayan nacido?

También los hijos de óptimos padres pueden volverse pésimos, si continuamente se les da la posibilidad de cometer malas acciones.

Repito, amiga mía: ¡libertad, libertad, libertad! y si inconvenientes ha de haber, éstos serán siempre menores que los inconvenientes de la autoridad y serán curados de algún modo por la misma libertad.

Perdona si me he extendido demasiado esta vez; pero no podía ser de otro modo tratándose del concepto fundamental de la anarquía, de la que estoy seguro de no haberte dado más que una pálida idea.

XII

LOS ANARQUISTAS Y LA MORAL

... 2 de mayo

Queridísima mía:

¡Siempre lo mismo! Es el prejuicio católico del pecado original, según el cual los hombres nacen malos, que te impide tener fe en un destino mejor de la humanidad. De esto ya te he hablado otra vez, pero parece que no he dicho bastante para convencerte.

La idea de que se pueda vivir sin gobierno, sin la amenaza de una ley sobre la cabeza, sin los vigilantes a la espalda te espanta como si te dijera que retornaremos a los *regimenes paternos* del Papa o de los Borbones. Este miedo a la libertad es muy poco serio! Interrógate a tí misma. ¿Crees ser mala? Yo no te diré, como buen enamorado, que eres un ángel de bondad; es posible que tengas tantos defectos como los demás seres humanos, pero, en fin de cuentas, no eres verdaderamente mala. Tú misma debes reconocer que no me equivoco y que si todos fuesen como tú, muy bien podrían no existir jueces, cárceles ni gendarmes. Tu más grande defecto, el mayor error posible que pudieras cometer, nunca será tan grave como para hacer necesaria para tí una ley, diputados para confeccionarla y ministros para ejecutarla!

Antes de decir que todos los hombres son malos, examínalos, y comienza este exámen por el ser más próximo a tí y que más conoces: tú misma. Y luego observa en torno a tí todos aquellos que conoces intimamente y de quienes puedes juzgar las acciones con pleno conocimiento de sus causas y efectos. Te darás cuenta que este ser llamado hombre no es, tal como lo calumnian los curas y los tiranos, la bestia feroz para la cual es necesaria la amenaza del látigo y de la jaula en este mundo, y del fuego eterno en el otro, para que se mantenga manso y no muerda.

Si tú hoy no robas ni matas, ¿es acaso por temor a la cár-

cel y al infierno, porque ninguna necesidad imperiosa te impulsa al delito, o porque te detiene un más alto sentimiento moral de solidaridad y de respeto a tus semejantes? Para tí, entonces, la amenaza de la pena es inútil; y si piensas que tú no eres una excepción en el mundo (serías ignorante y presuntuosa si creyeses que tus semejantes obran tan bien como tú por razones menos nobles que las tuyas), si piensas que la mayoría de los hombres, a pesar de los vicios de la sociedad y las leyes malas y los continuos incentivos a hacer mal, pasa hoy mismo la vida sin necesidad de ser castigada, y que, a pesar de todo, los delincuentes son una minoría, te convencerás de que el hombre, en el fondo, está muy lejos de ser malo. No te digo que sea perfecto; ¡al contrario! pero tú sabes que la perfección es imposible en todas las cosas, y por lo mismo es imposible también en la naturaleza humana, que tiene aún muchos defectos reveladores de su orígen animal. Pero estos defectos no son tales que demanden, para combatirlos, un remedio peor que el mal, y que más bien lo aumenta, como es el privilegio del poder, estímulo contínuo de prepotencia y de violencia. Repito: por más defectos que pueda tener, nunca serán tales como para provocar la intervención del policía!

Pero, me dirás, los malos existen y todos conocemos alguno. Tú misma podrías mañana cometer una acción antisocial que atrajese sobre tí la vindicta punitiva. ¿Cómo debe defenderse la sociedad contra estos malos? Te ruego, antes de responderte, que constates dos cosas: que, desde el momento que se admite que la mayoría de los hombres no es tan mala como crees, cae la justificación que me dabas de la existencia de los gobiernos, consistente en una pretendida maldad de la naturaleza humana; segundo, que (y es un hecho que nadie puede negar) aquellos que hoy están encargados de defender la sociedad con la violencia o con la amenaza de la violencia contra una minoría de malos, lejos de ser los mejores entre los hombres, son precisamente los peores, y se hacen tales, si ya no lo eran, durante su permanencia en el poder. Para negarme que tengo razón, cítame el ejemplo de un solo gobierno o de un solo organismo gubernativo que no haya hecho el noventa y nueve por ciento de acciones malas, mientras estuvo en el poder, aún contra su buena intención.

¿Cómo debe, entonces, defenderse la sociedad contra los malos? Del mismo modo que, en una epidemia, nos defendemos contra el morbo; no matando o castigando a los enfermos, sino teniendo con ellos el mayor cuidado y combatiendo la en-

fermedad. Si hay malos es porque existe alguna causa que los hace tales; combatamos, pues, la maldad humana en sus orígenes y causas, no en sus efectos inevitables. Estas causas pueden ser fisiológicas, y entonces es el médico quien debe curar al delincuente; o pueden ser sociales, es decir, de índole política y económica, y entonces saquemos del medio esas instituciones que tienen tan deletéreos efectos. Los anarquistas, aliados de la ciencia, son los cirujanos de la sociedad, en cuanto, con su acción revolucionaria, tienden a la eliminación de los organismos que se han vuelto inútiles, obstáculos de la civilización, y que son también los mayores focos de infección de esta enfermedad que es la delincuencia, contra la que tú invocas como remedio precisamente lo que es al mismo tiempo su causa y efecto, y que tiende a perpetuarla.

Si quieres persuadirte recurre, como ya te he dicho, al exámen experimental de tí misma y de aquellos que mejor conoces. Verás que tanto tú como los otros, si cometéis malas acciones es porque ha habido una causa que os ha impulsado, causa que un mejor orden de cosas podría eliminar. Cuando todos tuviesen garantizada la satisfacción completa de sus necesidades, nadie robaría ni mataría para robar. Cuando el bienestar material hubiese hecho posible una mayor instrucción, y la libertad hubiese dado a cada uno la conciencia de la necesidad de respetar la libertad de sus semejantes, verías que los delitos no se cometerían sino por enfermedad, reclamando la intervención del médico piadoso en vez de la del verdugo feroz, — y serían siempre una excepción que jamás haría necesaria una institución basada sobre ese delito permanente que es la violencia organizada.

Por lo demás, todos los estudios modernos sobre la delincuencia han demostrado que la pena es un empírico remedio momentáneo, que no impide ni hace disminuir los delitos, pero que se resuelve en una estéril venganza, la cual responde a uno de los sentimientos menos nobles de la naturaleza humana. Entonces, si el gobierno es inútil como organizador de servicios colectivos que pueden ser desempeñados mejor sin él, directamente por las asociaciones obreras; si es dañoso porque sostiene el privilegio económico, fuente de la mayor parte de los delitos; si es un mal porque basándose en la violencia organizada y sirviéndose de ella educa y provoca a la violencia en sus súbditos; si es malo porque corrompe a quien lo conquista; en fin, si es impotente para impedir los delitos causados por los prejuicios e instituciones que contribuye a mantener... ¿qué es

lo que te queda, y qué argumentos puedes traerme para sostener su necesidad o utilidad?

En un punto de tu última carta aludes a *principios indiscutidos de moral* que deben ser sostenidos por las leyes. ¿Qué principios cojos son estos que para sostenerse tienen necesidad de las cárceles... y de la inmoralidad que nace de la violencia? Tú me preguntas cuál es la ley moral que nos guía a los anarquistas hacia el ideal que nos hemos propuesto.

Querida mía, no tenemos ni reconocemos leyes, sean orales o escritas, si por leyes se entiende algo inmóvil o absoluto que obligue a la conciencia humana a plegarse a un lado más bien que a otro.

Si hay un principio moral que informa nuestras ideas, ese principio debes haberlo sentido brotar de todas mis cartas precedentes, y de esta en particular. El hombre no es malo ni bueno de modo absoluto; es producto como los demás de la naturaleza y, como tal, es cual las condiciones de vida lo hacen. Como las raíces de un árbol se extienden hacia los puntos del terreno que les son más propicios, como los animales emigran y transmigran hacia donde mejor pueden vivir, así para los hombres el progreso, el bien, el principio moral que guía sus acciones es el aumento siempre creciente de su bienestar en el sentido más vasto de la palabra, material e intelectual. Es bueno todo lo que aumenta el bienestar, malo todo lo que lo obstaculiza; y son tanto más buenos los hombres cuanto más buenas son sus condiciones de vida social, además de la individual, visto que el bienestar de un individuo está intimamente ligado al bienestar de los otros.

Y como en la asociación está la vida, los hombres, para obtener el máximo bienestar, asocian sus esfuerzos musculares y cerebrales, y he aquí que en ellos se vuelve principio moral indiscutible y necesario *la solidaridad*, que se manifiesta por la ayuda recíproca, por el respeto de cada uno a la libertad de sus semejantes, por el amor que nace de la misma necesidad de estar unidos, por la actuación del consejo de Cristo *no hagáis a los otros lo que no queréis que os hagan a vosotros*, traducido en sentido positivo y moderno: *haced por los otros lo que quisiérais que se hiciese por vosotros*, y no tomado en el sentido mezquino de las palabras, sino en su significado más amplio de que cada uno sea útil al bien de su vecino, tanto por satisfacción íntima de la conciencia como por la persuasión matemática de que eso aumenta el bienestar propio y el de todos, e impulsa a la humanidad a avanzar por el camino de la perfec-

ción y de la felicidad, — un camino que no termina nunca pero que, precisamente por esto, abre al ser viviente y pensante una fuente inagotable de luchas vivificadoras, de victorias y de satisfacciones.

He aquí, amiga mía, nuestra moral, si así quieres llamarla; moral que aunque no se basa sobre abstracciones religiosas de ultratumba, sino en el miraje de un mejoramiento cada vez mayor de la materia organizada, de la cual el hombre es la forma más evolucionada, y en las satisfacciones cada vez más numerosas de esta materia, no por eso deja de ser la aureola del ideal más grande y positivo que el hombre haya entrevisto de acuerdo con la ciencia, y que desea actuarlo como punto de partida para otras metas y destinos.

XIII

LAS PASIONES EN LA ANARQUIA

... 12 de mayo

Queridísima amiga:

Tú me escribes: "Está bien; admito que los delitos que se cometen bajo el impulso de la necesidad económica y de la opresión política, ya no se cometerán cuando todos satisfagan sus necesidades y gocen la máxima libertad; pero, ¿cómo evitaréis los delitos pasionales? Ya no habrá quien robe y mate para robar, porque no habrá necesidad de hacerlo: no habrá las violencias provocadas por la educación y la prepotencia contínua del que manda; pero las malas pasiones subsistirán todavía, y, ¿quién reprimirá sus explosiones malvadas?"

Y bien, si tú consideras que los delitos pasionales son la menor cantidad, y que en esta minoría muchos no tienen sino la máscara de la pasión, mientras en el fondo son emanaciones más o menos directas del sistema económico y político vigente, ¿no te parecería haber ya obtenido un bello y grande resultado cuando se hubiese logrado la desaparición de la inmensa mayoría de los delitos? Porque también después habrá defectos, ¿debemos renunciar a eliminar aquellos, mucho más numerosos, que existen hoy y que es posible destruir? Me parece que no.

Y otra cosa quiero decirte. Muchas de las que tú llamas malas pasiones, no son en modo alguno pasiones innatas en el hombre, ni siquiera naturales en él. Muchas son un fruto de los prejuicios arraigados en las masas, prejuicios introducidos y mantenidos por las religiones, los gobiernos y los capitalistas.

¿Te parece, por ejemplo, una pasión natural el juego de interés que arruina a tanta gente? Este es un vicio que desaparecería al desaparecer esa fea cosa que es el interés. Muchas pasiones tienen sus orígenes y raíces, aparte el estado económico, en los hábitos autoritarios de muchos que no saben concebir

más que dos géneros de vida, la de esclavos y la de amos. Así, con este nombre de pasión se indican a menudo sentimientos totalmente artificiales, cultivados como flores de invernáculo, y precisamente por esto más venenosas, y que sólo son posibles donde existe el terreno, para ellas propicio, de la desigualdad y de la prepotencia.

Estas pasiones, hijas del prejuicio y del privilegio, desaparecerán como han desaparecido ciertas predilecciones y ciertos vicios solo posibles en las edades pasadas, desaparecidas para siempre.

Hay, es cierto, pasiones serias que hoy dan resultados terribles, particularmente las que giran en torno a la necesidad de amor entre los individuos de ambos sexos; también es cierto que hay otras que con frecuencia dan terribles efectos, como por ejemplo la ambición.

¿Pero sabes tú por qué estas pasiones provocan tantos males morales y materiales y tanto desequilibrio entre nosotros? Por que son esclavas y no porque sean malas por sí mismas; sea que esa esclavitud consista en una verdadera ley que las ate a su satisfacción o en un prejucicio que les vede su expansión.

Las llamadas *malas pasiones* no son más que una degeneración de las pasiones verdaderas, que pueden ser y son naturalmente siempre buenas en su orígen, pero que se vuelven nocivas porque son reducidas a tales por el ambiente falso que de mil modos las obstaculiza y constriñe a desviarse.

Probad cerrar el paso a un río, y éste se desbordará abriéndose otros cauces que dañarán la campaña limítrofe. ¿Diríais entonces que los ríos son nocivos o más bien os esforzaríais por destruir el obstáculo que les impidiese correr innocuos por su lecho natural?

Examina los delitos pasionales y encontrarás que son siempre provocados directa o indirectamente por una violencia hecha a la naturaleza, por un obstáculo antecedente puesto en el libre desarrollo de las pasiones del que comete el delito, o de sus antepasados si se trata de un delincuente cuya tendencia se ha transmitido por herencia. Fíjate, por ejemplo, en los delitos por amor: o son ocasionados por el estulto prejuicio del hombre de que dos seres que ya no se aman deben igualmente permanecer fieles uno al otro, o provienen de la irritación producida por todos los impedimentos de índole económica, política y moral, que la sociedad presente opone a la más natural y noble necesidad, que es la de amar.

La ambición, por citar otra, es una pasión buena o mala

según el terreno en que se desenvuelve: en un rey consistirá en matar la mayor cantidad posible de enemigos con los ejércitos a sus órdenes; en un capitalista en acumular ingentes sumas de dinero; en un científico, al contrario ,en hacer cada vez mayores servicios a la humanidad. Y los anarquistas queremos abrir todos los caminos buenos y cerrar los malos, no autoritariamente sino de manera tal que desaparezca la necesidad de hacer mal y se sienta en cambio la de hacer bien, que es la más noble de las pasiones.

Así, dejando que la naturaleza humana se manifieste libremente, sin pretender cambiarla, obtendremos resultados mucho mejores que comprimiéndola en estrecheces mortales por medio de la violencia. Cierto, el contacto y el mútuo acuerdo nos educarán cada vez más, y con el recíproco consejo y el ejemplo podremos disminuír mucho los defectos, de los que un determinado número restará siempre en nosotros. Ciertamente, por libertad no entendemos la del salvaje aislado en los bosques, sino la del hombre asociado que busca en la solidaridad los medios de una libertad mayor, garantizada por el respecto recíproco de la libertad agena.

En el régimen anarquista de libertad sucederá por lo menos que, aún cuando haya inconvenientes — y por cierto que los habrá, pues te repito que no soñamos con un nuevo paraíso terrestre — serán siempre menos deplorables que hoy.

Y ésta ¿no te parece bastante razón para hacer todo lo posible porque la anarquía triunfe cuanto antes?

XIV

LA FAMILIA BURGUESA Y LOS ANARQUISTAS

... 15 de junio

Queridísima amiga:

¡Una objeción más, de las que tienen la pretensión de triturar la idea anarquista haciéndola aparecer absurda e inmoral! "¡Entonces es cierto! — me dices, tomando argumento de algunas frases que ahora no recuerdo bien de unas ligeras consideraciones mías sobre la moral y las pasiones, en la última carta que te escribí — vosotros queréis la abolición de la familia...!" Y un indefinido sentimiento de horror brota de todo el razonamiento que haces después de esas palabras.

Creo que, admitida la hipótesis peor, no tienes motivo para escandalizarte tanto. Es mejor evitarse este horror respecto a nosotros, que después de todo no hacemos sino formular teorías, cuando en el seno de la sociedad presente, entre nosotros, junto a nosotros la realidad de los hechos es mucho más horrible que los males temidos para el porvenir, cuando la degeneración de los afectos y de los sentimientos en la familia actual es tal que no es posible esperar nada peor del peor de los sistemas sociales imaginables.

¿Destruir la familia? ¿Pero acaso no está más que destruída, triturada en los engranajes crueles de esta máquina de acero, emporcada de dolor y sangre, que es la organización económica y política de la sociedad presente?

Hay las formas, es cierto, y para atestiguar la existencia de la familia han sido escritos los artículos del código civil y del código penal; hay jueces, hay curas — y en algunas partes hay, y también aquí la proponen, una ley de divorcio, remiendo mezquino con el que en vano se intenta ocultar la desnudez inverecunda de las costumbres degeneradas por la compresión y la falta de libertad, tentativa de substitución de un mal menor a un mal infinitamente grande, que no puede ser substituído ni

destruído más que con la destrucción de las causas que lo generan.

De estas causas te he hablado ya en otra carta, pero te he mostrado, sobre todo, los efectos materiales. Examinando el organismo de la familia en la sociedad presente, puedes ver también los efectos morales; y tal observación, a un alma buena como la tuya, debe inspirarle verdadero horror y repugnancia.

Echa una ojeada a la vida íntima, familiar, de las dos clases en que se divide la humanidad: ricos y pobres.

Entre los ricos, ¿qué ejemplo de familia honesta, normal y armónica encuentras? Habrá excepciones, no te lo niego, ¡pero qué espantosamente sucia es la regla de conducta de la inmensa mayoría! Un índice más que aproximativo de la vida afectiva de la familia dorada, de su sensualismo innatural y de las relaciones entre los individuos de los dos sexos, es la clase de literatura que prefiere. Entra al salón de una señora *de bien* y encontrarás sobre la mesa, en plena luz para que se vea, la última novela de Ohnet o de Bourget, en la que a través de un velo rosado de misticismo y de vaga religiosidad es destilada la moral al revés de nuestros tiempos, que hace agradable el amor con la hipocresía, que embellece el engaño poetizando los remordimientos póstumos, que envilece la naturaleza buscando el placer en las aberraciones del sentimiento; en la que predomina siempre el mismo episodio, condenado pro-forma en el fondo del libro, pero exaltado continuamente como el más sabroso fruto prohibido del árbol del mal: el adulterio, — el adulterio que no es el abandono, la separación dolorosa pero sincera de quien no se ama más, de su compañero de amor, sino la mentira, el ceder al mismo tiempo su propia persona a dos individuos, engañado el uno, engañador el otro.

En toda esta gente el ocio y la saciedad, la frivolidad de su educación, la instrucción superficial han conducido a buscar en el amor no ya la satisfacción de una necesidad de la naturaleza hecha sublime por el sentimiento, sino la voluptuosidad incompleta y depravada del que busca excitación a su flaqueza moral y física en los obstáculos artificiales, en el misterio y en la más vergonzosa contradicción con las leyes, costumbres e ideas proclamadas y defendidas en público, — que, en fin, por su naturaleza resblandecida, están reducidos al oficio de espuela que hace correr contra su voluntad al caballo flaco y cansado.

Como la pobre bestia que ha corrido demasiado y después de los últimos saltos, que la fusta ha hecho más veloces, cae rendi-

da para no levantarse más, así la organización actual de la familia con todo el aparato escénico que cubre sus artificios y defectos, se deshará también exteriormente, sobre todo por la falta, entre los ricos, de la energía vital que mana de la sana gimnasia del trabajo productivo de los músculos y de la mente, — y entre los pobres por el exceso opuesto, por el agotamiento ocasionado por el extenuador trabajo y por la privación del pan del cuerpo y del cerebro, de todo vigor físico y moral. En los pobres es la debilidad por demasiado trabajo, como en los otros lo es por ocio excesivo, lo que impide el funcionamiento regular de los afectos y reduce el amor a un vulgar realismo que, sin refinamiento purificador de afectos, no sabe dar, hoy, más que nuevas vidas para que las triture el engranaje capitalista, nuevas víctimas al dolor y a la miseria.

¿Quién es entonces el que destruye la familia ideal, que vive en tu pensamiento y es tan rara excepción en la realidad? También las formas exteriores caen ahora bajo la piqueta brutal de la necesidad, y quien más vigorosamente maneja esta piqueta es precisamente el sistema capitalista contra el que combaten los anarquistas.

"*La inocencia de los campos es un prejuicio*", dice Stecchetti, y tiene razón; en las campiñas, en las aldeas y en las pequeñas ciudades, causas diferentes pero ligadas con las otras, generalizan y a veces hacen también más profunda, por más hipócrita, la corrupción. Pero al menos se salvan las apariencias; y a primera vista podrías ser inducida en engaño, porque las excepciones, más visibles allí, garantizan con su relativa moralidad los defectos de los otros.

Pero en las grandes ciudades, sobre todo en las industriales, — y tú sabes que la sociedad moderna va poco a poco modelándose sobre ellas y toda la obra de las clases dominantes es dirigida a generalizar el sistema industrial — asistes al desastre de la familia como a un hecho común, y a simple vista ves día por día caer piedras y rodajes por todas partes, y los que cierran los ojos en señal de horror son precisamente quienes a escondidas le dan los golpes más fuertes para acelerar su ruina.

Entre los ricos, las mujeres, en la caza ávida al placer, olvidan la casa, odian el trabajo, desprecian la maternidad como un estorbo, entregan sus hijos en pañales a mujeres mercenarias que los amamantan con leche extraña, para luego, cuando son más grandes, confinarlos en colegios donde los jesuitas los educarán mejor aún en el odio a la naturaleza y a la verdad;

y todo para correr de fiesta en fiesta, conservando lo más posible la blancura de la piel, la morbidez de las carnes y la elegancia de las líneas; mientras los varones, ejecutando negocios y acumulando dinero, encuentran también el modo de contribuír a la degeneración universal engañando y siendo engañados, buscando el placer en las peores torpezas. Oscar Wilde, Francisco Copee, Gabriel D'Annunzio se encargan de escribir el himno de las batallas de amor de éstos que luego corren a las sacristías a firmar, bajo la mirada acariciante del confesor, protestas contra el divorcio y el amor libre.

Entre los pobres hay menos depravación de los afectos; pero a las mismas consecuencias conduce la falta de educación de los sentimientos, una falta hecha fatal por la opresión del trabajo, que no deja al obrero más que unas pocas horas de la noche para estar junto a su mujer, durante las cuales el sueño y el cansancio pueden ser vencidos por una excitación momentánea de los sentidos, pero que casi siempre impiden el nacimiento y el desarrollo de la ternura y del amor propiamente dicho, que sólo da la felicidad. ¿Qué familia quieres que sea esta del obrero que sólo ve a sus hijos cuando duermen o cuando la desocupación enturbia su cerebro? ¿Qué familia ha de ser esta en la que la madre corre de mañana al taller, a la hilandería, al lavadero, o permanece inclinada sobre la costura o el bordado, mientras los niños crecen en la calle, en el arroyo, o se entretienen encerrados en una fría habitación, o están lejos en un asilo o en un instituto donde, si brilla para esas pequeñas almas un poco más de sol y para sus estómagos hay un poco más de pan, falta de todas maneras el hálito del afecto materno, falta la voz y la admonición benévola del padre, falta el ambiente tibio en el que el tierno arbolillo puede germinar? ¿Qué familia es ésta en la que los hijos, pequeños y tiernos aún, deben pensar en ganarse el pan y ejercitar los músculos en un esfuerzo que deprime las facultades mentales, crecer ignorantes para que su ignorancia forme el privilegio de los felices, los hijos de los ricos, que reciben una educación y una instrucción falsa en los colegios y los monasterios?

¡Y es aún poco, demasiado poco, amiga mía, lo que te he dicho; es aún muy bello el cuadro que te he descripto de la moral y de las costumbres que regulan la vida familiar, íntima y afectiva de la sociedad presente!

Hay que descender más abajo aún, al fango vergonzoso para los unos, doloroso para los otros. Hay degeneraciones más asquerosas entre los ricos, en las que mi mente repugna pensar,

y de las que no te escribiré ni siquiera señalándolas, porque mi pluma saldría contaminada y tu alma buena se ofendería demasiado. También entre los pobres existen esas aberraciones, menos repugnantes quizá a la vista del estudioso, siendo menos directamente inmorales — en su inmoralidad tan grande — pero mucho más terribles y pavorosas porque sus víctimas son inocentes, porque quienes las sufren, lejos de sacar de ellas goces, como los ricos, sacan solo dolor inmenso y desgarramiento de todo su ser: tormento físico y moral que acaba sólo cuando empieza la insensibilidad absoluta, que se puede leer en sus ojos sin lágrimas ni luz, a través de los cuales ya no se ve el alma sino unicamente el instinto y cuya sonrisa estereotipada oprime el corazón como una tétrica amenaza.

¡Ah! ¿quién apagó en ellos el brillo de la inteligencia y el fuego del sentimiento? ¿Quién de éstos, que podrían formar familias felices, hizo infelices montones de fango? ¿Quién verdaderamente destruyó en ellos la familia libre de amor y de trabajo, sino aquellos que han hecho de la vida un tejido de odio y de ocio? ¿Dónde está la causa de tanto deterioramiento sino en la miseria, que por un lado impide a gran parte de la juventud el amor completo y fecundo y por el otro obliga a otras tantas jóvenes débiles y bellas a venderse a sí mismas, una miseria causa de la otra, la falta de amor compensada a través de un horrible desgarramiento por la falta del pan? ¡Y sobre estos dolores hermanados abajo, la jactancia en lo alto de quien se inclina sobre el fango y contribuye a aumentar sus olas, buscando y cogiendo, no por miseria sino por infame deleite, otras flores que luego arrojará, contaminadas, a aumentar el montón de estiercol sobre el que se recuesta y apoltrona!

¿Dónde está, dónde está la familia que tú quieres defender de los asaltos de los anarquistas, que no vemos otro remedio a la degeneración general que la libertad — la libertad en el amor lo mismo que en todas las otras ramas de la actividad humana? ¿Quizá en el sórdido egoísmo que en medio del desastre universal, particularmente en las clases medias, guarda mucho las apariencias y poco la substancia de este instituto familiar que permanece en pie sólo por la ley de equilibrio, como una fortaleza de intereses, núcleo de solidaridad restringida, que hace preferir el bien mínimo de sus componentes al bienestar de toda la humanidad y que se resuelve en un obstáculo al progreso, en el miedo egoísta al sacrificio, a la lucha y a la novedad?

¡No, no! no es éste el ideal bueno y verdadero, éste que limita

el horizonte de las aspiraciones y de los afectos al círculo de una estrecha parentela y tiene por base el interés. Ya carcomido y vacilante, no puede sostenerse bajo el peso de los escombros de toda la sociedad moribunda, por un lado, y de los nuevos ideales por el otro, que enseñan la moral sana de las familias libres, posibles solamente en medio de la inmensa familia humana libertada, en la que los afectos no nacerán para ser limitados sino para desarrollarse hasta el infinito en un entrelazamiento sublime con los afectos agenos, — en los cuales se encenderá el fuego sagrado del amor, que dará calor junto con las llamas de los otros hogares, no más desiertos ni enemigos, a una humanidad de hermanos, concordes para levantar cada vez más alto el monumento, comenzado por Prometeo, de la civilización y del progreso.

Amiga mía, esta vez te he hablado de repugnantes fealdades; pero tú me perdonarás, espero, en gracia de la magnífica crisálida junto a la cual me siento elevado por encima de ellas y que quisiera que tus ojos pudieran verla y tu alma abrazarla en un impulso de fe razonada, después de vencidos los últimos prejuicios y el excepticismo funesto que de aquellas fealdades, como una densa niebla, surge para velar tus ojos que buscan ansiosamente la verdad y la luz."

XV

LAS MUJERES, EL AMOR Y LA FAMILIA EN LA ANARQUIA

... 21 de junio

Queridísima amiga:

Esta vez tienes razón. En la última carta, como tú lo dices, más que exponerte mis ideas acerca del amor y la familia en la sociedad futura, no hice sino la crítica a la sociedad presente. Pero era preciso que hiciera esta crítica, puesto que tú nos acusabas de fines inmorales, sino por otra cosa, para demostrarte en cambio cuán inmoral es lo que nosotros queremos destruir. Ahora, desde el momento que estás de acuerdo con nuestra crítica, debes también reconocer que no puede ser inmoral la obra de quienes quieren destruir lo que está demostrado que es malo.

Tú quieres saber con qué, después de haber hecho tabla rasa de todas las instituciones familiares, los anarquistas las substituirán en la sociedad por ellos anhelada; qué es lo que se reconstruirá sobre los escombros de la moral sexual contemporánea. Verdaderamente, como para todas las otras cuestiones morales, también para ésta podría responderte que los conceptos morales acerca de la mujer, el amor y la familia en la sociedad futura no podemos fijarlos nosotros, hoy, que vivimos en una sociedad que no nos permite ver muy claramente más allá de cierto límite; y que ellas serán tal como resulten de las condiciones económicas y sociales de entonces.

Sin embargo, podemos establecer desde ahora ciertos límites generales, como resultado de los nuevos sistemas de libertad y de igualdad.

¿Qué hará de vosotras, mujeres, el anarquismo? pero... ni más ni menos de lo que vosotras queráis. La anarquía proclama ante todo la libertad individual en la igualdad, y, por consiguiente, también para la mujer, en sus derechos igual en todo y por todo al hombre, entre cuyos derechos es el primero el de

poder hacer lo que *os parezca y agrade*, — con tal, naturalmente, que vuestra acción no impida a los otros hacer también lo que les parezca y agrade. En suma, valdrá también para vosotras aquella regla de conducta propuesta pero no actuada por la Revolución Francesa del 89: la libertad de un ciudadano termina donde empieza la libertad de otro ciudadano.

Este concepto de la libertad de la mujer encuentra hoy un grandísimo obstáculo en el egoísmo y la prepotencia de los hombres, en vuestra ignavia y debilidad, y sobre todo en los prejuicios religiosos y morales que presiden la educación humana contemporánea. Hay poca o ninguna libertad para todos en el sistema actual; pero para la mujer hay mucha menos que para los otros; y esto parece la cosa más natural a la mayoría de los hombres, que ven con malos ojos que vosotras levantéis la cabeza y tengáis el derecho de decir y de hacer lo que ellos hacen y dicen, de obrar como ellos obran.

Y bien, desde hoy vosotras debéis rebelaros al egoísmo y a la prepotencia del otro sexo, debéis sacudir vuestra pereza y haceros fuertes, no tanto de músculos como de inteligencia y del sentimiento de vuestra individualidad, debéis romper sin respetos humanos todos los prejuicios y las convenciones que os colocan a un nivel más bajo que el hombre, y debéis rehacer vuestra educación sobre la base del derecho al respeto, por parte del hombre, de vuestra libertad y de vuestra personalidad material e intelectual.

Conquistar el derecho a ser dueñas de vosotras mismas: he aquí el verdadero concepto de vuestra emancipación, de la emancipación de la mujer, que no consiste, créeme, en los mezquinos ideales del feminismo de salón, que se reduce a un deseo por parte de las señoras de escribir feos versos y hacer pésimos cuadros, de convertirse en abogadas, electoras y también en diputadas y ministras.

El hombre tiene un feo derecho: el de mandar sobre vosotras las mujeres mucho más que sobre los de su sexo; la mujer, según los anarquistas, que quieren la igualdad y la libertad, no debe reclamar, como reclaman ciertas feministas al agua de rosas, poder también mandar; debe solo reclamar el derecho de no obedecer nunca a ninguno, de poder hacer su gusto, ya que la anarquía no tiene por objeto substituir a los viejos amos con otros nuevos, sino abolir todo mando. No derecho de las mujeres al poder sobre los otros, sino derecho completo al poder sobre las propias acciones y sobre la propia persona, — lo

que quiere decir abolición de todo poder que no sea el del individuo sobre sí mismo: la anarquía.

He aquí por qué quisiera que fueses anarquista como yo, porque estoy convencido de que la emancipación integral de la mujer no se logrará sino con la completa emancipación del proletariado de la esclavitud económica y política, con la liberación completa de la humanidad de las trabas del dogma, del salariado y de la ley.

Te decía que debéis rehacer vuestra educación sobre la base del derecho a vuestra libertad y voluntad. Para obtener este resultado, completamente psicológico, no basta con hacer teorías, propaganda abstracta entre vosotras, y decir solamente palabras. Son necesarios los hechos y es preciso que viváis vosotras una vida de lucha al lado de los hombres que tienen vuestras ideas, en todo y por todo solidarias con ellos, procurando también si os es posible darles el ejemplo de la consecuencia y del valor de las propias opiniones.

¿Es preciso combatir el dogma? Negad vuestro concurso, vuestra adhesión y participación a todo lo que se ha hecho habitual por la educación religiosa, sin respeto por las llamadas conveniencias; y obrad como si la religión nunca hubiese existido y no la hubiéseis conocido. ¿Es preciso combatir el salariado? Tomad parte en el movimiento socialista y obrero, id a hablar en medio del pueblo de las ideas comunes, mezcláos al elemento femenino de las plebes y organizad a las trabajadoras contra la explotación patronal, comenzando vosotras mismas por exigir una más equitativa compensación a vuestro trabajo, tan útil y sin embargo tan despreciado. ¿Se debe combatir la ley, es decir, el poder gubernativo? Y bien, principiad por no reconocerlo, en todo lo que os sea posible, y por no admitir su intromisión en vuestros asuntos y tomad parte, en cuanto os lo consienta vuestro temperamento individual, en las luchas políticas, no separándoos nunca de vuestros hombres, educando a vuestros hijos en el desprecio de todo lo que sea mando, señoría y religión.

Con este ejercicio contínuo de vuestra personalidad lograréis acrecentarla cada vez más, conquistar una mayor fuerza de voluntad, un más completo y vivo espíritu de independencia. Prepararéis así, con la emancipación total de la humanidad, la emancipación completa de la mujer desde el punto de vista material y moral.

Por estos conceptos comprenderás pronto lo que será la mujer en la anarquía: será libre.

Y el amor, este sublime sentimiento que es la última expresión perfeccionada del instinto de conservación de la especie, será libre también. El amor libre que tanto espanta a los santurrones que del amor no han gustado más que la innoble degeneración del fruto prohibido, no es en fin de cuentas sino la afirmación y la consecuencia de la libertad de la mujer.

Roto el cerco de la tiranía religiosa, el amor será lo que quieran que sea los que se amen. El amor es un sentimiento demasiado íntimo y demasiado fuerte para que pueda ser esclavo. Si hoy lo han amarrado con mil cadenas, no han hecho otra cosa que provocar por su parte explosiones y rebeliones terribles e inmoralidades mil veces más numerosas y tremendas que aquellas que las madres católicas y burguesas temen para sus hijos con el triunfo del amor libre. Este sentimiento nobilísimo jamás es esclavo; bueno por naturaleza, si se le encadena se hace malo, y entonces se llama adulterio, prostitución, etc., (este etcétera substituye todas las enfermedades y degeneraciones de los sentidos y de los sentimientos, que puedes encontrar en un libro de patología sexual); o tiene el coraje de la rebelión, y entonces vuelve a ser libre; — o de lo contrario muere.

Hay quien tiene miedo del abuso de la libertad; pero piensa tú que todas las tiranías han surgido por temor al abuso de la libertad y han hecho después mucho más mal que el peor de los abusos, y recuerda que para remediar y curar las heridas de la libertad hay una sola medicina: la misma libertad. Por lo demás, ¿quién no sabe que el mayor incentivo al abuso de un placer es el de saberlo limitado o prohibido y que donde un dado goce es permitido menos deseos provoca?

En la anarquía, donde nadie ejercerá funciones de cura ni de juez, donde no existirá la preocupación económica del pan a conquistar contra la abundancia agena, para sí, para la mujer y los hijos, los jóvenes que se quieran se unirán y se casarán ...sin juez y sin cura. ¿La inmoralidad está acaso en la falta de un código o de una estola blanca y amarilla?

Si aquellos se quieren siempre, permanecerán siempre unidos. Si llega el día en que su afecto cesa, se separarán; y si cesa en uno antes que en el otro, éste sabrá respetar la voluntad del primero y su misma dignidad, a más del respeto por la libertad del otro, le impedirá imponerle un afecto que no siente.

Me dirás que habrá quienes se separarán a cada momento. ¿Y qué querrías hacerle? si esto es un mal y tú crees que aporte infelicidad, ¡peor para ellos! Aprenderán los otros a compor-

tarse de modo distinto. ¿Habrá algunos hombres que cambiarán de mujer con frecuencia? yo no lo creo, porque pienso que la raza humana marcha hacia una siempre creciente duración de los afectos. Pero si así fuera, las mujeres aprenderán a no enamorarse de éstos, o, sino, éstos se entenderán con aquellas mujeres que gusten cambiar de marido a cada estación.

Esto será un mal desde tu punto de vista, y también lo es desde el mío, un mal que, sin embargo, no creo probable en la medida temida por los moralistas actuales. Pero aún cuando lo fuera, mejor será que las cosas ocurran de ese modo, ya que ese mal lo hará el que lo quiera, y lo elegirá voluntariamente, mientras que hoy un mal infinitamente mayor es impuesto también a quien no lo desea, aún a quien lo detesta, por prejuicios estúpidos, por necesidades feroces, por instituciones violentas. Si en la anarquía una mujer podrá a su elección cambiar de amante todos los meses, hoy millares y millones de mujeres están obligadas, a su pesar, por causas independientes de su voluntad, a sufrir un amante (¡oh, ironía de la palabra!...) muchas veces en un solo día. Este es el mal del amor esclavo. aquel el mal del amor libre: escoge.

Por lo demás, los inconvenientes que puedas objetarme yo no los niego. La anarquía, ya te lo he dicho, no será la absoluta perfección. La cuestión está en saber si después habrá menos inconvenientes que hoy, y esta es cosa indiscutible que tú misma no puedes negar. En el amor, ya que hablamos de esto. se suprimirá el más grave, el más nocivo, el más inmoral inconveniente: la violencia, con sus naturales efectos la mentira y el engaño. ¿Te parece poco?

Como ves, en el amor, aún admitidas las peores hipótesis, la moral libertaria es siempre preferible a la autoritaria. Pero tales hipótesis son muy improbables, y la prueba la puedes encontrar en tí misma.

¿Acaso porque no hubiera un mecanismo religioso o político que te ligara al hombre amado le serías tú menos fiel? ¡No, ciertamente! y entonces, ¿por qué quieres creer que los otros se conducirán de distinta manera, puesto que tú no eres una excepción en la humanidad, sino que representas el término medio general? Y la generalidad de las mujeres (y también de los hombres) hará como tú. Libres, sin ser forzados por necesidades económicas a darse a quien no aman, los hombres y las mujeres del porvenir podrán escogerse mejor, y entonces las uniones serán más duraderas que hoy y más afectuosas, por más voluntarias, con un afecto hecho más vivo por el perenne de-

seo, que cada uno tendrá de no disgustar al otro, que de otra manera podría abandonarlo. Así la familia nueva — absolutamente distinta de la actual por el orígen y por el fin — será la molécula libre, formada de átomos libremente agregados, de todo el organismo de inteligencia y de amor que moverá al mundo.

XVI

LA EDUCACION DE LOS NIÑOS Y EL ANARQUISMO

... 30 de junio

Querida mía:

Tu objeción última hace honor a tu buen corazón. Y no seríais mujeres si no tuviéseis ese afecto natural por los niños, ese sentimiento que os hace mirar con terror el peligro para tantos seres débiles que, nacidos de vosotras, tienen vuestro seno y vuestros brazos como primer refugio en las tempestades que turban también sus almas infantiles.

Y es por consiguiente más justificable tu preocupación acerca de la suerte de los pequeñuelos en esta transformación, que con nuestra obra estamos acelerando los anarquistas, que destruye hasta los cimientos de la institución en la que hoy parece que tienen su mejor cuna: la familia.

He dicho *parece*, y no sin motivo, ya que en la sociedad moderna la infancia no está en modo alguno protegida y defendida, a menos que tú, por defensa de los niños entiendas el abandono que de ellos hacen los ricos internándolos en los colegios militares o clericales, y los pobres dejándolos a merced de la calle, creciendo sucios de alma y de cuerpo en el arroyo. Independientemente de esto, ¿crees tú que la actual organización autoritaria de la familia sea un coeficiente bueno para la educación de los hijos? Pasemos por alto el pan que falta a muchos y los pasteles que extragan el paladar de los otros, pasemos por alto la consideración económica que tiene, por cierto, la mayor importancia y es también tan evidente que debes haberla comprendido sin necesidad de que te la explique. Yo quiero hablarte más bien del mal íntimo, moral, que la sociedad corrompida por medio de la familia de hoy hace a las nuevas generaciones, a la infancia, en la que está contenido el porvenir de la humanidad.

Tú preguntas qué será de los hijos de las uniones libres, cuando en la anarquía — no importa si pocos o muchos — los genitores se separen para contraer nuevos lazos. ¿Qué situación será la suya? Y aún teniendo el pan asegurado para las exigencias del estómago, ¿quién les dará el pan del corazón tan necesario a esa edad, el afecto que caliente y ayude a madurar y formar definitivamente el carácter y la conciencia del ser nuevo en la vida? Te respondo, como siempre, preguntándote a mi vez qué es lo que sucede en la sociedad moderna. Si en la anarquía los dos genitores de una familia se separan, esto significará que no se aman más: esta cesación del amor sucede también hoy y con más frecuencia de lo que sucederá en la anarquía (el por qué ya te lo he dicho otra vez). Y hoy ¿qué es lo que sucede cuando el hombre y la mujer que tienen hijos no se aman más? O tienen el valor de desafiar la opinión pública y separarse, legalmente o sin el concurso de la ley, o permanecen juntos, comprimiendo su propia naturaleza, llevando una vida de hipocresías y de hastío, y buscando con subterfugios las satisfacciones que el vínculo matrimonial les prohibe. En el primer caso los hijos estarán con uno u otro de los cónyugues, o separados, algunos con el padre y otros con la madre; y el inconvente temido resulta grave allá donde esto lo hagan de mala voluntad por preocupaciones de interés, cosa que no sucederá en la anarquía. En el segundo caso el daño es mil veces peor que el de la desunión, un daño terrible y funesto a la educación de la mente y del corazón de los niños, más que la corrupción abierta que podría envenenarlos por el abandono absoluto en la calle.

Piensa un poco qué sentimientos y pensamientos no nacerán y se desarrollarán hoy, por todas partes, en cada familia en que el hombre y la mujer que la han formado no vayan más de acuerdo; qué sentimientos animarán, o, peor, conturbarán a estas primaveras sacras de la vida que son los niños. Estos niños, que tienen una inteligencia que solo los ignorantes no advierten, que tienen ojos para ver y oídos para escuchar, que nada se les escapa en el pequeño mundo de la casa en que viven y de la que conocen todos los escondrijos, son las primeras y más dolorosas e inocentes víctimas de una unión que se mantiene sin afecto, del desequilibrio moral consagrado por el desacuerdo entre los cónyugues y por la coacción.

Como siempre, la falta de libertad y la consiguiente falta de lealtad producen los efectos más desastrosos.

Yo no me detengo sobre el hecho material del modo en que son criados los hijos por padres que ya no se aman: los padres que pegan hasta sangrar a sus pequeñuelos, las madres que llegan a torturar y desgarrar el fruto de sus propias entrañas con los peores tormentos; toda una escala de ignominias que va desde el simple descuido hasta el delito, determinada por la lenta perturbación de los sentidos y de los sentimientos en quien, por la tiranía económica o por la de los prejuicios, está constreñido a soportar un vínculo que ya no sancionan la mente ni el corazón. Llamo más bien tu atención sobre el trabajo mental del niño que en la casa ve al padre tratar mal a la madre, que ve las lágrimas de ésta y advierte en ambos los gestos de repulsión y de rebelión que lee con mirada precoz, todos los días y a todas las horas, una historia miserable de mentiras y de simulaciones, que conoce la bellaquería prepotente del padre y el engaño astuto de la madre, — y que acaba por no estimar a ninguno de los dos o por despreciar y odiar al más malo.

En todos los casos, el niño tendrá inoculada en la sangre, de tal modo, la tendencia a la mentira y a los placeres no naturales que derivan de la inmoralidad: una educación al revés, cuyos frutos se advertirán más tarde, cuando de la crisálida infantil envenenada se desarrolle el hombre embustero y prepotente o la mujer coqueta y egoísta; falsa educación que pensarán en perfeccionar: el Estado en nombre de un triste patriotismo en la escuela de violencia y de muerte que es el cuartel, si se trata de un joven, y la Iglesia inculcándole el odio a la naturaleza y a la verdad por medio del misticismo y del confesonario si se trata de una muchacha.

Estas son las consecuencias de la organización autoritaria de la familia sobre la educación de los hijos en la sociedad moderna. Por numerosos que puedan ser los inconvenientes de la libertad, nunca serán tan grandes como los que te he señalado, derivados de la falta de libertad.

La infancia hoy es esclava y oprimida y hay que pensar en libertarla; en esto convenían también dos idealistas, no socialistas y mucho menos anarquistas, que estaban lejos de pensar en la transformación de la institución familiar en el sentido que noostros queremos: Victor Hugo y José Mazzini. Y la emancipación de los niños, de la mala educación, de la ignorancia, no se logrará más que con la emancipación total de la humanidad de todas las miserias, de todos los prejuicios, de todas las ignorancias.

En tanto, la unión libre será el primer medio de regeneración educativa para la infancia. Disipando los rencores, fruto de la coacción y de la hipocresía, hará que los padres amen mucho más a sus hijitos, y de un modo mucho más elevado que hoy en que tal amor se reduce a una preocupación financiera y económica. La seguridad de que ni a ellos ni a sus hijos podrá faltarles jamás el pan cotidiano, libertará, a los amantes que quisiesen separarse, de la excesiva carga del mantenimiento de la vieja y de la nueva familia; los niños verán, en los seres que los custodien, brillar continuamente el amor, y sus vírgenes conciencias no serán turbadas por el odio y el engaño. Si al disolverse una familia, cosa inverosímil, ni el padre ni la madre deseasen tener consigo a los hijos de su amor, estos niños encontrarán siempre nuevos hogares de afecto en el seno de la nueva sociedad de iguales y de libres, que no hará de ellos soldados o prostitutas sino trabajadores honestos y buenos.

Al pensar en la suerte de los niños en la anarquía no debes considerar las cosas desde el punto de vista de la sociedad actual. Debes pensar que el problema de la educación no puede ser resuelto separadamente de los otros problemas que constituyen en conjunto lo que se llama la *cuestión social*, cada uno de los cuales presupone al mismo tiempo una solución del otro.

Cierto, la unión libre, hoy por hoy, en plena sociedad burguesa, mientras impera el sistema económico de la propiedad individual y el político de los gobiernos de toda laya, no daría todos los frutos que sería lícito esperar; y el choque con el ambiente externo podría perjudicar los intereses de los hijos, ya sea directa o indirectamente.

Pero dado que sean resueltas las otras dificultades, que el pan sea asegurado a todos con la igualdad, que todos sean libres en una sociedad de hermanos no divididos en gobernantes y gobernados, en siervos y patrones, también para la cuestión de la educación la cosa será muy diferente.

Sin decir mucho, el solo hecho de que no existirán más, en virtud de la libertad del amor, las ignominias de que te he hablado, es ya tal que basta para demostrar cuánto mejores serán las condiciones y métodos de educación de los niños en la anarquía. Las condiciones económicas distintas y mejores, serán, por sí solas, un factor poderoso de moralidad, como para hacerme descuidar cualquier otro argumento en favor de mi tesis.

No hay razón para que un hombre y una mujer que se amen, se unan y tengan hijos los eduquen peor y los amen me-

nos solo porque... no existe gobierno y su unión no fué anotada en la sacristía o en las oficinas del registro civil. Y si llega un día en que no se amen más y se separen, el efecto de su desunión sobre la educación de los hijos será siempre menos malo que la desunión en la forma que hoy puede producirse, con todos los inconvenientes de índole económica y legal, o que la unión continuada a la fuerza, fuente de engaños, de hipocresía y de desilusiones.

Y luego, tú no debes considerar al niño como ligado eterna mente a las polleras de la madre. En un régimen de igualdad, los hijos de los hombres, en cuanto sean físicamente capaces de hacerlo, vivirán también la vida colectiva y no encerrados en su casa, separados de todo el mundo exterior; pero en las escuelas, en los institutos de educación — muy distintos de los actuales, en el sentido de que no serán lugares de tortura sino sitios de recreo y de trabajo libre y espontáneo para todos los pequeños brazos y las pequeñas mentes — o al aire libre en los campos y en los caminos que la miseria no ensuciará ni corromperá, juntos desde sus primeros años, entre las expansiones de infancia, se educarán sintiéndose todos amigos y hermanos, haciendo posible así una solidaridad cada vez mayor para los esfuerzos unánimes que serán necesarios a los hombres de mañana para elevar la ciudad ideal del amor y de la paz.

La educación, iniciada por los padres y las madres, y dada, diría casi, con la leche y el afecto, será continuada en las escuelas libertarias, donde no se fatigará las mentes con un farragoso acumulamiento de las nociones más diversas ni con la imposición autoritaria y violenta de los métodos actuales, sino despertando en los cerebros la curiosidad y el deseo de saber siempre nuevas cosas y apagando este deseo diciéndoles, también a los niños, la verdad. Y la escuela no será, como hoy, algo separado y distinto de la vida, sino una emanación de la vida misma de la sociedad, despojada de todas las fantasías abstrusas de la religión y de los prejuicios, y hecha de toda la ciencia adquirida, en la que cada uno alcanzará los conocimientos que necesite y que respondan a su deseo de conocer lo verdadero.

De modo que la familia, la escuela y la sociedad no serán ya entidades separadas, distintas y contradictorias, sino casi una sola cosa, tan directa e inmediata será la continuación de la una en la otra, coeficientes inseparables de educación, en los que el niño se hará naturalmente hombre, sin que a los

veinte años deba renegar, como sucede hoy, las mentiras que le fueron inoculadas a los diez, sin que lo turbe la deletérea contradicción, de tan triste efecto en nuestros días, y el estridente choque entre los principios morales que le fueron enseñados y la realidad de la vida que va aprendiendo poco a poco.

XVII

LOS ANARQUISTAS Y EL PATRIOTISMO

... 5 de julio

Mi querida amiga:

Si en la carta pasada he aludido, no sé de qué modo, pero no por cierto benévolamente, al patriotismo, no debes escandalizarte del modo que lo has hecho. Me hablas de sentimientos innatos en el alma humana que, según tú, nosotros ofendemos; y esta del patriotismo es ya una prueba de la poca seriedad de la teoría de los sentimientos y de las ideas innatas e inmutables en medio de la sociedad y en el pensamiento del hombre.

¿Qué entiendes tú por patriotismo? ¿El afecto natural, hecho de dulces recuerdos más que de interés, al pueblecillo nativo? ¡Un buen sentimiento, sin duda! pero que no puede ser una base sólida para quien, como tú, quisiera hacer la justificación de una institución. Es cierto que la mayor parte de la gente ama al pueblecillo nativo; pero si alguien en la patria se ha encontrado mal o ha vivido poco, a ese el lugar le repugna o le es indiferente. Hay hombres ilustres, que pasan por grandes patriotas, y que casi odian a su país natal, por no haber éste querido reconocer su superioridad y porque en él sufrieron injustas amarguras. Giacomo Leopardi, el autor del famoso canto: *Italia mía,* etc., apostrofaba a Recanati, su ciudad natal, con el título de "*nativo burgo salvaje*" y llamaba a sus conciudadanos "*gente zafia y vil para quien virtud y saber son nombres extraños*". A Recanati, prefería Florencia, Roma o Nápoles.

Yo apenas he vivido dos años en el pueblo en que nací, y no lo recuerdo absolutamente. No siento por el tal pueblo afecto alguno; en cambio amo y recuerdo con placer la otra ciudad donde he crecido y en la que reside mi familia. ¿Qué quiere decir esto sino que el patriotismo, de tan noble fama, tiene un orígen y una razón de ser eminentemente egoísta?

Pero, pensarás tú, el patriotismo no es el apego al pueblo nativo solamente, sino a toda la nación. Es la misma cosa, y lo que vale para la ciudad vale para la región, vale para la nación. Nosotros amamos la patria, la gran patria, no por el hecho material de que en ella hayamos nacido, sino y sobre todo porque en ella tenemos todos nuestros intereses, porque la lengua que en ella se habla es la misma que nosotros comprendemos, la que nos ha enseñado nuestra madre; porque los connacionales son personas con quienes, en general, logramos entendernos mejor que con los extranjeros. Los libros de nuestros estudios, los monumentos de arte, los paisajes, nos hablan todos un lenguaje convencional que solo nosotros comprendemos, pues que en ellos hemos encontrado más fácilmente gente con quien estrechar vínculos de afecto y de interés. Eso sin contar la parte artificial de ese sentimiento, poco buena según mi opinión, que deriva de la educación que nos han inculcado y de la instrucción trunca con que nos han enseñado la historia; por ella nosotros conocemos relativamente bien los acontecimientos y las vicisitudes de nuestra nación, los méritos de sus grandes hombres, su progreso artístico y científico, etc., pero ignoramos casi completamente todo lo que se refiere a las gentes de ultracordillera o de ultramar, cuando no se nos ha hecho creer francamente que sólo entre nosotros ha habido valor y genio, y entre los otros nada.

El sentimiento de afecto por el país en que se habla la lengua que hemos aprendido con la leche, existe, ciertamente: pero, como todos los sentimientos, en cada uno que lo experimenta tiene un orígen, una explicación y un concepto diverso, y no se mezcla con eso que comunmente se llama patriotismo, que es más bien una especie de egoísmo colectivo de los pertenecientes a una nación contra todas las otras naciones.

Los anarquistas aman llamarse antipatriotas, y lo son en este sentido, en señal de absoluta negación del egoísmo nacional. Si las condiciones económicas y morales nos llevan a amar con preferencia a nuestros conciudadanos más que a los otros, nosotros no substituiremos con el odio ese amor; pero tal amor no será nunca una razón para hacernos odiar a los ciudadanos de otras patrias. Las condiciones que determinan estos sentimientos nuestros pueden cambiar; nada más natural entonces que cambien también los efectos. ¿Acaso no sucede a veces que se desea ser de otro país, en vez del propio que ya no responde a nuestras necesidades físicas e intelectuales?

No veo qué pueda haber de reprochable en nuestro lenguaje cuando decimos: Nosotros no queremos disminuir el afecto entre los ciudadanos connacionales, sino más bien aumentarlo, extendiéndolo a los ciudadanos de todas las tierras del mundo. No queremos el odio entre los hijos de una misma nación, pero tampoco entre los hijos de naciones diversas.

No te dejes impresionar, oh amiga mía, por el lengueje despreocupado de las gacetas vendidas, cuando, hablando mal de nosotros, afectan insultarnos llamándonos *"los sin patria"*.

Sí, sin patria, si con esta denominación se entiende que queremos ver un hermano en cada ser humano; y recuerda que este insulto podría serle dirigido también a Sócrates, que se jactaba de ser ciudadano del mundo, y a Cristo. ¡Estamos, como ves, en buena compañía!

Sin embargo yo quisiera preguntar a esos que nos acusan de enemigos de la patria, qué mal le hemos hecho nunca a ésta, si por patria se entiende la colectividad de los ciudadanos. ¿Somos nosotros los que hemos depauperado las finanzas de la nación desvalijando los bancos? ¿Somos nosotros los que embrutecemos con el vicio al pueblo manteniendo el juego de la lotería? ¿Somos acaso nosotros los que obligamos todos los años a centenares y millares de campesinos y de obreros a cruzar el océano y buscar lejos el pan que esta patria madrastra les niega? ¿Somos nosotros los que hemos fusilado a nuestros compatriotas tan frecuentemente desde 1860 en adelante en las calles y las campiñas de Italia? ¿Somos nosotros los que, para especular sobre los aprovisionamientos, hemos querido las guerras coloniales? ¿Somos nosotros los que, por ambiciones malsanas y por intereses inconfesables, hemos sacrificado para estas guerras millares de vidas en los campos de batalla? ¿Somos nosotros los que hemos negado el pan a los niños de las escuelas cuando se pidió la refección escolar? ¿Somos nosotros los que corrompemos las conciencias haciendo de las elecciones una camorra? ¿Somos nosotros los que mantenemos la ignorancia mezquinando el sueldo a los maestros elementales, y negando maestros a las plebes del medio día de Italia? ¿Somos nosotros los que devoramos millones para mantener los ejércitos de mar y tierra? ¿Somos nosotros los que arrancamos a los obreros al trabajo de los talleres y los campos para encerrarlos en los cuarteles, donde llevan una vida inútil? ¿Somos nosotros los que explotamos a los trabajadores haciéndoles trabajar dos tercios del día a cambio de un jornal irrisorio?

¿Somos nosotros, o son aquellos que se jactan de patriotas, que aman a la patria en cuanto ésta es el lugar mejor para ellos, el sitio favorito de sus pillajes, de sus violencias?

Estos nos reprochan la solidaridad internacional con nuestros compañeros de fe y de ideales; pero ellos no tienen escrúpulos, los patriotas, cuando se trata de sus comercios, industrias y especulaciones, de ponerse de acuerdo con los especuladores de otros países para explotar también y agotar a sus conciudadanos. Ellos hacen sus alianzas comerciales e industriales, sus compañías capitalistas; y a su lado, los gobiernos hacen sus alianzas políticas, preparan la resistencia a las reivindicaciones proletarias. ¡Por último, los polizontes han organizado su policía internacional, con la intención de sofocar el pensamiento revolucionario! Y sin embargo, todos ellos se jactan de patriotas....

¿Sabes cuál es la verdad? Cualesquiera sean nuestros íntimos sentimientos, derivados en parte de la tradición y en parte de las costumbres, acerca del patriotismo, lo cierto es que también la idea de patria, como todas las otras ideas, sufre su transformación de acuerdo con el desarrollo de las nuevas necesidades, de los nuevos intereses, de las nuevas condiciones sociales.

La evolución histórica de la idea de patria nos informa suficientemente. Los que hoy se escandalizan tanto porque queremos substituir con la humanidad a la nación, trescientos años atrás les habrían escandalizado a su vez los patriotas de entonces, para quienes la patria era el pequeño estado en que la nación se dividía; de modo que para los sicilianos eran extranjeros los romanos, para los lombardos los venecianos, y así sucesivamente. Y antes de entonces la patria era una cosa aún más pequeña: para Pisa el enemigo era Florencia, para Luca, Pistoia. Los anarquistas no hacemos más que seguir la trayectoria trazada por la historia, pensando que si la patria se limitó otras veces a la aldea, después a la ciudad, después a la región y más tarde a la nación, debe llegar un tiempo en que la patria será el mundo.

Y si es cierto que la determinante de esta evolución reside en el cambio de las necesidades y de los intereses, no estamos en error al levantar la bandera del internacionalismo, hoy que la locomotora atraviesa las montañas, el telégrafo anula las distancias y los barcos surcan fácilmente el Océano, que la ciencia toda, facilitando los comercios y las relaciones entre los pueblos ha despertado en todos la necesidad de vivir una vida más am-

plia que la limitada por las fronteras, — vida intelectual y material — y por consecuencia ha ampliado las industrias, unido los capitales y asociado los intereses de las clases dominantes, contra los cuales el proletariado ha sentido el interés de asociarse también a través de los límites de las patrias, que están por convertirse así, frente a la ciencia y al progreso que no tienen frontera alguna, en simples expresiones geográficas.

En resumen, en el mundo sólo hay dos patrias en lucha entre sí: la patria internacional del trabajo oprimido y la patria internacional del ocio opresor.

¡Confiemos en la victoria del trabajo, creador de riqueza y civilización! Y tú, amiga mía, ven con nosotros por el camino que conduce a esta victoria, ven con nosotros los anarquistas a librar la batalla contra el ocio que es el padre del vicio, de la miseria y de la ignorancia; y sobre las cenizas del viejo patriotismo enciéndase en tu corazón la fe en el humanismo, el amor inmenso por los infelices de todas las lenguas, de todas las tierras, de todas las razas.

Y si tu aguja habilidosa debe bordar una bandera de guerra, que sea de un sólo color y sobre ella escribe este solo grito:

¡Viva la humanidad!

XVIII

LOS ANARQUISTAS Y LA RELIGION

Querida mía:

Respondo a esta última cuestión que me has propuesto. Tú me dices: "Vosotros los anarquistas queréis la libertad absoluta; pero entonces, ¿qué haríais si en la anarquía hubiese gente que creyera en un dios y en una religión, y por consiguiente en los sacerdotes de esta religión? ¿Cómo conciliáis vuestra aversión por todo lo que tiene sabor sobrenatural y vuestro deseo de destruir las iglesias y los cultos con el concepto de la libertad para todos?"

Tú siempre quieres saber "qué haremos en la anarquía" a cada idea que se te viene a la cabeza.

Ten por norma, como te lo he dicho tantas veces, que nosotros haremos... lo que sea posible; pero siempre en el sentido de la máxima libertad para los individuos y para las colectividades. Y así también respecto de la religión.

Los anarquistas son enemigos irreconciliables de todas las religiones pasadas, presentes y futuras, como de todos los sistemas morales y materiales de opresión. Ellos tienen por objetivo directo el mejoramiento general de las condiciones de vida de los hombres en la tierra: y el paraíso lo dejamos *a los ángeles y a los pajaritos*, como decía el poeta satírico Enrique Heine. ¿Hay un dios? ¿No lo hay? Es cuestión que nos interesa poco o nada. Por lo demás, a este dios nadie lo ha visto nunca y los únicos en hablar de él fueron siempre aquellos que luego lo utilizaron para ponernos el pie sobre el cuello, mantenernos ignorantes y explotarnos política y económicamente.

La ciencia que ha hallado y descubierto tantas cosas, que ha hecho hallar al hombre la electricidad y, con ésta, el modo de hablarnos de un extremo al otro del mundo sin emplear siquiera la ayuda de un débil hilo, que nos ha abierto con el *radium* todo un nuevo horizonte científico, prometedor de muchas

utilidades prácticas, esta ciencia, en su camino, no ha encontrado a dios en ninguna parte, ni siquiera ha encontrado la más pequeña prueba de su existencia. Y hasta ha sucedido lo contrario. Cada vez que la ciencia hizo un descubrimiento, dios se ha ido alejando más aún; cada paso de la ciencia ha hecho ver que lo que antes se atribuía a dios no es en el fondo más que un efecto mecánico de las fuerzas naturales. Miles de cosas que los ministros de este dios afirmaban ver, han sido desmentidas por la ciencia humana. Lo que antes parecía una prueba de la existencia de un *amo del mundo*, sobrenatural e invisible, hoy, después de los descubrimientos hechos, es una prueba evidente de todo lo contrario.

En suma, esta idea de dios no está probada por ningún hecho real; y hasta los que más creen en él, si se ponen a razonar con nosotros que no creemos, acaban diciéndonos: ¡Basta! ¡Basta! no sabemos responderos... Decid lo que os parezca, pero no nos convenceréis nunca, porque tenemos fe y sentimos dentro de nosotros que dios existe... Lo sentimos tan fuertemente que este sentimiento es la prueba más evidente de su existencia!" ¿Qué responderías tú a los que hacen esta clase de razonamientos?

La religión no es una ciencia sino un sentimiento; y como hay sentimientos buenos y malos, como hay sentimientos basados sobre la verdad y sobre el error, la religión es un sentimiento malo basado sobre el error. Para convencernos de que está basado sobre el error basta saber que los religiosos no quieren razonar y que la discusión les da miedo; para comprender que es malo basta ver los efectos prácticos de las religiones, que en todas partes aconsejan la resignación y la sumisión a los poderosos y a los ricos, y alejan así el día de la revolución, de la igualdad y de la justicia. Mira a nuestros curas: su obra es tan contraria a la naturaleza, que su ley es justamente la que niega el amor en todas sus manifestaciones, de amante, de esposa y de madre. Ellos no son padres ni maridos; desprecian a las mujeres y los placeres de los sentidos... salvo que luego se dedican a seducirlas con ayuda del confesonario o a cometer una infinidad de actos nefandos contra natura, de los que los diarios nos narran todos los días el descubrimiento.

Y luego, dá una ojeada a la historia. ¿O es que la Inquisición, los jesuitas, las matanzas de los hugonotes y de los albigenses, las guerras de religión, las obscenidades de los Papas y de los conventos, toda la Sodoma y Gomorra a que se había

reducido en el medio evo la iglesia, las hemos inventado nosotros los anarquistas? Y no creas que las otras religiones sean diferentes: las hay, es cierto, menos irracionales y feroces, pero las hay también más estúpidas e inhumanas. Si los católicos quemaron a Giordano Bruno, los protestantes quemaron a Servet; si los católicos hicieron matanzas de heréticos en Francia, España e Italia, los anglicanos las hicieron en Inglaterra y los mahometanos un poco en todas partes. ¿Qué dios es éste que permite que en su nombre se cometan tantos actos nefandos? Aún cuando existiera, ¿no sería digno de ser destruído?

¡Y no me hables de Jesucristo! Ante todo, ya hay algunos hombres de ciencia que lo ponen en duda y hasta niegan que haya existido. Y después, este Cristo habrá sido quizá bueno; pero ya no estamos en sus tiempos Si su obra pudo ser benéfica (¡quién sabe si es cierto que lo haya sido!) hace veinte siglos, en tiempo de mayor barbarie, ahora, confrontándola con la obra de los socialistas y anarquistas, es cosa de chicuelos. Tan cierto es esto, que en nuestros días la religión solo hace progresos entre los salvajes del Africa central, mientras que en las naciones civiles, que sin embargo son llamadas cristianas, la gente que cree en ella disminuye cada vez más y a las iglesias no van sino las mujeres ignorantes o de poco espíritu. Jesucristo habrá sido un hombre de bien; pero si creía en dios y si él mismo se ha creído dios, quiere decir que era un fanático, un impostor sin saberlo. De la igualdad ante dios y del bienestar que predicaba para cuando estemos muertos, nosotros no sabemos qué hacernos: queremos ser verdaderamente iguales de derecho y de hecho, ante el pan cotidiano; y el bienestar lo queremos aquí, sobre esta tierra, sin esperarlo tanto. Quien entre nosotros y nuestro derecho pone la tumba — decía Bovio — es un santo que nos engaña.

Por lo demás, que Cristo haya existido o no, que fuese bueno o malo, que creyese en dios o no creyese, es asunto que no nos concierne. *¡Hace tanto que ha sucedido! ¡quién sabe si será cierto!* — es un dicho popular de muy buen sentido. La cuestión es que los secuaces de Cristo han sido grandes canallas y que lo que ellos dicen no nos persuade absolutamente. A Dios no lo ha visto nadie y nada nos prueba que exista; lo más probable es, pues, que no exista y que haya sido inventado por los hombres ignorantes de los primeros tiempos que no sabían comprender el por qué de los terremotos, de los volcanes, de la

vida y de la muerte. Es como si alguien empezase a decir que en los antípodas, o, mejor, en el polo norte, donde nadie ha llegado, hay una especie de asno que vuela. Siempre lo creería alguno (¿qué tontería hay que no sea creída por alguien?) y he aquí una religión nueva con un dios representado por un asno que vuela! Ninguno podría demostrarle empíricamente a aquél, y haciéndoselo constatar en persona, que el asno volador que quizá él ha soñado — sino lo inventó con fraude, — no existe, desde el momento que al polo norte nadie ha encontrado aún el modo de llegar. ¡Pero igualmente la gente de buen sentido se le reiría en la cara, a menos de que fuese a hacer propaganda entre los cafres y los hotentotes!

Así son nuestras religiones. Una vez, cuando nuestros padres eran ignorantes como los cafres y los hotentotes, existió alguien que inventó un dios, señor del cielo y de la tierra, único, trino o múltiple señor nuestro, que hace la lluvia y el buen tiempo, que manda el rayo y el granizo, que produce los terremotos y los cataclismos más extraordinarios; y he ahí que aquellos cerraron los ojos y *creyeron*. La creencia se ha transmitido de padre a hijo, y adquirió fuerza de verdad ante la gente que no quiere fatigarse en discutir mucho, en razonar e investigar las causas de todo lo que sucede. Después entran en juego otros sentimientos que complican la cuestión: el afecto a los genitores y la fe en lo que ellos nos han enseñado, que ejercen una influencia en toda la vida, el deseo de explicarlo fácilmente todo, el amor a lo maravilloso (en efecto, ¿por qué los niños aman tanto los cuentos de hadas y de brujas?) la sugestión que impulsa a creer, hacer y decir lo que otros hacen, creen y dicen, y, en fin, la atracción que ejercen sobre nosotros las cosas que conmueven nuestros sentidos: lo que explica el por qué de las decoraciones en las iglesias, de las luces, de la música sugestiva del órgano, de los hábitos sacerdotales de seda y de oro, del incienso, de los cantos, de las palabras latinas que tienen el efecto de palabras misteriosas, y de las plegarias llenas de invocaciones ardientes y sensuales a Cristo y a la Virgen. Lee los manualillos de iglesia que las madres católicas ponen en las manos de las niñas más inocentes: encontrarás frases dichas a la virgen, que si te las dijese un hombre a tí provocarían de tu parte una lluvia de bofetadas, y frases dichas a Jesucristo que solo una barragana podría dirigir a un hombre.

¿Nunca has oído un coro de borrachos cantar por las calles: *¿Bebían nuestros padres? ¿Bebían nuestras madres? ¡Y*

nosotros que sus hijos somos — bebamos, bebamos, bebamos! Así, en el fondo del alma, borreguilmente razonan los creyentes de hoy: *¿Creían nuestros padres? ¿Creían nuestras madres? ¡Y nosotros que sus hijos somos — creamos, creamos, creamos!* Toda la razón está aquí, amiga mía, y me lo decía mi padre, hace unos días, mientras le hacía un poco de propaganda ateísta: "¡Déjame en paz!—decía—piensa como quieras... pero no me hagas discutir. En esta religión he nacido y en ella quiero morir!" La mayor parte de los creyentes razona así.

Pero tú comprendes que no es ésta la gente más instruída y de más ingenio. Y ni siquiera es la gente más deseosa de su mejoramiento material e intelectual. Pues el argumento más convincente contra el deismo y las religiones, a parte de las razones filosóficas y científicas, es éste: que todos desean que el pueblo sea religioso, entre los poderosos y los señores, aún aquellos poderosos y aquellos señores que no creen en nada. ¡Para el populacho, dicen, y para las mujeres es necesaria una religión! Ya! porque si no hubiese una religión el populacho se rebelaría, no sería más sumiso ni permitiría más a los señores comer a reventar, sin hacer ningún trabajo, a sus expensas: si no hubiese religión, las mujeres no serían más las esclavas del hombre, harían lo que les pareciese y se negarían a ser una máquina pasiva de procreación y de placer para ellos; sin contar que educarían a los hijos de tal modo que el espíritu de sumisión, de obediencia a las autoridades se esfumaría, y pronto estaríamos en anarquía. ¡Horror! — Pero tú que tienes buen sentido comprendes enseguida la inmoralidad de este razonamiento de la religión buena solo para los pobres y los esclavos.

También en el caso de esos curas que parece que creen seriamente, es sintomático el hecho de que siempre están de parte de los patrones. Predican, sí, contra éstos alguna vez amenazándolos con el fuego eterno, porque no dan bastante limosna y porque son malos con los pobres; pero a los pobres también les dicen que sigan sumisos, que su deber ès la resignación, que su miseria es necesaria para los fines misteriosos de dios, y los incitan a sufrir en paz el infierno en esta vida para tener el paraíso en la otra.

He aquí el engaño abominable, la burla, consciente o inconsciente.

Es preciso ser muy optimista. Para la mayor parte, los curas son de mala fe, y de buena fe sólo son los tontos que les creen; he aquí por qué es a éstos a quienes hay que abrir los ojos, más bien que perder el tiempo en discutir teología con aquellos.

Y bastará abrir los ojos al pueblo, *que todo lo ve y sin embargo cree*, como decía el buen Beppi Giusti, haciéndole "tocar con la mano" que las religiones existen en interés de sus tiranos y explotadores, contra su propio interés. ¡Y realmente es así! Ten presente que todos los gobiernos, aún los más liberales, gastan millones por año para pagar a los obispos y a los curas; y si combaten a ciertas categorías de curas es solo a aquellos que quisieran devorarlo todo ellos y no dar nada a los gobernantes, o que quisieran substituir a los gobernantes existentes. ¿Quieres una prueba? Siempre se deja la libertad a los curas, en la iglesia y fuera de ella, de decir lo que quieran desde el púlpito y desde los diarios, y sus procesiones son respetadas y protegidas por las tropas que ante los tabernáculos y las hostias católicas presentan las armas; mientras que, en cambio, esta libertad es totalmente negada a los anarquistas y a los socialistas, que no pueden dar una conferencia sin ser incomodados por la policía, que ni siquiera pueden hablar tan mal como quisieran de los curas, que no pueden recorrer las calles en procesión o demostraciones, que de tanto en tanto ven sus periódicos secuestrados, que por decir lo que piensan son encerrados en la cárcel.

Y los curas, no lo dudes, no son tan tontos como para enemistarse demasiado con los gobiernos. Alguna vez hablan mal de éstos, porque quisieran estar en su lugar, porque desearían que los gobiernos fuesen aún más malos contra los anarquistas y los socialistas, y un poco también por táctica de guerra, para no aparecer demasiado como sus aliados, y poder engañar mejor al pueblo; se niegan a ser — como lo desean ardientemente los gobernantes — verdaderos y propios oficiales del Estado, y a sus órdenes, porque también les agrada hacer su comodidad e interés; pero han comprendido que su interés concuerda casi perfectamente con el interés de los patrones y de los gobiernos. Y por esto, más que aquéllos, hacen la guerra a los socialistas y anarquistas, con la predicación más violenta y odiosa, excitando contra ellos el odio y la ira más feroz de las masas inconscientes y cretinizadas por el veneno cristiano, con las prédicas más insulsas. Bien que digan lo contrario, van a votar por los candidatos gubernativos más reaccionarios; y en las huelgas, aún cuando se encubren con la máscara moderna de democráticos, protegen los intereses de los patrones, enganchan crumiros para hacer acabar con una derrota las luchas obreras, y se afanan berreando desde lo alto de sus campanarios que la igual-

dad es una utopía, que siempre deberá haber pobres y ricos, gobernantes y gobernados, patrones y proletarios, felices e infelices, como decía en una de sus encíclicas el Papa de los católicos Pío X.

Y todas las iglesias son por el estilo; la protestante sanciona la prepotencia de los déspotas tudescos, como la cismática sanciona las violencias feroces del emperador ruso, como la mahometana sanciona las matanzas en masa y los estupros de Armenia y Macedonia, que no logran conmover al pontífice del cristianismo que tiene allí sus secuaces más perseguidos.

Ahora bien, nosotros los anarquistas no queremos creer en el absurdo por la sola razón de que nuestros padres lo creían; si ellos eran bobos, no queremos serlo nosotros, y dado el punto a que ha llegado la ciencia, nosotros cometeríamos una torpeza mayor aún continuando en el error. Pero independientemente de esto, independientemente de todas las razones filosóficas y científicas, como te he dicho más arriba, nos rebelamos a todas las mistificaciones religiosas porque ellas nos oprimen también materialmente, no solo moralmente; porque son una cadena más que nos ata a la ergástula de la opresión política y económica, porque mientras nuestro pueblo confíe en dios y en los curas no confiará en sí mismo y no se emancipará; porque dios y los curas son el sostén y los amigos de nuestros enemigos, y son, por este solo hecho, nuestros enemigos; porque los curas no quieren la igualdad y la libertad, y en vez nosotros las deseamos ardientemente, completas y pronto sobre esta tierra donde unicamente tenemos nuestros amores y nuestras esperanzas; mientras ellos nos reservan el paraíso en el reino de la muerte, nosotros lo queremos hoy, en el reino de la vida, en nombre de la cual combatimos.

No me queda más tiempo ni espacio, querida amiga, para decirte hoy cómo nosotros, amigos de la libertad, queremos combatir y destruir las religiones; y cómo en la anarquía conciliaremos la libertad para todos con este nuestro odio hacia los embustes y los embusteros del más allá. Lo haré otra vez. Sin embargo, espero haberte desde ya persuadido de la necesidad que hay de combatir en su propio terreno a la superstición mística de los dioses y de los curas; que, instruída e inteligente como eres, no te negarás en toda ocasión a ponerte, resueltamente combativa, contra las maniobras del cristianismo, al que una asáz inveterada costumbre quiere que le rindan homenaje aún aquellos que no creen en su doctrina; y que

por esto, amante, esposa o madre, ni a tí, ni al hombre de tu corazón, ni a tus hijos, obligarás o persuadirás, por vileza, a actos que son los símbolos de una religión de inconsciencia, de ignorancia, de sumisión y de muerte; y sabrás, contra las estúpidas y ultrajosas presiones del ambiente, conformar todas tus acciones a los ideales humanos y verdaderamente sagrados de la verdad, del amor y de la vida.

XIX

DIOSES Y CURAS EN LA ANARQUIA

...18 de julio

Queridísima:

En la última carta me he dejado llevar de la mano por mis convicciones antirreligiosas para hacer contigo un poco de propaganda más bien teórica. Empero, te confieso que, en general, esta propaganda es poco eficaz y apenas el uno por cien se convierte con ella. Hablo en general, y no para tí que eres bastante inteligente y que, a este respecto estás ya a medias o casi del todo convencida. En general, como te digo, la propaganda teórica contra la religión es poco eficaz, tal vez porque es difícil que una larga disquisición de este género no se haga aburridora, pero sobre todo porque los religiosos se niegan a razonar, difícilmente te escuchan, y si se ponen a discutir no lo hacen con ánimo sereno, porque ante su conciencia toda crítica a su fé es casi siempre una ofensa que la irrita y le quita la serenidad del razonamiento tranquilo y continuo.

Ve a poner en duda ante cualquiera de tus amigas católicas la concepción y el parto "sin pecado" de la virgen (?) María de Nazareth; prueba a decir que, en suma, si aquella buena muchacha tuvo un hijo, esto significa que habrá tenido también un amante o un esposo, y que no podría ser un pecado para ella lo que para nuestras madres y para todas las mujeres de la tierra es un honor y un deber hacia la vida universal del mundo; pruébalo...! Si esta amiga tuya es religiosa de verdad, te mirará con horror y piedad, como se mira a una enferma de mal contagioso, y tu lenguaje le parecerá inmoral y obsceno. Más o menos el mismo efecto le causarás si pones en duda el misterio de Dios que es a la vez una sola y tres personas distintas. Y así con todos los otros dogmas de fe. En el fondo, es el sentimiento de la imposibilidad en que se halla de responder, lo que inconscientemente hace amoscar a

tu adversaria. La cual, si es una persona educada y avezada a contenerse, aún cuando no se inquiete, reirá agradablemente — pero siempre sin discutir — como si tú dijeras los más extraños despropósitos de este mundo. Esto te sucederá, ciertamente, si te atreves a oponer a las imaginarias hipótesis del milagro católico, las hipótesis más científicas, más verosímiles. "¡Cómo! — se dirá — ¿y entonces nosotros derivamos de la tierra, como los gusanos? ¡Qué horror! ¿Cómo? ¿La materia es una y eterna, nadie la ha creado y jamás será destruída? ¡Qué locura!" Pero no sabrá encontrar una sola razón contra este horror o esta locura...; lo que no le impedirá seguir aferrada a su viejo parecer y repetir: "no me convences".

La mejor propaganda, amiga mía, en asunto de religión, más que con la teoría (que es siempre necesaria como guía y como defensa ante los estudiosos y las personas razonables) mejor que con la teoría se hace con el ejemplo, con la acción y con los hechos. Con los hechos, mostrando por medio de la historia, de la historia antigua y sobre todo de la historia contemporánea, los perniciosos efectos de las religiones y de los dogmas; haciendo ver, por ejemplo, que el celibato hace al cura pro fundamente inmoral (esto lo hacen muy bien y eficazmente algunos periódicos ilustrados, como *l'Asino* de Roma, aunque sería deseable que se detuvie en menos y con menor complacencia en ciertas escabrosidades), sacando a la luz los hechos que demuestran la influencia perniciosa de las religiones sobre la salud material e intelectual de los individuos, sobre la vida de las familias, de las naciones y de la sociedad en general; y en particular, — tratándose de obreros — haciéndoles *tocar con la mano* que todos los curas de todas las religiones están contra ellos y de acuerdo con los patrones, y que todo dogma, en último análisis, es como un artículo de ley que sanciona su esclavitud y la explotación a que están sometidos; que, en suma, está en su *interés* que no haya más en este mundo ninguna suerte de religiones. Esta especie de propaganda será entendida y comprendida mucho mejor que cien volúmenes de filosofía materialista y ateísta.

Los curas son también combatidos con la acción, y esta acción, que es parte del programa de lucha de los anarquistas, debe ser radical y revolucionaria, pero ilustrada.

¡Tú comprendes que nosotros no aconsejamos de ningún modo la persecución o la violencia contra los curas o contra los que creen en Dios! Esto sería poco anarquista y poco liberal; y además, causaría el efecto opuesto, de crear mártires baratos

y una nueva serie de santos. Por citarte un ejemplo, diré que el modo de combatir a los curas adoptado ahora en Francia, aunque no me conmueve mucho ni poco, no lo apruebo del todo, porque en muchos despierta la simpatía hacia los curas y da a éstos ocasión de chillar que su "libertad" es violada. En el fondo, lo único que allí se quisiera es que los curas se plegasen a la república. En cambio, yo no quiero hacer plegar a ninguno, ni siquiera a los curas. ¿Pero sabes lo que haría? Aconsejaría al pueblo que obligara a los curas, con una agitación popular bien orientada, a restituirle el dinero y los objetos; quisiera que el pueblo hiciese *un poco* de revolución y tomase por sí mismo todos los conventos, las iglesias y los tesoros que están escondidos y el dinero que los curas tienen en los bancos, y dijese: "Esta es cosa nuestra, fruto de nuestros sudores, y no vuestra, que vosotros sois ociosos; y nos la tomamos porque también nosotros tenemos necesidad de comer bien, de vestirnos y de tener un buen lecho para dormir y un buen departamento para habitar". Y después de esto..., dejaría a los curas y a las monjas toda la libertad; hasta la de casarse entre ellos! Puedes creer que el pueblo, cuando encontrase así su conveniencia material e inmediata, tomaría mucho gusto a esta especie de anticlericalismo y se le importaría un bledo de la religión. Y me parece que un gobierno astuto hubiera debido hacer algo semejante; por lo menos, a falta de esto, yo quisiera que el pueblo presionase tanto al gobierno que lo obligara a una acción en este sentido, y en primer lugar a dejar de subvencionar y pagar salarios, como lo hace aún en las mismas repúblicas, a los párrocos y a los obispos, y a cesar al mismo tiempo de dar a éstos, a la religión y al papa la más mínima importancia.

Sin embargo, no hay por qué negarlo, algo se ha obtenido. Todo lo que, bien o mal, el gobierno francés hace hoy en sentido anticlerical, es fruto de la presión y de la acción popular que dura desde el proceso Dreifus; y tú sabes, porque lo habrás leido en los diarios, que la obra de los anarquistas contribuyó muchísimo a la nueva orientación de la opinión pública en Francia.

Hoy, el gobierno se hace el anticlerical porque le es necesario para mantenerse en el poder; de otro modo, tarde o temprano, sería desplazado por la revolución que quiere ir más adelante, o por la reacción que quisiera volver atrás.

Pero la acción así desplegada en la vida pública, como la propaganda a base de teoría o de hechos, sería mucho menos efi-

caz si los revolucionarios no conformasen su vida privada a las doctrinas que profesan: "Hacéis como los curas contra los que os arrojáis, — se les diría — : predicáis bien y obráis mal". Y muchos creerían lo contrario, o sea que nuestra teoría es tan mala que ni nosotros mismos tenemos el valor de ponerla en práctica. He aquí por qué, al cerrar la carta pasada, yo te instigaba a emanciparte, en tus acciones individuales y familiares, de las prácticas de la superstición religiosa.

Empecemos nosotros a tener el valor de nuestras opiniones, a no ir más a la iglesia, ni por diversión siquiera, como aparentan hacerlo algunos; a arrojar de nuestra casa todas las imágenes barrocas y monstruosas de la religión, a no hacer cosa alguna que recuerde lo que no creemos más, a no inclinarnos a las palabras del cristianismo ni aún por condescendencia hacia el público o hacia los seres queridos; a no bautizar nuestros hijos, a no casarnos por la iglesia, a no participar ni por amistad en las ceremonias religiosas a que otros quisieran llevarnos, como testigos en matrimonios, bautismos o confirmaciones; a impedir que al lecho de nuestros moribundos se acerque, contra su voluntad, el cura; a no permitir que el cura haga las ceremonias fúnebres a nuestros difuntos; a no mandar nuestros hijos a la iglesia, o a los colegios de frailes y en compañía de éstos, o a escuelas cuyos maestros sabemos que son clericales; — y todo esto sin avergonzarnos, sin escondernos, sin disimular, sin buscar escapatorias, diciendo siempre a todos, sin medios términos, que obramos así porque tal es nuestra opinión y porque queremos ser completamente fieles a ella.

Te hablo así porque sé, por ejemplo, que tú, que no crees en los curas, si te encuentras con amigas que creen te avergüenzas de tu opinión; y si se da el caso de que te invitan a ir a misa con ellas, tú, que no quieres ir, pones la excusa de que ya has estado y tienes que ir a otra parte. Lo que, si piensas bien, viene a ser lo mismo que si fueras. No es que el hecho material de ir a misa tenga algún valor; es su significado moral el que importa, la influencia que se ejerce con el ejemplo. Y el término medio escogido por tí destruye todo significado moral a tu acto, le quita toda influencia. Y hasta, a la inversa, le haces ejercer a tu acto una influencia opuesta; porque tus amigas, que un día u otro llegarán a saber una parte de la verdad, pensarán que tú has ocultado tu pensamiento con una mentira porque sabías que obrabas mal y estabas en error; y he ahí que habrás hecho más mal que bien con tu disimulo. ¡Te ocultas, luego tienes culpa! es un silogismo bastante justo y muy cómo-

do a nuestros adversarios, especialmente a los religiosos que, en cambio, no se avergüenzan nunca de su fe y la pregonan en cada esquina de las calles.

Cada uno de nuestros actos antirreligiosos producirá un poco de escándalo en los pequeños círculos supersticiosos entre los cuales, más o menos, todos vivimos. Pero, decía Jesucristo, *oportet ut escandala eveniant*: ¡es preciso que haya escándalos! Todas las reformas, las nuevas ideas, los progresos científicos, las novedades literarias, antes de triunfar y de entrar en la conciencia de las mayorías, han hecho mucho *escándalo*, han hecho gritar de horror a nuestros viejos y sobre todo a nuestras viejas. También el cristianismo fué un "escándalo" ante las paganas y los paganos adoradores de Baco y de Venus; fué un "escándalo" el decir de Galileo que el sol está quieto y la tierra gira a su alrededor; fué un "escándalo" para los cocheros y también para un papa, la máquina a vapor; y fué un "escándalo" hasta la vacunación contra la viruela, que tanta tinta hizo derramar a los curas para combatirla y que hizo que la muchedumbre ignorante linchara a algunos médicos... Si siempre todos hubiesen tenido miedo del escándalo, y ninguno hubiese empezado a hacerlo, querida mía, el mundo estaría aún en la edad de la piedra y nunca hubiese habido cristianismo (con lo que quizá no se hubiese perdido nada), pero no habría ni geografía, ni física, ni ferrocarril, ni luz eléctrica, y no se conocería América ni el telégrafo sin hilos. ¡Es necesario, como decía Jesucristo, hacer escándalo, hacer muchos escándalos, para que la verdad triunfe! Si las iglesias continúan estando llenas, aunque sea de gente que no cree en nada, y se les sigue dando dinero por los bautismos, por las confirmaciones, por los matrimonios, y hasta por los santos óleos para colarse mejor en el otro mundo, aunque todo esto se hace sin creer, solo por respecto humano, estaremos siempre en el *sicut erat;* nunca concluiremos nada y los curas estarán siempre contentos y felices de comer y beber a nuestras espaldas, y a expensas de nuestra bellaquería.

Para decirlo en pocas palabras, es necesario también que alguno dé el ejemplo; y entre vosotras las mujeres, ¿quién debe darlo sino la que tiene una convicción formada? los hombres, aunque no mucho, algo han andado; ¿por qué vosotras, que queréis libertaros de su hegemonía, no comenzáis a hacer lo que más que todo os haría libres frente a ellos? Te lo decía también la vez pasada: una de las razones por la que tantos hombres que no creen nada quieren que sea mantenida la religión,

es por teneros sometidas a vosotras; ¡pero la misma razón vale para que vosotras la queráis abolir! Y aquellas de vosotras que la han abolido en teoría, deben, para dar el ejemplo, abolirla también en la práctica! He aquí por qué insisto sobre la necesidad de mantener la más estrecha coherencia con nuestras ideas antirreligiosas y revolucionarias, y esto del modo más rígido posible. Esto requiere un poco de sacrificio, lo comprendo: sacrificio de algún deseo y también de algún interés. Por ejemplo, yo conozco una compañera mía que ha sido convertida a nuestras ideas por el hombre que ha elegido para compañero de su vida. ¿Y sabes cómo empezó a hacerle tomar desdén a la iglesia? — no yendo nunca él, aún cuando iba ella, cosa que, al principio, le extrañaba, porque él la seguía a todas partes, y también le disgustaba mucho porque veía que en esto sus amigas eran más afortunadas que ella, pues iban a la iglesia con sus maridos, que sin embargo se sabía que pertenecían a partidos avanzados. El (lo dijo después) hacía un gran sacrificio al no hacer como los demás; pero ahora es preciso convenir que tenía razón, porque mientras las otras amigas de su mujer han seguido ayunas de toda idea bella, como lo estaban antes, ella, después de haberse escandalizado un poco al principio, empezó a fastidiarle la iglesia, quiso razonar, quiso discutir con su compañero; y tú comprendes que discutir en materia de religión significa, pronto o tarde, volverse antirreligioso.

Mostrarse coherentes con las propias opiniones, además de requerir sacrificios de sentimentalismos anticuados y de respetos humanos, requiere también, convengo en ello, muchos sacrificios de interés material. Verdaderamente, en nuestros tiempos, estos son menos de lo que se puede creer; hay ya un público, toda una organización de intereses contraria a los curas, en cuyo medio se puede muy bien vivir. Mira los hombres, mira las clases sociales menos religiosas, los hebreos que, en nuestra sociedad, frente a los católicos equivalen a los ateos, los socialistas, etc.; entre ellos es posible hacerse una posición y vivir honestamente, lo mismo que entre las masas clericales: hay miseria también entre ellos, pero no la hay menos entre los religiosos. Y hasta, tratándose de obreros, observa bien, menos una ínfima minoría que el cura estipendia explendidamente para tenerla pronta a la defensa de su barraca, la mayoría de los trabajadores católicos vive en peores condiciones que los trabajadores antirreligiosos, que son casi todos revolucionarios y por ello han sabido, con la unión y la energía de la gente

que no es católica, exigir a los patrones mejor tratamiento y mejores condiciones de trabajo. Tú, para hablar de tu caso, deberías hacer este sacrificio: separarte radicalmente, de un tajo limpio, del ambiente en que vives, en el cual la superstición y los prejuicios religiosos hacen irrespirable el aire a quien piensa libremente, y te harían morir de hambre o casi, para vengarse de la ofensa que tú les haces no conformándote a lo que ellos quieren. En un ambiente distinto, de personas emancipadas, de obreros, de socialistas, de anarquistas, te encontrarías mejor, dadas tus opiniones, y la vida no te sería ni más fácil ni más difícil que en otra parte.

Por lo demás, este u otro, es cierto que algún sacrificio, tal vez doloroso, frecuente quizá, tendrás que hacerlo. Pero yo no te creo tan ignorante que no comprendas que sin sacrificio no se hace progresar el mundo, y ni siquiera uno mismo progresa intelectual y moralmente. Así, pues, no te creo tan egoísta y vulgar que prefieras tu comodidad momentánea a cualquier idea de humanidad y de elevación moral y material tuya y de tus semejantes. He aquí por qué, retornelo que espero no te aburrirá, repito que es necesario, con el ejemplo individual de la coherencia, hacer ver a la gente que estamos seriamente convencidos de la bondad de nuestras ideas.

¡Tú no puedes imaginar la eficacia del ejemplo! Basta que uno, dos o tres, empiecen a emanciparse, a revelarse, que luego el resto viene de por sí. Y hoy día estamos ya relativamente avanzados; solo vosotras las mujeres estáis aún muy atrás, porque pocas de vosotras tienen el valor de "escandalizar al prójimo". Atrevéos, pues, de una buena vez, y las mujeres serán aún más numerosas en el camino de la libertad y de la igualdad. Vuestro ejemplo será inmensamente eficaz, no solo sobre vuestras compañeras de trabajo y de estudio, sino también sobre los hombres, en quienes ejercéis una notable influencia como amantes, como esposas, como madres. ¡Cuántas más cosas no osarían hacer los hombres si vuestras lágrimas no debilitaran sus entusiasmos, si con vuestros brazos no debilitáseis los suyos prontos a la acción, si con vuestros besos y vuestras caricias no cortáseis las alas a su pensamiento. Hacéos entonces solidarias con ellos, vosotras las que pensáis como ellos, participad de sus entusiasmos, ayudadles en su acción, trabajad junto a ellos con vuestro cerebro en la elevación del edificio ideal de la redención humana: de la anarquía.

¡Ay de mí! te he hecho toda esta perorata y no te he dicho aún... qué haremos de los curas y de la religión en la anarquía.

Te repito lo que a menudo te he dicho sobre otras cuestiones: no nos toca profetizar a nosotros, no nos toca a nosotros establecer lo que se hará en la anarquía. Los que la vivan harán... su comodidad, y ciertamente harán mejor que todo lo que nosotros pudiéramos construir ideológicamente hoy. Cierto es que la anarquía será el régimen de la libertad; y yo pienso que en la anarquía cada uno tendrá el derecho de pensar como quiera, de creer lo que le parezca, aunque sea un absurdo.

Los anarquistas somos positivos y pensamos de modo opuesto a aquellos que imaginan que habrá siempre en el hombre una tendencia a la religión, como hoy se entiende, que día vendrá en que de la religión no se hablará sino como de una reminiscencia histórica. Hagamos en la tierra un poco de paraíso para los hombres, decimos nosotros, y no habrá ningún tonto que quiera renunciar a él por un hipotético paraíso de ultratumba; y esto tanto más cuanto que un mayor equilibrio social permitirá un mayor equilibrio moral, y, por consiguiente, una siempre menor degeneración ideológica en los individuos, que, por más instruídos, no sentirán ya excitación alguna en esa especie de masturbación intelectual que es la religión. Estoy convencido de que el pueblo no se librará completamente de las trabas religiosas sino cuando la revolución social lo haya libertado primero de las trabas más sensibles, políticas y económicas, que ahora le impiden pensar y tanto más intentar la emancipación del intelecto.

Pero creo también, y he aquí el por qué de esta carta, que la propaganda seria y tenaz contra la religión puede, desde ahora, preparar el terreno y, en cierto modo, modificarlo; porque si el ambiente hace al hombre, el hombre contribuye también por su parte a modificar el ambiente. Sin ser tragafrailes, pero con más eficacia y también con más sinceridad, los anarquistas hacen su propaganda antirreligiosa y anticlerical, pero no en el sentido jacobino de querer imponer con la violencia su pensamiento, sino con la persuasión y el ejemplo.

Cierto es que, a su tiempo, la revolución social encontrará frente a sí a los partidarios de la superstición; y en el conflicto serán naturalmente combatidos los hombres y las cosas que ejercen sobre las masas la violencia tremenda de la mentira más sugestiva; pero no podemos prever como se desarrollarán los hechos. Más, suceda lo que suceda, si en la anarquía — lo que no creo — hubiese aún maniáticos religiosos, los sanos, los verdaderamente anarquistas, se limitarán a curarlos, creando a su alrededor un ambiente lo más sano que sea posible y satu-

rado del oxígeno poderoso de la verdad, aparte de preservar con una sapiente organización de la educación y de la escuela las tiernas mentes de los niños del contagio de la superstición.

Todo esto, te lo repito, siguiendo una hipótesis absurda, ya que no habrá contagio de superstición religiosa cuando el ambiente no sea apto para su difusión; y solo podrá darse algún caso patológico aislado, del mismo modo que hoy, en las condiciones higiénicas mejoradas de las ciudades, no son ya posibles las epidemias de peste y de cólera de otros tiempos, salvo algún caso raro que la ciencia médica aisla y destruye inmediatamente. Así puede ser que también entonces, quizá, haya algún filósofo idealista que, por temperamento místico o por influencia de especiales estudios en los viejos libros imbuídos de religiosidad, o simplemente por manía de distinguirse de los otros escribirá y hablará de incomprensibles deísmos. ¿Quisieras tú prohibírselo? No, por cierto. La ciencia verdadera se encargará de hacer justicia con sus abstracciones, por más bien dichas que estén; y el mayor buen sentido de la colectividad hará que solo se les de la importancia que merecen. Entre la gente emancipada de una colectividad anarquista, aún cuando ciertas teorías se abriesen camino, ellas no harían gran daño desde el momento que no habrá gente interesada en aprovecharlas para fines antisociales; del mismo modo que hoy no tienen ninguna eficacia entre la gente instruída ciertos innocuos sistemas filosóficos, imaginados y envueltos con un velo de misterio y de misticismo por los panteístas, los masones, los tolstoianos y algún spenceriano. Es cierto que lo *Incognoscible* de Spencer, el dios de Mazzini, de Tolstoi y de Victor Hugo sirven hoy de comodín a los curas de las religiones reveladas, que de ellos se sirven para demostrar que también los revolucionarios creían en dios e, invirtiendo los papeles, para confundir el concepto deísta de ellos con el propio.

Pero si la astucia frailuna nos impulsa a destruir también las concepciones deístas de Mazzini, de Hugo y de Tolstoy, solo envuelve en sus redes a las masas pobres, inconscientes e ignorantes: cosa que se hará imposible en la anarquía, donde todos serán suficientemente ricos de pan y de saber.

Entonces la libertad, aún la de volar sobre las nubes del misticismo, no hará mal a nadie; el poco mal que podrá hacer será curado por otra tanta libertad; neutralizado por el bienestar material, por el paraíso de amor y de fraternidad sobre la tierra, que se embellecerá cada vez más haciendo olvidar el aburrido y estúpido paraíso, para después de la muerte, de las religiones reveladas.

X X

COMO VENDRA LA ANARQUIA

... 25 de julio

Querida mía:

¿Te parece cosa fácil que yo te diga a renglón seguido en una carta cómo, nada menos, se resolverá en nuestro sentido la revolución social? ¡Me preguntas si llegaremos a la anarquía por evolución o revolución, y cómo se hará o vendrá la evolución o la revolución! Podría responderte, como de costumbre, que no soy profeta; pero, sin profetizar nada, te responderé no como aconseja la fantasía, sino la razón hecha de toda la experiencia histórica pasada.

La humanidad, como lo ha hecho hasta aquí, continuará progresando sucesivamente por evolución y por revolución, ya que una no excluye a la otra; más aún, ninguna de las dos tendría razón ni modo de producirse independientemente de la otra.

Siendo la anarquía un estado de cosas basado sobre la negación de todas las violencias, se comprende que no podrá triunfar sino cuando todas las violencias hayan sido eliminadas. Se puede prever también que la última fase resolutiva del problema social, antes de llegar a la anarquía, deberá ser mucho menos violenta que todas las fases precedentes.

No hay una evolución sola y una sola revolución; hay evoluciones diversas, cada una de las cuales señala el comienzo de una evolución nueva. Con el progreso de la civilización cada revolución es menos violenta y más humana que la precedente, no solo porque acontece entre generaciones más adelantadas, sino también porque tiene menos obstáculos que abatir. Si la revolución que hoy se anuncia en el horizonte, que será eminentemente de carácter social, vendrá de modo violento, ello no será a causa de los socialistas y de los anarquistas o del pueblo que hará esa revolución, sino de la violencia misma de las clases dirigentes, que son las provocadoras de la violencia revolucionaria.

La labor de los hombres civiles, y de los anarquistas entre ellos, en la revolución que se anuncia, consiste desde ya en formar las conciencias humanas de modo que el conflicto sea al mismo tiempo lo más radical y lo menos violento posible, es decir, reduciendo a la extrictamente necesaria la suma de violencia que ha de emplearse, según el buen principio de la economía de las fuerzas, por el cual se debe procurar obtener una ventaja máxima con el desgaste mínimo. Y para tal objeto, el mejor medio es precisamente la educación revolucionaria de las masas en la resistencia y en el sacrificio, ya que las clases dominantes serán tanto menos violentas y prepotentes en las luchas futuras cuanto más preparados estén los trabajadores para todas las eventualidades. En este caso, para la política de los trabajadores, se puede decir lo que dicen los burgueses para su política internacional cuando quieren justificar los armamentos: *si vis pacem para bellum*, que es un dicho latino que significa: *si quieres la paz, prepárate para la guerra.* He aquí por qué nosotros somos también contrarios a los métodos demasiado conciliadores y transigentes de los legalitarios, quienes, según nosotros, desarmando así de toda energía revolucionaria al pueblo, le preparan mayores lutos y violencias para el porvenir.

Quien se encuentre en la revolución tendrá el deber de sacar de ella el mayor provecho posible para la humanidad, es decir, reducir y disminuir siempre más la opresión y la explotación, no perdiendo de vista nunca la meta final, que es su abolición completa: la anarquía.

Esto será un bien para la humanidad, porque siendo de este modo acercada mayormente a la meta del fin de todas las violencias, la evolución procederá después con sacudidas menores y menos dolorosas.

Te he dicho esto porque en tu pregunta acerca de la evolución y de la revolución he entrevisto que lo que más te preocupa es el temor de excesivas violencias .

Pero yo te he demostrado que somos nosotros, los revolucionarios, quienes más que todos trabajamos por la disminución y la eliminación de toda violencia, tanto en la lucha como en la vida social. Si lo que querías saber es el modo, los medios materiales con los que una revolución puede producirse, yo no sabría qué responderte sino que serán las necesidades y la experiencia las mejores consejeras; y aún cuando supiese decir-

te alguna cosa, debería ir susurrándotelo de cerca, al oído, porque los *agentes del orden* no me permitirían decírtelo o escribírtelo en público.

Sin embargo, esto puedo decirte y asegurarte: que hacia la revolución y hacia la anarquía nos encaminamos todos con una celeridad cada vez más grande. Y todos más o menos, conscientes o inconscientes, queriéndolo o sin quererlo contribuímos a la evolución que va madurando.

Hay pausas en esta evolución, y de cuando en cuando hay regresiones momentáneas; pero, en resumidas cuentas, todos comprenden que el movimiento de avance aumenta siempre. Nuestros mismos adversarios contribuyen a ello sin saberlo, sea favoreciendo el progreso cuando éste en ciertos casos favorece a su vez sus especiales intereses, sea estultamente, reprimiéndolo y provocando así en él la reacción y un impulso más fuerte hacia adelante.

Las instituciones que nosotros combatimos en bloque se han vuelto tan imposibles que los mismos enemigos del socialismo y de la anarquía, tomados separadamente, las combaten, unos a unas, otros a otras. El clericalismo, el militarismo, el capitalismo y tantos otros *ismos* de hechura semejante son combatidos también — débil y superficialmente, es cierto — por gentes que no comparten nuestras ideas. Su crítica sería de efecto irrisorio si fuese aislada, pero tomada en conjunto y completada por la nuestra, que se remonta a las causas últimas atacando al enemigo en los últimos reductos, también ella es un útil coeficiente de progreso.

Y después, siempre aparte de nuestra obra, está el movimiento científico que también va corroyendo desde los cimientos el barracón burgués; está el movimiento industrial, que favorece la organización del ejército proletario destinado a empeñar nuestras batallas; está el movimiento artístico y literario que ilustra las verdades sociales más demoledoras y canta el himno de la revolución, destinado, aún cuando no lo quieran, a interpretar en el cuadro, en la estatua y en el libro la civilización en marcha.

Y restringiendo la observación al ambiente limitado de nuestra falanje de rebeldes, vemos que todos trabajan de un modo o de otro en la construcción del grandioso edificio del porvenir. Quien trae una piedrita, quien una piedra, quien una roca granítica; entre errores y buenas obras, aunque algunas veces

sea demolido en parte por quien se dice su mejor constructor, el edificio solemne, para quien lo mira desde cierta distancia, se eleva cada vez más.

No estamos todos de acuerdo, es cierto. También entre nosotros los anarquistas se discute si, dado aquel principio, será mejor obrar de un modo que de otro; y a veces los métodos parecen inconciliables. No lo son, sin embargo, o al menos no lo son del todo, y en el conjunto existe mucha más concordia de lo que se cree. Algunos, como aquellos a cuyas filas yo pertenezco, piensan que para formar el espíritu de solidaridad, base de la sociedad del porvenir, es necesaria una fuerza poderosa para vencer en las luchas futuras, es necesario organizarse entre hombres de las mismas ideas sobre la base de un método común, —entre obreros sobre la base de una común reivindicación del trabajo — y constituir así, salvaguardando la libertad y la iniciativa individual, una tupida red de grupos, asociaciones y federaciones que hagan de la internacional obrera, revolucionaria y anarquista, una fuerza orgánica bien preparada para los pequeños sucesos de hoy y para los grandes acontecimientos de mañana.

Otros, en cambio, no creen a la organización como nosotros la entendemos suficiente garantía de su personalidad, y combaten solos, o en grupos ocasionales, en *orden abierto*, y son aptos para otras batallas y otros ambientes. Hay quien desea la rebelión colectiva con preferencia a la individual, quien prefiere ésta a aquélla, quien las dos a la vez, y hay tambien quien dice que no es necesario ocuparse de ninguna de las dos, sino solo trabajar en la formación de las conciencias nuevas.

Ora los unos, ora los otros, en la exajeración eventual y explicable de su método, se equivocan en parte, y el error del uno genera la crítica del otro, y surgen disputas, disensiones, discordias en apariencia insanables. Pero el enemigo que tenemos delante siente la inmensa concordia que domina a las pequeñas y momentáneas disputas intestinas, que son fenómenos de vida allí donde la unanimidad significaría la muerte del pensamiento, la sofocación de la idea.

Puede atribuirse a los unos más bien que a los otros la culpa de un minuto de detención, y cada uno puede creerse más buen caminador que todos; puédese, dentro de las filas, acalorarse en la discusión, apostrofarse y hasta tomarse a puñetazos (cosa deplorable pero humanamente posible) ; el ejército rebelde hará más lenta su marcha y una sonrisa de esperanza aleteará en los labios del enemigo.

¡Pero ríe bien quien ría el último! El ejército, sin disciplina fija, lleno de confusión, de voces discordantes, de altos rumores, de una lentitud desconsoladora para quien impaciente se agita en su seno, al que mira desde arriba se le aparece como un torrente inmenso y tumultuoso, con un único rugido de amenaza desarrollándose en sus millones de cabezas jóvenes y viejas, masculinas y femeninas; interminable a lo largo del blanco camino a través de los campos, conquistando palmo a palmo el terreno, a pesar de las vallas, las piedras y las trampas del enemigo, siempre más adelante hacia la ciudad ideal, que cada mísero llama con un nombre especial, pero que es única en la mente de todos. Y van adelante sin preocuparse de las víctimas del cansancio, del calor y del hambre, de la traición y de la muerte que entre ellos siembra el vigilante y miedoso enemigo. Una mirada de promesa y de dolor a los caídos y ¡adelante!

Sorgono i vivi al posto degli estinti,
Sul luto é la speranza;
sconfinato é l'esercito che avanza
serenamente calpestando i vinti.

Allá, en la ciudad del sol — sol de libertad y de justicia — serán recordados los mártires, cuando todos los hombres sin distinción, sentados al banquete de la vida, eleven por boca de los poetas de la humanidad el brindis del recuerdo unido al brindis de la esperanza.

Dame la mano, oh amiga, y salta con ágil pie el cerco que te separa aún del camino por donde avanza la falanje de los réprobos de hoy que serán los vencedores de mañana; y deja tras de tí los campos desolados del escepticismo donde tu corazón bueno sufre, y unida al fin a todos los buenos, sigue conmigo la fe nueva, la fe en la razón y en la verdad. Tus piés sangrarán tal vez a lo largo del camino, pero ese será un dolor que te hará más fuerte y te hará gozar aún más de la felicidad inmensa que solo pueden dar el pensamiento y el amor ¡Ven!

FIN

INDICE

Cap.		Pág.


Digitalizado por
Humanidad
periódico libertario
Http://www.humanidad.webcindario.com/

POLÉMICA ANTIAUTORITARIA

Colección de los escritos de corte puramente polémico contra la corriente marxista. —

LA REVOLUCIÓN SOCIAL EN ITALIA

Compendio de las actividades revolucionarias de Bakunin en Italia. — Tan importante como la polémica contra Marx, es la que Bakunin llevó en Italia contra Mazzini, cuya influencia en los círculos avanzados de esa época, era poco menos que incontrarrestable. —Estos trabajos serán repartidos en dos volúmenes. —

ESCRITOS DE DOCTRINA Y COMBATE

Comprenderá este volúmen una serie de trabajos sueltos escritos en las más diversas épocas y sobre temas tan ricos en matices como la vida misma y las luchas del gran agitador.—

Esta Editorial, que confía en el apoyo de los anarquistas de habla española, no ha retrocedido ante las casi insuperables dificultades que la traducción de estas obras de los idiomas francés, italiano, alemán y del ruso, nos presentan. —

Cuidadosamente impresas, las obras de Bakunin irán valorizadas con notas aclaratorias de sus mejores comentaristas.

El precio de cada volúmen, procuraremos sea lo más reducido que nos sea posible con el objeto de que los trabajadores interesados en los problemas sociales puedan adquirir las OBRAS COMPLETAS DE BAKUNIN.

EDITORIAL LA PROTESTA

BUENOS AIRES

1923